

cavidad servía de entrada á manera de vestíbulo un espacio de forma rectangular y de longitud proporcionada al área de la cámara construido con grandes piedras planas labradas toscamente y colocadas y unidas en posición vertical formando dos muros paralelos que encubrían la entrada de la cámara; y sobre estos dos muros, cargaban grandes piedras también planas que unidas y dispuestas en sentido horizontal, constituían la techumbre de aquel tosco recinto (1).

XII

Dio comienzo la comida en el mayor silencio, durante la cual Ewna, aunque ocupando su lugar se mantuvo abatida y silenciosa sin tomar en ella parte. Terminada que fue Ewna se levantó y seguida de algunos jóvenes provistos de plantas olorosas penetró en la sala fúnebre, donde un joven la esperaba con un azadón de piedra, con mango de asta de ciervo: á una señal de Ewna el joven abrió una fosa de dos pies de profundidad, en la Ewna preparó con las yerbas al cadáver, un fresco y perfumado lecho; ayudada por el mismo joven, introdujo en la fosa el cuerpo de su amado: púsole en torno el agua y las viandas que había de llevar al gran viaje, y por el orden que llevó la comitiva, fueron los comensales entrando y dando vueltas en derredor del cadáver dejando al paso las cosas á los lados de este cada cual según su sexo, objetos y adornos de su uso y después de haber pasado el último, Ewna que durante aquella despedida había permanecido á la cabecera del difunto, antes que la tierra ocultara aquellos restos queridos arrancó con mano trémula, del pecho de Townun el pu

(1). De esta misma clase de construcciones funerarias á que se da el nombre de megalicas y megalíticas, procedentes de la misma época. Existen muchas de construcción igual á la descrita que aparecen sepultadas bajo montículos de tierra apisonada de figura cónica, en los montículos, cercadas de una serie de menhirs ó piedras sin labrar en figura de columna limitando el espacio que no debía profanar la planta humana.

nal que le causó la muerte apoyó sus labios en aquellas hojas silicias, cubiertas de sangre coagulada, y cual si fuera una joya de inestimable precio, lo guardó en su seno, después de esto estendió sobre el cuerpo de su amante una capa de flores y esperó con ánimo tranquilo á que el joven la cubriera con la tierra.

Yá todo habia acabado, y sin embargo, se retiró con gran pesar de aquel recinto en que solo imperaba el genio de la muerte, su corazón quedaba alli donde una fuerza misteriosa con violencia la atraia, con tristes ojos vió cerrar con una piedra enorme, la entrada del sepulcro que guardaba al ser querido que habia sido para ella luz de su existencia, y que al morir la dejaba hundida en las mas negras tinieblas, y con paso listo y el alma destrozada regresó á su cabaña, escoltada por la misma comitiva que respetando el dolor de la afligida joven guardó el mayor silencio en el camino.

Ewna en el estado anormal en que se hallaba, aborrecia la vida, horrorizabale el bullicio y solo ansiaba la soledad y el silencio; así es que; después de expresar su gratitud á los amigos y deudos que le habian acompañado y de rehusar afablemente la permanencia á su lado y los auxilios que oficiosas le ofrecian, se encerró en su cabaña, para poder llorar á solas y entregarse de lleno á su dolor y á sus tristes pensamientos...

XIII

El Sol, ya ya terminada su carrera, habia pasado á alumbar á otro hemisferio, y la luna, oculta detras de espesas nubes impélicas por un viento sudoeste, envolvía la pradera en una semi-oscuridad opaca y triste.

Todos los vecinos de la Tribu, estaban entregados al descanso, y en aquellos contornos, solo se escuchaba el murmullo de las aguas del cercano arroyo, los gemidos del aire entre las frondas y esos ecos misteriosos que impresionan la mente y el oido en el silencio de la noche.

Afavor de aquella tenue claridad, muy semejante á la tinta

del crepúsculo que anuncia la aparición de la Aurora, pudo verse bajando la altura en que estaban situadas las cabañas, una muger la cual se dirigia hacia el místico puente tendido sobre el cauce del arroyo, y pasado que hubo este, inclinarse á la derecha y seguir con paso firme, el camino que entre fértiles terrenos aun no cultivados y cubiertos de viciosas plantas, conducia á la montaña que nos es yá conocida y donde estaba situado el cementerio de la Tribu.

Pocos pasos habia andado la viajera nocturna por aquel camino, cuando el astro de la noche asomando su faz por un claro del paisaje esparció flores dando en el campo su luz dulce y melancólica, iluminando á la viajera, que no era otra que la hermosa Ewna.

Esta así como avanzaba en su camino, aceleraba su marcha, cual si alguien impaciente la esperara y de tal modo siguió con paso rápido, hasta llegar al punto donde estaba el dólmen que guardaba los restos de su amante: allí se detuvo unos momentos ante la entrada de la tumba, defendida por la piedra de grandes dimensiones, que habia sido colocado el mismo dia por varios hombres vigorosos de la Tribu: después se apartó de aquel lugar y subió por una estrecha ronda á la izquierda del dólmen que conducía á una planicie cubierta de espesos matorrales formada en la vertiente del cerro por una depresión de aquel terreno: llegado que hubo á aquel paraje, introdujo se no sin trabajo por aquella red de espesas ramas, y con la seguridad de quien conoce el sitio que recorre, asió con ambas manos una piedra incrustada en el declive del terreno, y de no muy grave peso, y por medio de una fuerte sacudida la volcó, dejando en descubierto una tenebrosa entrada al interior de la montaña: Ewna, inclinó la cabeza, encorvó su lindo talle, y penetró resueltamente en ella.

Aquella negra abertura, era la entrada de una cueva irregular y tortuosa que á manera de tunel taladraba por aquella parte la montaña. Ewna después de penetrar en aquel antro, quedó inmovil, indecisa parecia como que la oscuridad la intimidaba, mas no era así; el miedo no podria detener á aque-

lla muger heroica su vacilación fue poco duradera, y solo obedecía á la contrariedad que sintió; por haber olvidado la punta de silex y la tea que habria de darle luz, dentro de aquel oscuro subterráneo.

Pero ella lejos de retroceder, siguió al frente y comenzó á bajar con precaución un declive que hacia la curva, llevando entrambas manos extendidas adelante para librar su cabeza de los picos agudos que formaban las paredes en aquella parte, abierta en la roca por algún fenómeno terrestre. Asi siguió marchando con gran dificultad y con el cuerpo mas o menos inclinado, según era la abertura de aquella escarpada senda, cuyo suelo lleno de anchas grietas, de erosiones y cortantes peñas desprendidas de sus alrededores y detenidas en las asperezas del terreno, por la inseguridad de su piso haciale vacilar á cada instante y caer á veces desgarrandose la túnica y las carnes.

Ewna sin embargo proseguia y sin detenerse pudo llegar á un punto en que el camino se bifurcaba en dos estrechas galerias; pero; sin vacilar tomo la de la izquierda en la que la senda se hacia mas tortuosa e inclinada y se aspiraba un aire fétido y asfixiante: en aquel paraje numerosas filtraciones surgian de las paredes de la cueva, y el agua procedente de ellas corria por aquel plano inclinado, haciendo el paso por él mas peligroso; pero la valiente joven resbalando y cayendo con frecuencia en el rostro surcado por fuertes rozaduras y con sus manos y pies llenos de heridas y sintiendo el frio del agua llegar hasta sus huesos, caminaba impasible sin demostrar dolor, fatiga ni cansancio.

Asi llegó hasta un sitio en que la inclinación del terreno se elevaba á buscar la horizontal, y la galeria se estrechaba de tal modo que solo dejaba practicable un espacio irregular de cuatro pies de altura.

La desdichada joven tuvo pues necesidad de arrastrarse por el inmundo cieno que formaban las aguas estancadas con la tierra de arrastre, llena de sustancias corrompidas sintiendo bullir entre sus manos la piel áspera y fria de asquerosas sa-

bandijas. Por fortuna, aquel trayecto fue corto y en breve a pareció confusamente á la vista de la joven avezada á las ti nieblas, un conducto de forma irregular por donde se perdian las filtraciones y el camino que revolvía en ligera curva á la derecha recobrando su inclinación perdida y cuya abertura iba ensanchando hasta permitir marchar de pie á muy corto tre cho, aunque en cambio el frío, erizado de asperezas hacia el paso bastante peligroso.

Ewna entumida por la humedad, al llegar á aquel ensanche, trató de incorporarse y al efecto asió con una mano el ángulo saliente de una peña y sentó la otra en el suelo para avanzar un pie donde encontrar apoyo, mas al sentar la mano sintió en ella la impresión de un cuerpo blando y frío que se movió y deslizó bajo sus dedos con suma rapidez y rozando por el suelo huyó dando un silvido. Era un enorme reptil que se alejaba entre asustado y furioso porque lo habían sorprendido en las dulzuras del sueño.

Ewna á pesar de su entereza, poseída de horror y repugnancia lanzó un grito cuyo eco quedó ahogado entre las densas ca pas de aquel aire enrarecido.

La joven yá repuesta siguió marchando con gran dificultad hasta encontrar un muro que cortaba el paso de aquel horrible subterráneo: con sus manos llenas de lodo y sangre buscó por aquel muro un objeto que halló al fin, era otra piedra que ta paba una salida y que á pesar de sus esfuerzos no pudo separar; rendida y quebrantada sentóse en aquel humedo suelo dominando su impaciencia, para tomar algún respiro y reparar sus fuerzas agotadas por el dolor y el ayuno: así como hubo descansado hincóse de rodillas, é introdujo sus manos por las grietas que dejaba la piedra en descubierto al unirse con el muro y haciendo un violento esfuerzo, pudo retirarla dejando practicable la salida.

Si hubiera habido luz en aquella oscura cripta, vierase en su rostro reflejada la mas viva alegría; sin detenerse pa só por aquel claro á un pequeño recinto, en el que penetraba un rayo de la luna, que prestaba claridad suficiente para que

pudiera examinarlo una vista acostumbrada á la oscuridad.

Ewna se dirigió al centro de aquella cueva, con el rostro radiante, éra el sepulcro de Townun, y con ligereza febril comenzó á separar la tierra que cubría el rostro de su amante: estimulaba su anhelo, el deseo de ver su rostro otra vez mas, aquel rostro encantador que tanto la hubo embelesado, queria volver á verlo, hablarle, contemplarlo á su sabor, aprovechando el rayo de la luna, que al través de la abertura de dos piedras, iluminaban la fosa, puesto que, en su amoroso delirio, creia que de no verlo, no podria Townun oír sus palabras y Ewna siguió afanosamente apartando la tierra á pesar del dolor que le causaban sus heridas. Pronto tocó las plantas olorosas que ella misma extendió sobre el cadaver, y comenzó á apartarlas, impaciente por ver el rostro de sus amado el cual le parecia no haber visto en largo tiempo. Al fin, pudo descubrir con alegría el pálido semblante del cadáver, mas en aquel momento, una densa nube cual fúnebre crespón cubrió la luna, dejando á Ewna envuelta en las tinieblas. Ewna era supersticiosa como siempre lo ha sido, es y habra de ser la raza humana, creyó no sin pesar que aquel dios, hijo del grande, (el Sol), enojado con ella, le retiraba su luz; y bajo aquella sospecha quedóse inmovil, triste y abatida; mas transcurrido un corto espacio; el astro de la noche libre ya del antifaz que lo ocultaba, le devolvió la luz y Ewna llena de gozo por aquella merced que el dios le habia otorgado fijó sus ojos con ansia en el rostro de Townun, el cual al destacarse entre medrosas y el cárdeno verdor del marco vegetal que lo envolvía, debilmente iluminado por la luna, presentaba un aspecto extraño aterrador y fantástico.

Ewna, dirigió al astro de la noche al traves de la abertura una mirada expresiva como en acción de gracias, y quedóse contemplando largo rato aquel semblante alterado por la muerte en extasis: después se incorporó, reunió en torno de la luna cuidadosamente las ofrendas de los amigos y deudos que ella habia esparcido en parte al separar la tierra, examinó los vasos de barro que contenian el agua y las viandas que allí depositaron y cerciorada de que todo estaba en su lugar,

fue á sentarse al lado del cadáver.

Ewna entonces sacó un objeto de su seno; era el cuchillo de sílex que el asesino clavó alevosamente en el pecho de su amante, y oprimiendolo con su diestra, dijo á este en la creencia que la escuchaba: "Townun, me llamaste al morir y aqui me tienes, no te he obligado á esperar mucho, voy á morir también aqui contigo para juntos emprender el gran viaje, vamos pues, los dioses nos aguardan para acompañarnos y proteger nuestro amor en la otra vida". Y sepultando en su pecho la ancha hoja, cayó sobre el pecho de su amado y abrazada al cuello de este, exhaló el último suspiro... La luna en aquel instante se eclipsaba, parecía que entristecida, se ocultaba por no ver la agonía de aquella muger admirable.

EPILOGO

No ha muchos años corrió el rumor de que en las inmediaciones de un pueblo no distante de una hermosa Ciudad de Andalucía habian aparecido con motivo de un desprendimiento de tierras, dentro de una cueva abierta al pié de una montaña y precedida de una tosca construcción de grandes piedras, muchos huesos humanos y objetos de antigüedad muy remota.

Este rumor llegó á los oidos del Sr. D. M. N. T. benemérito cultivador de la arqueología prehistórica, y con la diligencia y actividad propias del caso, pasó á reconocer la cueva, con los huesos y objetos que en ella habian aparecido, esperando hallar revelaciones de importancia para el arte y para el estudio de la ciencia histórica.

Del reconocimiento practicado por el serio arqueologo, pudo saber que la cueva y las grandes piedras que á la entrada en parte subsistian pertenecieron á un dolmen de la edad de la piedra pulimentada el cual debió servir de enterramiento de varios individuos quizá de una misma familia

La cámara sepulcral de este dolmen, tenia dos compartimentos separados por un muro á la sazón derruido, hecho cual toda construcción megálica de piedras sin labrar y sobrepuestas; en el uno bajo una gruesa capa de tierra arcillosa aparecie-

ron los huesos de seis cadáveres, y en el otro á menos profun-
didad multitud de objetos de piedra pulimentada, adornos he-
chos de conchas, hueso y ambar, algunos vasos de barro con la
bores; y dos esqueletos enteros de distinto sexo, colocados
uno en posición natural y el otro de costado, y entre estos
un gran cuchillo de silex, una punta silicea de flecha , y
dos pequeñas planchas de hueso de figura oval, en las que es-
taban gravadas respectivamente y con bastante propiedad las
figuras de una muger y un hombre entrambos juvenes y de ga-
llarda presencia con los trages y adornos que se usaban en
aquella época remota.

Este precioso hallazgo tan útil á la ciencia, por la luz
que arrojaba sobre el arte y la indumentaria de aquel perio-
do antehistórico, fue recogido y cuidadosamente trsladado
con otros objetos curiosos á uno de los gabinetes de arqueo-
logia más importantes de España.

Son dos esqueletos, como el lector habrá yá comprindido,
éran de los infortunados amantes Townun y Ewna, que unidos
por la muerte, como por el amor habian estado en vida sus
tiernos corazones, después de estar sepultados durante largos
siglos, conservados milagrosamente volvian á aparecer en nues-
tra edad en la misma posición en que yacian cuando tuvo lu-
gar el desnlace de aquel terrible drama, que cortó tragica-
mente su existencia en la aurora de sus dias.

R. R. y B.

LA CINTA ROJA

A José Moreno Castelló

I

Era un capricho de enamorado: no quería que aquella cinta, roja como los labios del ídolo de sus amores, llena de pájaros y rosas que bordó invisible aguja guiada por las manos hábiles de la dueña de sus pensamientos, la cediera para el festival proyectado.

Solo al pensar que podría ser de otro hombre, la fiebre de la rabia bullía en su corazón.

Mas ni ruegos ni súplicas bastaron para hacer desistir á la dama de su propósito. Entregó la cinta, escuchando con orgullo los elogios que tributaban á su obra.

II

El día de las carreras, mucho antes de la hora convenida para principiarlas, ya ocupaban lugares preferentes en el circo las jóvenes que habían regalado cintas, ansiosa cada cual de ver cuando colocaban la suya en el pescante, quienes se dirigían á ella sin conseguir engancharla y qué afortunado carrerista la cogía entre los aplausos de la multitud.

Después de las evoluciones de rúbrica, en que ginetes y caballos prueban, su maestría los primeros, su ligereza los segundos, empezó la parte **sensacional** del espectáculo que nos ha quedado como rememoranza de las justas y torneos de otros siglos.

Más de un **jockey** se fijó en la cinta roja con pájaros y flores y dirigió su rejoncillo al carrete donde estaba prendida, pero sin éxito.

Cada vez que esto sucedía, una sonrisa de satisfacción dibujábase en los labios del mancebo que a todo trance an

helaba poseerla. Si la acerada punta de una lanza se hubiera enredado en los flecos de la cinta, de seguro que esa lanza le habría atravesado el corazón.

Llegole el turno y allá fue, al galope de su caballo, por la prenda querida, pero tampoco le favoreció la suerte.

Con la vista buscó a su amada, tal vez para justificarle su torpeza, y toda la sangre de sus arterias fluyó a su corazón, ahogándole casi, al notar el gesto despreciativo con que la joven le respondía.

Siguió la liza; volvió a entrar en turno y clavándole las espuelas al corcel se lanzó con vertiginosa carrera en busca de su tesoro.

Púsose de pie sobre los estribos al llegar al pescante; elevó el rejoncillo cuanto pudo y la cinta se desprendió del carrete con el violento empuje, ondulando como una bandera en señal de victoria.

Ebrio de gozo el feliz poseedor no tuvo fuerzas para enfrenar el caballo; perdió el equilibrio y cayó cual pesada mole, á la vez que un grito de espanto resonaba en el circo.

III

Pocos instantes después el desventurado mancebo espiraba en la enfermería, rodeado de sus compañeros, de sus amigos, y muy cerca de la mujer idolatrada.

Moría en la plenitud de la vida; en la edad de las ilusiones, pero moría contento, que así mueren los heroes después de ganar la batalla.

Sobre su pecho la cinta roja que lo cruzaba parecía una enorme mancha de sangre.

Y era la banda conquistada en el campo donde sostienen terrible lucha la pasión noble y el amor egoísta: el amor propio.

LA CORONA DE LA MUERTA

Nacieron... ¿quién sabe donde? En el arroyo ó en el lupanar; en el infecto rincón del presidio ó en el asilo de la miseria, desmantelado y húmedo.

¿Quiénes fueron sus padres? El vicio y la impudicia; seres desnaturalizados y sin entrañas, de esos que consideran á los hijos miembros inútiles y perjudiciales y los amputan y arrojan al pudridero de la vida.

Lolilia y Juan se encontraron en la calle, medio desnudos, hambrientos, sin hogar, sin más color que el de los pocos años, pero alegres, risueños, decidores; ¿no canta el ave cuando le acaban de arrebatarse el nido, sin que le ape ne su dudoso porvenir?

Vieron a otros muchachos, pobres y abandonados como ellos, que les iniciaron en los secretos de la **golfería**, enseñándoles todas las industrias, todas las artes que ejerce y utiliza el **golfo** para procurarse medios de subsistencia. Y ya excitando la caridad con relaciones aprendidas, ya vendiendo periódicos, ya apoderándose de lo ageno, vivían Lolilla y Juan, el uno para el otro, queriéndose mucho aunque no supieran lo que es el cariño, amándose con el amor puro que nos describen los grandes idealistas.

Cuidados y atenciones, rudos en la forma pero delicadísimos en el fondo, tenía el rapaz a todas horas para la muchacha; guárdabale la mejor parte de las limosnas que recogía; si algún compañero de **profesión** la miraba con **malos ojos** ya podían contar con un diluvio de pescozones y puntapiés, y los primeros cinco céntimos que se ganaba con los **papeles**, aunque Juanillo no hubiera comido en dos días, guárdabalos invariablemente para comprar el ramo de violetas ó de jazmines á su Lola.

En las eternas y crudas noches de Enero, cuando los dos

hartos de vocear el **Heraldo** y **La Corres**, buscaban el quicio de la puerta más cómodo para dormir y donde menos pudieran interrumpirles, él se despojaba de su bufandilla, colocábala sobre los hombros de ella, á guisa de mantón, y juntos, muy juntitos, presentándose mútuo calor con sus desmedrados cuerpos, abrazados, se entregaban al sueño tranquilo y dulce de la inocencia.

II

Una mañana, al despertar Juanillo, fué victima del primer dolor que hería con crueldad su alma; experimentó el primer sufrimiento, el primer pesar, la primer angustia; pero un dolor, un sufrimiento, un pesar y una angustia tan grandes que le oprimían el corazón hasta ahogarle; exaltaban su cerebro hasta producirle la locura y desgarraban todo su ser con garfios ardientes y venenosos.

Lola, el amor de sus amores, su ídolo, u compañera inseparable, la única persona que había estampado besos en sus mejillas, que había vertido por él lágrimas de verdadero dolor, era una masa inerte, un montón de harapos, un cuerpo sin vida.

La anemia, el frío, el hambre, enemigos encarnizados de la desgracia, hicieron presa en la pobre niña y hasta ver la morir no sacieron su sed de sangre.

El **golfo** lanzó un grito inarticulado, estridente; un grito análogo al del león cuando le arrebatan sus cachorros y después torrentes de lágrimas se desbordaron de sus pupilas, y lloró, lloró mucho, pero de distinto modo que lloraba cuando algún compañero más valiente ó más ágil para la pelea le acogotaba sin compasión, ó le sacudía el polvo uno del **orden**, en justo castigo a sus incorregibles travesuras.

Atraída por los gritos se agolpó la gente en derredor de la infantil pareja; llegaron los guardias, después el juzgado; un médico declaró que la **golfa** había sido vícti-

ma de cualquier accidente repentino y una hora más tarde, los enterradores de mirada siniestra depositaban el cadáver en el ataúd de la caridad y lo conducían al cementerio, acompañados únicamente por el granujilla, triste y abatido como la estatua del dolor.

III

En el depósito del campo santo, sobre la fría mesa de disección, está el cuerpo de la niña, mal cubierto por los andrajos que le sirvieron de única vestidura y hoy le sirven de mortaja, sin una luz, sin una flor, sin una pobre corona que recoja sus cabellos, enmarañados como los juncales en la ribera del oculto río.

Y á su lado, transido de pena, con las huellas de la desesperación en el semblante, e halla Juan dispuesto á no separarse un segundo de su amiga, hasta que la cubra la tierra con el manto que á todos nos iguala.

Ha abandonado la venta de los periódicos y tal vez algún colega, aprovechando la ocasión, le quitará la parroquia, pero no le preocupa esto. Mas que procurarse un mendrugo de pan, ecorría calles y calles voceando el **Heraldo** y **La Corres** para satisfacer las necesidades y hasta los caprichos de Lolilla, para que nunca le faltase el ramo de violetas ó de jazmines entre los cabellos, enmarañados como el juncal en la ribera del oculto río.

¡Y ver que ahora no tenía una pobre flor, siendo las flores, por un anacronismo sin duda, compañeras inseparables de la muerta!

El podía reunir dinero para comprárselas mendigando, pi diéndolo a cualquier conocido, robándolo en último extremo, pero no quería abandonar un solo instante al ser idolatrado.

Al atardecer, el portero de la necrópolis, con palabras descorteses, casi á empujones, arrojó al granujilla del sagrado recinto, y los goznes de las cancelas que facilitan

la entrada en la mansión de la muerte rechinaron produciendo sonidos lúgubres.

IV

Juan, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos ocultas en los bolsillos, emprendió el regreso á la ciudad, maquinalmente, como un autómeta.

En aquel cerebro infantil se agitaban las ideas tristes con igual ímpetu que se agitan las aguas del torrente cuando sobre él pasa la tromba.

Entró en la población, llena de vida, perdióse en el laberinto de sus calles, anchas y rectas las menos, estrechas y tortuosas las más, abstraído del mundo exterior, consagrado solo a sus sentimientos.

Una luz vacilante, amarilla, iluminando su faz sacóle del letargo en que le tenía sumido el dolor: buscaron sus ojos encendidos por el llanto el foco de aquellos resplandores, y al encontrarlo, una sacudida epiléptica agitó los miembros de chiquillo.

Las luces que, sin duda, habían hecho resaltar la palidez de su rostro, alumbraban un cadáver; y también era de una niña, pero no tan pobre como su Lola. Estaba envuelta en sedas y gasas, ostentando en la cabecita rubia una corona de azahar, rodeada de flores, que confundían sus aromas con el penetrante olor de la cera. El muchacho se avalanzó á los hierros de la ventana que le ofrecía este cuadro; estuvo allí álgunos instantes inmóvil y después como presa de un vértigo, con la rapidez inconcebible del rayo, dirigióse á la puerta de la casa, entró, saltó por encima de las personas que velaban el cadáver, llegó hasta él, arrebatole con mano trémula y casi invisible la corona y puso se nuevamente de dos saltos en la calle, emprendiendo una nueva carrera que solo se podría comparar, por lo vertiginosa, con la del pensamiento.

En vano le quisieron detener los testigos de la escena;

el amor, que realiza imposibles, había dado alas al **golfo** para que volase.

En pocos minutos llegó al cementerio; saltando sus tapias fué al depósito con gran sigilo y sobre la cabeza de su amiga puso al corona robada á la otra muerta.

Una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios; besó por última vez la frente de la **golfa** y alejose de ella y del campo santo, volviendo á saltar sus carcomidos muros con ligereza de ardilla.

V

Una hora después le detenían **los del orden** y Juanillo marchaba á la **prevención**, tranquilo, sereno y hasta gozoso en medio de su horrible pesadumbre, porque ya no enterrarían sin corona á la desventurada Lolilla.

L A M A G N O L I A

A Francisco Rodriguez Marin

Yo sé por qué la magnolia cierra sus pétalos cuando nace el día y los abre cuando la noche extiende su túnica de sombras en el espacio. Es un secreto de amores y os los voy a decir; oidme.

Una joven, hermosa como la primavera, pálida como la luna, gentil como el lirio que se mece acariciado por la brisa, desdeñó, sin causa justa, al mancebo que la adoraba.

Lágrimas y quejas, todo fue inútil para ablandar el corazón de la joven; no escuchaba las súplicas del amante que al pie de la reja orlada de dlaveles, trono y altar al mismo tiempo de la ingrata, se retorció con las convulsiones de la desesperación.

Y como sufrimientos del enamorado no se pueden tener ocultos, como es preciso romperles el dique para que se desborden, el infeliz desdeñado contaba sus cuitas á los charlatanes moradores de la selava y ellos al punto batían sus alas en todas direcciones para repetir la cantinela del pobre doncel.

Si al cristalino arroyo hacía lo depositario de sus secretos, el arroyo, murmurador como vieja ochentona, pregona-ba las tristes declaraciones de su amigo.

Si á las flores narraba la historia de sus pesadumbres, encargabase el viento de arrebatarse esa historia para seducir con ella á los poetas y á los enamorados.

Ni las aves, ni las flores, ni el arroyo, sabían guardar las confidencias del mártir de la ingrata. ¿A quien abriría pues, su corazón, que no le avergonzara publicando manifestaciones íntimas, de las que el vulgo se mofa?

Esa duda le consumía cuando una blanca magnolia, inclinándose hasta llegar al oído del joven, yo seré, le dijo,

el confidente que buscas. Háblame cuanto quieras, háblame de tus secretos de amor, yo sé amar también y lloro las desventuras de los amantes.

No temas que la brisa me arrebathe la historia de tu pasión para seducir á los poetas.

Yo cerraré mis pétalos para guardarla mejor y sólo cuando la noche extienda su túnica de sombras en el espacio, en esas horas consagradas al misterio y al amor, los abriré para repetir tus lamentaciones en la reja de la mujer ingrata. Y ella, algún día se arrepentirá de sus desdenes.

.....

La magnolia con su dulce lenguaje, consiguió ablandar el corazón de la doncella.

Desde entonces es la flor de los enamorados.

Y el sagrario misterioso en que depositan sus secretos.

LOS MAITINES

I

A Pedro de Alcalá Zamora.

En el fondo de la calle, estrecha y tortuosa, que aún conserva el sello de la dominación oriental, está la ventana con su verde reja, convertida en jardín como todas las de Andalucía.

La aurora sorprendió en esa ventana dulces idilios amorosos, mas hoy la encuentra sola y el primer rayo de sol no atreviesa la trepadora enredadera para besar las mejillas de la enamorada virgen.

El galán, un mozo del pueblo, incapaz de dar cabida á los sentimientos generosos en su corazón ni a las ideas nobles en su mente, riñó con la doncellas, tal vez porque no se prestaba á inmolarse en las aras del brutal mancebo.

Y él se alejó de la ventana, jurando y perjurando no volver, como no fuese para matar á la joven.

II

Pasó el tiempo y de la memoria de la doncella borróse la triste impresión que le produjera la despedida de su novio y él arrepentido quizá de su proceder injusto, volvió a pedirle una cita, y ella á concedérsela, y en el fondo de la calle, estrecha y silenciosa, oyerónse, á media noche, murmullos quedos y misteriosos como de lejana fuente. Eran las notas, melancólicas y sublimes, del hermoso poema del amor.

Pero de nuevo, sin duda, el demonio de la pasión agitó la sangre del mozo y se repitieron sus proposiciones indignas, y la resistencia de la virgen, y la lucha entre la materia y el espíritu, entre el honor y la impudicia, lucha terrible, sin cuartel, en la que sale, de ordinario, la maldad vencedora.

A los murmullos quedos y misteriosos sucedieron las imprecaciones, las blasfemias, las súplicas, las palabras de indignación, dichas en voz alta, casi a gritos, sin temor sin temor de que repercutieran en el fondo de la calle y penetraran por la alta reja del olvidado monasterio, cuyos muros negros y sombríos contrastaban con los inmaculados y alegres de la casita frontera.

La trágica escena llegaba á su término; el infame sátiro, aprovechando un descuido de su víctima, pasó el membrudo brazo á través de la cortina de verdura y de los hierros de la reja y con una mano oprimió el cuello de la joven, mientras blandía en la otra un enorme cuchillo.

Al verle, la víctima lanzó un grito de suprema angustia y cayó desmayada, al par que un rayo de luz vivísima iluminaba el rostro del criminal y una voz extraña hería sus oídos, haciéndole huir presa de indescriptible terror.

Era la luz del coro del convento, encendida en aquel instante, y la voz de las monjas que rezaban los maitines...

Era un destello de la mirada de Dios que caía severa sobre la frente del culpable, y el himno de júbilo que los ángeles entonan cuando arrebatan una presa del demonio.

EL JAZMIN DE MARGARITA

A M.R. Blanco Belmonte

I

Margarita era una andaluza de ojos negros como la noche y brillantes como los luceros que tachonan el cielo de su patria; de cabellera abundantísima, formada por hilos casi invisibles de azabache; un compendio de todos los encantos y perfecciones con que Dios puede dotar á la humana criatura.

Su boca sonriente parecía una granada entreabierta; sus manos dos magnolias; su cuerpo el modelo ideal soñado por el artista para sus inmortales Concepciones.

Esta linda joven albergaba una pasión en el solo la muerte podía destruir: la pasión por las flores.

Su casa, alegre y risueña como el nido labrado por la felicidad, era más que casa un jardín indescriptible; verdes enredaderas le formaban toldos, al través de las cuales filtrábanse los rayos del sol como lluvia de fuego; claveles y rosas le servían de alfombra perfumada y en la reja andaluza, altar de los amores, marco de la arrogante figura de Margarita, un jazmín tejía á los hierros sus trepadoras ramas, vistiéndolos con riquísima colgadura de topacios, matizada de perlinas estrellas.

Aquel jazmín era confidente de la hermosa; el que sabía sus cuitas y sus secretos de amor. Si los helados huracanes de invierno lo agostaran, se extinguiría al par la vida de la joven.

II

Caprichos de la suerte llevaron á Margarita, muy lejos, muy lejos de la ciudad natal. Se halló de improviso traslada á una ración donde eternas brumas cubren el cielo; donde la naturaleza no se despoja de su vestidura blanca, como el alba del sacerdote.

La infeliz doncella suspiró por su cielo, y por su sol, y por sus flores, y una palidez mortal cubrió el semblante divino de la virgen. Sintióse enferma, enferma del espíritu y la dolencia del alma bien pronto hizo estragos en el cuerpo.

Un mañana triste y fría, como el hogar del pobre, Margarita abandonó la tierra; en su ataúd no pudieron colocar ni coronas de rosas ni ramos de azahares: ¡desventurada niña!

Allá, en el rincón más olvidado del cementerio, de un cementerio en que se confunden las marmóreas losas de los sepulcros con la nieve que cubre el suelo está la tumba de Margarita. Una humilde cruz de madera con sencilla inscripción indica la última morada de la infeliz andaluza. ¡Cómo llorará en su ataúd, no sintiendo llegar hasta él los perfumes de las flores que la sirvieron de compañeras!

Mas Dios no puede consentir que pasen a ultratumba los sufrimientos de este mundo. El aire de las regiones polares hiela las gotas del rocío y las deposita en forma de copos sobre los brazos de la cruz.

Y una ráfaga de viento, aromado y tibio como hálito celestial, que debe ser el soplo del Creador, estremece la cruz y la transforma instantaneamente en delicado jazmín, convirtiendo los niveos copos en las flores, que sin cesar besan la olvidada fosa de Margarita.

LA MANTILLA BLANCA

A Salvador Rueda

En cierta ocasión hubo un certámen de bellezas femeniles al que concurrieron mujeres de todas las naciones, engalanadas con sus mejores atavios.

Dios, que siente predilección por las españolas, quiso que obtuvieran el primer premio, y no les dio bellezas y encantos, porque atesoran todos los que se pueden compendiar en la tierra, mas las inspiró para que uniesen á su hermosura la suprema elegancia.

Y las españolas aprisionaron sus diminutos piés en cha pines de raso, que semejaban cálices de flores; y envolvieron sus cuerpos esculturales con la airosa falda de seda, que moldea líneas y contornos atrevidos; y orlaron el bus to con rosas y claveles; y rodearon el cuello, con perlas menos blancas que sus ebúrneas carnes, y convirtieron sus cabezas en primorosos jardines de Andalucía.

Pero les faltaba algo para completar sus atavios; algo que sirviera de marco a sus divinos rostros; porque el mar co siempre realza los méritos de la obra artística.

Y ¿á qué recurrir? ¿Al sombrero que usaban sus competido ras las francesas? ¡Nunca! Preferían ir destocadas.

Notó Dios el apuro de las españolas y, llamando á un án gel, le ordenó que cogiera una nube, la más alba y sutil de cuantas había en derredor de su trono, y bajase á la tie rra para orlar con girones de aquella nube las lindas cabezas de nuestras paisanas.

El ángel cumplió el mandato, con gra júbilo de las favorecidas, para quienes fue el premio del concurso.

Desde entonces las mujeres de España, cuando quieren se ducir al orbe entero se colocan la mantilla blanca, de origen divino, como lo prueba esta verídica historia.

LA ROSA BLANCA

A José Ortega Morejón

I

En el cofre donde guardo múltiples objetos, cada uno de los cuales trae á la memoria un poema de la juventud, ocupan lugar preferente los restos, ya casi trocados en cenizas, de una flor que es para mí un precioso talismán.

No creais que esa flor adornó la cabellera de la mujer amada; no penséis que se la arrebató del busto para entre garmela cual prenda de cariño: la marchita rosa, en otro tiempo blanca como los copos de la nieve, perteneció-no me avergüenzo decirlo- á una mujer de esas con quienes se complace la sociedad en ejercer funciones de verdugo, después que la sociedad misma las ha obligado a delinquir.

Por causas que ignoro, la pobre niña pasó del hogar honrado al templo del vicio; allí fue, como todas engañada: la hablaron de riquezas, de joyas, de trajes, de cuanto halaga á las hembras, y ella, seducida por los ofrecimientos de la meretriz, penetró en el soñado paraíso, lozadal donde las almas y las honras se confunden hechas girones.

Bien pronto comprendió la farsa, y suspiró por sus padres, y lloró en vano por volver á su aldea, á su casita que destacaba entre huertas como una mariposa blanca dormida sobre los tallos de un arbusto.

Pero ¿cómo regresar al pueblo donde maldicen el nombre de la mujer viciosa?.

II

¿Será usted tan bueno que me conceda el favor que yo le pida? dijome entre gozosa y triste la muchacha un día que la encontré en mi camino.

Contesté afirmativamente y la desdichada niña, llena de júbilo, con verbosidad nerviosa, empezó a hablarme así:

No le contaré mi historia porque es la de todas las vic
timas del lupanar, historia de engaños y traiciones; pero
sí le confesaré que me halló arrepentida de mis pasadas lo
curas, de arrastrar la existencia miserable más propia de
esclavas que mujeres libres, como nos califican; que quiero
tornar al lado de mis padres y pedirles de rodillas perdón,
y para conseguir todo esto necesito que usted me ayude: sí,
necesito que usted les escriba una carta diciendo esas co
sas que solamente los poetas saben decir; una carta que ha
ble al corazón. Hágalo y mi gratitud será eterna.

Te prometo darte mañana la carta que me pides, contesté
preocupado, y momentos después encerrabame en el gabinete
de estudio para cumplir mi promesa.

Escribí mucho; emborroneé muchas cuartillas; trabajo algu
no me ha hecho pensar tanto como la epístola de la desven
turada ramera, pero tampoco me ha dejado tan satisfecho.
Orgulloso de mí obra la entregué a la pobre niña, y de sus
labios desbordáronse torrentes de agradecidas frases y de
sus ojos torrentes mayores de lágrimas.

III

Había olvidado el suceso descrito; mi memoria ya no con
servaba recuerdos de la carta ni de su dueña, cuando anunciá
ronme la visita de una joven que con gran interés deseaba
hablarme.

Era ella; la protagonista de mi historia. Su rostro som
brio antes, rebosaba de júbilo; su ser había sufrido una
transformación completa.

Vengo á dar á usted una buena noticia, me dijo. Mis pa
dres me han perdonado y vuelvo al hogar que abandoné en
mal hora. Todo esto lo debo á usted; á su carta, que les ha
brá hecho derramar llanto de compasión.

Yo quisiera pagar el favor recibido, mas todos los teso
ros del mundo no premian su obra...

¿Ve usted este ramo de blancas y perfumadas rosas? No es obsequio de un sátiro miserable; no está regado con el vino de la orgía; estas flores no contienen entre sus hojas besos impúdicos. Acabo de invertir en su adquisición el único dinero que poseía: quiero dejarlas como recuerdo en el altar de la Virgen bendita á quien rezaba en mi niñez: la Virgen y usted me han vuelto al buen camino... coja usted una de estas rosas y guárdela como ofrenda mía.

Con mano trémula desgajé del ramo una flor: su perfume era el perfume que se desprende de un alma pura.

Aquella flor la guardo como reliquia preciosa, porque recuerda siempre el mayor triunfo de mi humilde carrera literaria.

S E R A F I N Y P O L I C H I N E L A

Serafinito y Polichinela eran amigos inseparables; se conocieron en una feria y los ojos del niño, unos ojos muy grandes y muy azules, como las aguas del lago en calma, fijáronse en el muñeco de cara blancuza y traje de abigarrados colorines, lleno de cascabeles.

Los padres de Serafinito, que le adivinaban los gustos para complacerle antes que manifestara sus deseos, le compraron el juguete, y no es preciso describir la alegría que sintió el rapaz al ver entre sus manos al extravagante Polichinela.

Fué su amigo, su compañero más estimado; con él jugaba, para él eran todas sus caricias, sus atenciones infantiles; hasta sus goces y sus penas, si las penas caben en el corazón de un niño, contábalos Serafín al muñeco de cara blancuza y traje de abigarrados colorines.

.....

El fuego de la inspiración ardía en el cerebro del muchacho; artista por temperamento, en su alma producían inconcebible y misteriosa impresión las creaciones del arte y sobre todas ellas la que sabe tocar mejor las fibras del sentimiento, la que nos transporta con más rapidez a la sublime región en que vaga el espíritu libre de sombras, gozando goces inefables: la música.

Para cultivarla nació Serafinito; inconcientemente, sin previo estudio, sabía arrancar á las cuerdas del violín notas delicadas, vibrantes, sonoras, de esas que se filtran en nuestro ser y arrebatan al mismo tiempo lágrimas á los ojos y sonrisa á los labios.

Has Polichinela gozaba con los arpegios del violín de su amigo y se le animaba la cara de cartón y su deformada boca también sonreía enviando al par un dulce beso al chiquillo de ojos grandes y azules como las aguas del lago en

calma.

Un día la ambición o el orgullo impulsó a los padres del chico para presentarle al público, ansiosos de aplausos que satisficieran su amor propio ó el dinero que saciera su sed de riquezas.

Y sobre el tablado de un café, respirando una atmósfera insalubre, soñoliento, rendido de fatiga, el muchacho, antes coloradote y alegre, ahora pálido como las luces eléctricas que lo iluminan, triste, sin brillo en los ojos, empezó a arrebatar al violín acordes que parecían gemidos, ayes de dolor, estertores de agonía.

¡Qué diferencia entre estas lúgubres notas y las notas risueñas lanzadas por el instrumento en el hogar honrado y tranquilo del pequeño artista!

Al terminar el niño la ejecución de cualquier obra su auditorio le aplaudía, con el aplauso que no brota espontáneo, sino que es impuesto por la educación; él contestaba con mal aprendida reverencia y acurrucándose en un diván aguardaba medio dormido el momento de proseguir su ingrata y perjudicial tarea.

.....
Las vibraciones del violín, por raro fenómeno, llegaban hasta la alcoba del pequeñuelo; repercutían en su bóveda y al oír las Polichinelas estraña expresión de cólera dibujábase en su rostro, no la expresión grata, apacible, de otras veces. Y se retorció presa de ataques epilépticos, y al agitarse sus cascabeles sonaban con estraño y fúnebre son.

Una noche en que Serafinito, más cansado que otras, lloroso, tuvo que repetir todo el programa por exigencias de sus admiradores, ya sin fuerzas para manejar el arco ni para hacer presión sobre la encordadura, sintiendo que una mano férrea le oprimía la garganta, sintoma horrible de la difteria, los criados de su casa oyeron un estraño ruido en la habitación del pobre concertista, acudieron presurosos y encontraron el juguete predilecto del niño hecho pedazos en medio de la estancia.

Polichinela no pudiendo sufrir las penalidades y torturas de su amigo, se habia suicidado, arrojándose de cabeza desde el mueble en que se hallaba.

EL PREMIO DE LA VIRTUD

A José de Velilla

Una mártir del trabajo, una heroína de la virtud, una víctima de la desgracia: todo eso era Rosario, la huérfana que encerrada en una buhardilla, muy cerca del lecho de su madre, pasaba la existencia trabajando para que ni alimentos ni medicinas faltaran á la pobre vieja.

Levantábase al vislumbrar las primeras claridades precursoras del día y las doce monótonas campanadas que indican la media noche, contábalas junto á la enferma, sin dar reposo á la aguja, compañera inseparable de Rosario.

Seis años transcurrieron de este modo y en ellos se agravó el padecimiento de la abuela, y amenguaron las energías de la muchacha, y disminuyeron los recursos, porque los gastos cada vez eran mayores y el trabajo escaseaba.

Llegó un momento de suprema angustia para las dos mujeres una se moría, á la otra no le quedaban objetos que empeñar ni personas á quienes pedir un céntimo. Y el doctor le dijo: "la situación de su madre de usted es desesperada; para intentar su salvación, á la ciencia le queda solo un recurso; el medicamento que indica esta receta" ¿Cómo adquirirlo? ¿Y cómo no realizar el último esfuerzo?

En la cabeza de la pobre niña las ideas más absurdas se atropellaban; el fuego de la calentura invadía sus arterias y el llanto luchaba con la voluntad de hierro para brotar por los ojos.

Llegó la noche; Rosario, envuelta en su chal, esquivando las miradas de los transeuntes, fué al obrador para pedir que le adelantaran algunos jornales. Expuso su situación tristísima, lloró, suplicó: todo inútil. Si accedía á sus pretensiones, las compañeras, considerándose con análogos derechos, solicitarían también anticipos que era imposible

facilitar.

Desesperada ,se alejó la obrera,perdida su última esperanza,ciega por el dolor,ignorando qué determinación tomar y á dónde dirigirse.

Vagaba sin rumbo,cuando le salió al encuentro un hombre, un galanteador de oficio,que sin ambages ni rodeos,hízole proposiciones de esas que hacen los seres para quienes la virtud y la honradez son palabras hueras,y la invitò a cenar.

Con energías impropias de una débil mujer,supo rechazar la oferta y al desvergonzado mozo;éste insistió,volvió á sus negativas ella,pero acordándose del cuadro horrible que había dejado en la buhardilla,tuvo un instante de vacilaciones, un instante sólo.El roble secular cuando el viento lo combate se inclina y besa con sus ramas el suelo,mas pronto se yergue desafiando orgulloso al enemigo.

La escena fué larga, la lucha horrible;como que luchaban la virtud y la miseria,el hambre y la honradez,enemigos irreconciliables,que ni ceden ni perdonan.

Y el doctor había dicho: "á la ciencia le queda sólo un recurso,el medicamento que indica esa receta."

Una oleada de sangre pasó por el cerebro de Rosario,bañándole el rostro y con voz muy débil exclamò,dirigiéndose al desconocido: le acompañaré a cenar,pero con una condición: que me deje usted ir antes á mi casa,pues necesito recoger unos papeles.

El sátiro,juzgando tal condición una extratagema para evadirse del asedio,repuso a la muchacha:conforme si permite usted acompañarla hasta su domicilio.

Sígame,contestó la joven,y ambos emprendieron el camino,de la dicha para él,del calvario para ella,sin pronunciar una palabra.

Se detuvieron ante una casa humilde,próxima a las afueras de la población;Rosario abrió las puertas y perdióse entre las sombras del zaguán,apareciendo pocos instantes después

con un rollo de papeles en la mano.

Y los dos continuaron la marcha interrumpida, por las principales calles de la ciudad.

Llegaron al **restaurant** de moda iluminado esplendidamente lleno de espejos que centuplican las imágenes; de plantas y flores, que perfuman la atmósfera enrarecida por las emanaciones asfixiantes del vicio.

En un gabinete que semeja la concha donde Venus surgió del mar, penetraron galanteador y doncella. Torrentes de alegría brotaban por los ojos de él; raudales de lágrimas por los de Rosario.

Despojóse la víctima del amplio chal que velaba su arrogante busto; cogió el rollo de papeles que había colgado sobre el diván, lo estrujó con rabia entre sus nerviosos dedos y acercólo a una luz para que el fuego lo destruyera.

El miserable cazador de honras, con movimiento rápido, se apoderó de aquellos papeles, y al desdoblarlos y leerlos, una transformación súbita hubo en su rostro. Cualquier poeta observador habría dicho que el demonio acababa de convertirse en ángel.

-¿Qué haces? - se atrevió a murmurar tras, tras un breve silencio.

-Ya lo vé usted, dijo la muchacha; destruir algo que para mí valía mucho antes, pero que desde ahora sería un sarcasmo, un padrón de ignominia, un testimonio viviente de mi delito. Las circunstancias lo exigen, mi madre se muere y prefiero la vida de mi madre á mi honra.

La bestia humana, convertida rápidamente en hombre, envolvió en una mirada de suprema ternura á la doncella y devolviéndole los misterioso documentos, no es usted -dijo- la mujer que yo creía; perdoneme la equivocación y salgamos pronto de aquí; la mariposa no debe permanecer un segundo entre el lodo. La acompañaré á su casa, prestaré todos los auxilios necesarios á su madre, y si usted, en recompensa, algún día me concede su mano, seré completamente feliz.

.....

Pocos meses después Rosario y Federico, el aventurero incognito, se unían ante el altar con vínculos eternos. La madre de la novia, completamente restablecida de su enfermedad, presenciaba el acto.

En el despacho de Federico, entre los lienzos notables y las joyas artísticas que decoraban sus muros, se halla en lugar preferente, encerrado en precioso marco de rica filigrana cordobesa, el diploma que obtuvo Rosario, la obrera de otros tiempos, en un certamen para premiar la virtud.

Ese diploma fue su tabla salvadora en el naufragio de la honradez, y es hoy el mejor título que con orgullo ostenta el matrimonio.

SOLEDAD

Desde su niñez tuvo á la adversidad por compañera inseparable; el infortunio batió sus negras alas sobre la cuna de la pequeña y obscureció la sonrosada aurora de su juventud.

Cuando muy pocos años, cuando necesitaba, más aún que el alimento corporal y del espíritu, los halagos y los besos de una madre, el calor de un hogar, abandonaron este mundo los seres que le dieron vida, dejando solos, sin norte ni guía, como rebaño sin pastor, á Soledad y sus hermanitos, pobres huérfanos que la desgracia abandonaba en los eriales del mundo.

¿Cuál sería su destino? ¡Quién sabe! Capullos de un mismo rosal, arrebatadas por el viento en noche tempestuosa, unos quedarán sepultados entre el cieno, mientras la suerte destinará á otros para ofrendas religiosas, colocándolos en los altares, para adornar el busto de la dama distinguida ó para morir abrasados por hirvientes lágrimas sobre la losa de un sepulcro.

Amigos y parientes bondadosos de los niños desamparados, les recogieron y se encargaron de educarles, y un día separáronse con lágrimas y sollozos, tal vez para no reunirse más. Antonio fué á una academia del extranjero, de donde saldría convertido en un hombre útil para sus semejantes; Soledad ingresó en un colegio de la corte, á cargo de una congregación religiosa; Luisa la hermana mayor, que ya no tenía edad para permanecer en un centro docente, entró de doncella al servicio de una señora; pero muy pronto abandonó su casa, dejándose arrastrar por el torbellino de las malas pasiones que se habían filtrado en su corazón y halagaban su mente con fatales quimeras.

Y la existencia de Luisa, que podía haber servido á los otros dos huérfanos de sostén y amparo, fué para ellos un nuevo motivo de aflicción, una desventura más, porque aquella mujer desonrraba el apellido, limpio como el sol, de los deshe-

redados de la dicha.

Soledad la pobre niña á quien arrancó torrentes de lágrimas el vacío que la muerte formara en su derredor, lamentaba ahora no estar más sola aún, y en vano quería arrancar de su memoria el recuerdo de la hermana impura, de su cerebro la i magen de la desventurada hija del vicio, de su corazón el res cuido de cariño que hacía ella sentía.

*
* * *

Soledad, la encantadora muñeca de ayer, merced á la constancia y al celo de las religiosas encargadas de su educación, llegó á convertirse en una mujer instruida, con todos los atractivos, con todas las virtudes que la transforman en án gel del hogar y hacen de ella un modelo de esposas y de madres.

La familia de la huérfana concertó el casamiento de esta con un joven digno de poseer tal joya, y del colegio salió para ser conducida al altar, radiante de hermosura, semejando, entre la profusión de gasas y encajes que la envolvían, la en carnación real de la pureza soñada por un poeta idealista.

Poco antes de llegar al templo detúvose la comitiva, impre sionada por un encuentro inesperado. Del átrio de la iglesia destacóse la figura de Luisa, que precipitadamente, se dirigió hácia Soledad, con su habitual y cínica desenvoltura. En tre ambas jóvenes, polos opuestos de la sociedad, se interpu so, para evitar el contacto, el prometido de la huérfana.

-¡Quiero abrazarla por última vez!-exclamó la aventurera.

-¡Nunca!-respondieronle á coro todos los presentes.

-¡Abrazame tú!-repitió la infeliz, con voz ya turbada, á la vez que dos gruesas lágrimas humedecían, ó quemaban quizá su rostro.

Soledad, muda, lívida, inmóvil como una estatua, presencia ba la escena sin levantar los ojos del suelo, sin dirigir á su hermana siquiera una mirada de compasión.

-¡No entrará en la iglesia sin que antes la estreche, de grado ó por fuerza...! ¡Dame un abrazo, te lo pido por Dios,

por la memoria de nuestra madre!-insistió la meretriz, dando ya rienda suelta al llanto.

Y entonces, como impelida por misterioso impulso, por una fuerza superior, por una descarga eléctrica, la virgen envuelta en gasas y encajes apartó con energía á las personas que la separaban de Luisa y se arrojó sobre ella, echándole los brazos al cuello.

Las bocas de ambas se juntaron, uniéronse los cuerpos estrechamente y pocos segundos después la desventurada pecadora caía en el suelo como herida por el rayo, mientras la otra huérfana, contraídos horribilmente sus músculos por el terror, huía lanzando una carcajada estridente, carcajada histérica, que helaba la sangre y sobrecojía el espíritu.

Soledad acababa de complacer á su hermana, dándole el último abrazo que recibiría; con él habíala estrangulado.

LA MUÑECA

I

¿Quieres saber su historia? Es la de todas las mujeres que, ciegas de amor, se dejan seducir por un hombre infame sediento de goces y decidido á arrojar la copa del placer cuando le empalaga.

Josefina creyó las promesas y las halagadoras frases de Augusto, para pasar del cielo de la dicha al abismo de la desesperación con la rapidez que cruza el meteoro los espacios.

Abandonada por el miserable que la engañó, hallóse en medio de la más aterradora soledad, como si el mundo fuera un desierto creado para ella. Pero como Dios se apiada siempre de sus criaturas y ni el placer ni el dolor son eternos, algunos meses después una luz vivísima iluminó los oscuros y medrosos horizontes de la infeliz mártir; un ser idolatrado, carne de su carne, pedazo de sus entrañas, vino á endulzar las amarguras de la existencia de la joven, á hacer menos de sesperante su abandono, menos tristes sus lágrimas. Un ángel de cabellos rubios como las espigas en estío, de ojos azules como el lago en calma, de faz sonriente como la ventura; una niña con todas los encantos y todas las seducciones de la infancia alegre borró de la memoria de la pobre madre sus pasadas torturas, volviéndole á entreabrir el cielo de los goces.

Desde aquel instante vivió solo para su hija, renació la tranquilidad en su alma y se disiparon las nubes en su cerebro. ¿Qué le importaba ya el desdén de la sociedad, el vacío formado en su alrededor si cuanto el mundo le negaba dábale con creces la pequeña **Maruja**? ¿Faltábanle un cariño sincero, unos brazos que se enlazaran con los suyos, besos que le dolieran, como los que pide la **Pasionaria**? Pues todo esto se lo brindaba su hija, tornando en eden el hogar de la desesperación y el infortunio.

Más un día el cuervo del dolor pasó volando sobre aquella casa y al recordar que allí tuvo su nido durante largo tiempo, volvió á elegirla para teatro de sus dramas; la niña de ojos azules y cabellos dorados, flor hermosa del jardín de la vida, fué deshojada por el huracán de la muerte, como la rosa en tarde del estio se marchita al soplo del huracán, mensajero de la tormenta que anuncian plomizos nubarrones.

El postrer beso del angel de rubias guedejas lo estampó en las pálidas mejillas de su madre; con el postrer abrazo estrechó á su muñeca, una muñeca de cara de **biscuit** que compartía con la desventurada Josefina los halagos y los cariños de **Maruja**.

En aquel hogar, otra vez triste y frio como la existencia del inclusero, desde entonces la muñeca fué una reliquia venerada, un talisman que al mismo tiempo arrancaba lágrimas y producía extraños goces, lo que nos proporciona el recuerdo de dias felices, á la pobre mujer de nuevo abandonada.

II

Transcurrió el tiempo y Josefina, lejos de la ciudad testigo de sus desventuras, encontró á un hombre que la quiso **de verdad**, no como el otro, y la condujo á los altares, haciéndola en ellos su esposa, ante Dios y ante el mundo.

En el **trousseau** de la novia figuraba la muñeca de su hija; el marido creyó que era un recuerdo de la infancia de su mujer y le complacía verla acariciar aquel rostro de cera, con labios y megillas coloreados por el más vivo carmín.

Sobre el lecho, en la rinconera de caoba, al lado de la pila del agua bendita, hallábase colocado el juguete, y todas las mañanas al despertar Josefina, para él era su primer mirada, una mirada triste y dulce á un tiempo mismo, y hasta podría asegurarse que su linda boca enviaba un beso mudo á la predilecta amiga de **Maruja**.

Pasada la aurora que tiñe con rosáceas nubes el cielo de los recién casados empezaron á llamar la atención del esposo aquellos caprichos de su cónyuge; más tarde, loco de amor,

tuvo celos unos celos horribles de la muñeca, que le arrebataba el cariño del ser idolatrado, y la tranquilidad y la dicha del hogar desaparecieron nuevamente como piedra que arrastra en sus ondas el caudaloso rio.

En valde el marido pidió, suplicó, exigió á su compañera, siempre dócil que hiciese desaparecer el maldito objeto causa de sus desventuras, hasta que al fin ciego de ira, loco, lleno de rabia, con mano convulsa destrozó la muñeca, como destroza el león la presa con su garra temible. Josefina lanzó un grito de dolor, semejante sólo al que le arrancara la muerte de su hija y dos días después el matrimonio separábase amistosamente, por no haber causas legales en que fundar el divorcio.

Para él continuó siendo un enigma aquella pasión avasalladora inspirada por un objeto inanimado; ella jamás encontró consuelo á sus pesares y si alguna vez las pocas amigas que le quedaban sorprendíanla contemplando los añicos del juguete, encerrados en primorosa cajita, y regandolos con sus lágrimas, les decía invariablemente: son los restos de mi dicha por la mano férrea de la adversidad hecha pedazos.

S I N M A D R E

A Eulalia Uliberri

(Una desgracia tuya me inspiró este
cuento; justo es que te lo dedique)

El aspecto del teatro es indescriptible; no hay en él una localidad vacía. Hermosas mujeres ocupan los palcos y las plateas; en las butacas está la juventud, que acude, no para ver el espectáculo, sino para **devorar** con los gemelos á las damas; en los pisos altos una abigarrada muchedumbre, compuesta de todas las clases sociales.

¡Gran noche para el empresario! Seguramente se desquitará de las pérdidas sufridas en las otras sesiones, con los productos de esta. Y la cosa no es extraña; los carteles anuncian el estreno de **La verbena de la Paloma**, zarzuela aplaudidísima, de música tan popular, que no hay piano de manubrio ni criada **filarmónica** en cuyos repertorios falte.

¡Y qué triunfo proporcionará a la compañía!

Las tiples están inimitables en la obra y el tenor ha hecho una verdadera creación del simpático papel de **JULIAN**. Sin duda, **La verbena** ha de colocarle á la altura de los mejores artistas que cultivan su género.

El traspunte dá las tres campanadas; el director de orquesta ocupa su asiento y cesan todos los murmullos. En aquel instante penetra en el escenario un portero con un telegrama para el tenor: sin duda le ofrecen una contrata ventajosa. El actor desdobla con indiferencia el azulado papel, mas al leerlo una expresión extraña, indescriptible, adquiere su rostro.

A través de la máscara que forman las pinturas, resalta la mortal palidez de un cadáver; los ojos se le salen de las órbitas; contracción extraña nótase en todos sus músculos; vacila como un cuerpo sin base y cae desplomado entre

los brazos de algunos compañeros que le rodean.

A sus voces en demanda de socorro acuden las demás **partes** de la compañía, que con asombro presencian el cuadro. Todos preguntan la causa del accidente y nadie la sabe.

El empresario coge el telegrama y en él encuentra el origen del suceso; con su horrible laconismo da al pobre artista la espantosa nueva de la muerte de su madre.

Y ¿Que hacer? Aquella función le salva de la ruina; si la suspende y devuelve el dinero está perdido. Hay que tener corazón de roca invulnerable por los sentimientos.

Procura tranquilizar al actor, convencerle de que se debe sobreponer á su desgracia y trabajar: ¡horribles consejos! Pero, ¿cómo desoir las exigencias del empresario? Esto equivale á perder la colocación, el pan de una familia.

Así lo comprende el infortunado cantante; se enjuga las lágrimas, imprime á su rostro una expresión tranquila y con voz muy débil exclama: Que levanten el telón; ya estoy preparado para salir á escena. En su alma ruge indómita la tempestad de los dolores; fuera, en la sala, el monstruo de las cien cabezas ruge también, impaciente porque no principia el espectáculo.

El huérfano representa su papel con naturalidad y canta mejor que otras noches. Las quejas del amante desdeñado son verdaderas quejas, muy tristes, muy sentimentales, en labios del protagonista de **La verbena**.

¡Y qué bien expresa las contrariedades y vacilaciones de su alma, cada vez que la **señá Rita** le hace su advertencia peremne: **Julián, ¡que tiés madre!**

Al oirla toda la sangre le sube al cerebro, se le anuda la voz en la garganta, pierde la razón, pero sigue desempeñando su papel como un autómatas.

Y la nécia muchedumbre aplaude y le asombra que haya quien pueda fingir los sentimientos con tal perfección.

Alguien, sin embargo, advierte que las inmutaciones del

tenor son reales, y descubre los síntomas del llanto en las muecas de su rostro, y hasta sorprende una lágrima en sus pupilas, que le rueda por la faz, dejando en ella surcos.

Y en tanto la **señá Rita** continua con su eterna cantata:
Julián, ¡que tiés madre!

La representación esta concluyendo; siglos le parecen los segundos al desventurado artista. Llegan las escenas finales, y al escuchar por última vez la frase obligada de la **chulapona**, dá un salto que parece el del tigre cuando se arroja sobre la presa, coge de un brazo á la actriz, y con acento ronco, en el que está reconcentrada toda la ira que ahoga su corazón: **¡no tengo madre, dice, mentira!** y cae pesadamente para no levantarse jamás.

El médico del teatro certificó que el pobre **Julián** había muerto á causa de la rotura de un aneurisma.

EL NIDO

Con razón aseguraba Toñete que él había **nació de las malas**; su madre murió al darle á luz y su padre fué á acompañarla poco tiempo después, víctima de una insolación adquirida en la siega de los trigales del **señorito**.

A los compañeros del pobre márti del trabajo inspiró lástima aquel arrepiezo y, con permiso del amo, impusieron la obligación de criarle, no difícil de cumplir y exenta en absoluto de sacrificios.

Un rincón del establo sirvióle de cuna; de lecho unos granzones de paja; de alimentación de sobras del rancho de los cortijeros. Oyendo el piafar de las caballerías y los silvidos del aire en las noches tempestuosas dormíase el chiquillo, á falta de las canciones que tienen para la infancia beleño misterioso.

Fuó su madre la cabra mejor de la manada, una madre tan cariñosa que apenas oía llorar al muchacho, saltando riscos y montes llegaba hasta él y ofrecíale sus ubres, repletas de abundante, sustanciosa leche.

Los amigos del huérfano eran los mastines de la cortijada; con ellos jugaba, servíanle de caballos y ante Toñete desaparecía la fiereza de los animales. Pero bastaba que alguien le quisiera maltratar para que se convirtiesen en leones temibles, sanguinarios.

Cuando pudo trepar con ligereza de ciervo á los picos de las montañas y su brazo adquirió agilidad y fuerza para el manejo de la honda y la precisión en la puntería que expresa gráficamente el pueblo con la frase **donde pone el ojo pone la piedra**, se dedicó á guardar el ganado, ocupación que para él tenía innumerables atractivos.

En las cumbres de los cerros, donde los pulmones aspiran el aire, libre de miasmas insolubles, donde la Naturaleza despliega su manto descubriendo tesoros inapreciables, el

chiquillo gozaba, gozaba mucho sin saber por qué, con todas aquellas grandezas que no comprendía, pero que le sugestionaban como sugestionan la música á las fieras, ignorantes de los secretos maravillosos de la armonía.

Allí, recostado sobre la verde grama, sintiendo en el rostro el valío de su oveja predilecta, se consideraba feliz, más feliz que los hijos del amo, presos entre cristales como flores de estufa, ahitos de opulencia, de goces, de caricias.

Solo cuando en la copa del arbol miraba el nido de las aves cantoras, solo cuando veía amamantar con materna solicitud la cabra á su choto, acordábase de que él no sabía lo que es un hogar templado por el fuego del cariño, la solicitud de unos padres bondadosos, y entrábale en el alma una congoja muy grande y pugnaban por salir de sus ojos lagrimones como puños. Más su tristeza pronto desaparecía; ¿quién pide reflexiones á un muchacho?

Una tarde hermosa de primavera el amo fué con todos sus pequeñuelos á la cortijada; los niños, pálidos y flacuchos, delicados como flores de estufa, apenas podían aspirar aquel aire lleno de aromas; tenía mucho oxígeno para ellos, siempre encerrados en habitaciones faltas de ventilación; sus ojos, á los que llegaba la luz empalidecida por vidrios, encajes y cortinones, cegaban ante los rayos espléndidos del sol andaluz que dora las mieses, tuesta los campos y curte el rostro de los labriegos.

A pesar de tales molestias, libres de la enojosa y continua vigilancia de monitores, ayos, y maestros, se divertieron mucho y jugaron más en unión de Toñete. Para la infancia no hay distinción de clases; practica un socialismo encantador muy diferente del que han predicado los hombres.

En la copa de un nogal corpulento que daba sombra á la puerta de la casa vieron un nido de gorriones. Al hijo mayor del dueño de la finca, antojadizo como quien siempre satisface sus deseos, le entraron ganas de arrebatarse el alberque á los pájaros y quiso que su acompañante, el rapaz de la

cortijada, subiera al árbol para cojer el nido. Toñete, compañero y amigo de las aves, pues como ellas vivía, se negó á complacer á su amo; riñeron y en un acceso de cólera ó de orgullo el contrariado chicuelo cogió una piedra, tiróla con furia á las ramas del nogal y el nido cayó hecho pedazos y entre los pedazos cayó también muerto uno de los padres de la bandada de gorriones, mientras ésta levantaba torpemente el vuelo y huía piando con tristeza.

El pequeño zagal, lleno de rabia, se avalanzó al otro muchacho, le cogió por el cuello y, al echarle la **zancadilla** juntos rodaron sobre la fresca grama.

Cuando acudieron los criados para separarles un hilillo de sangre brotaba de la cabeza del **señorito**, sin duda al caer, le había herido una guija.

Poco faltó al amo para matar al autor de la fechoria, pero contuvo sus ímpetus limitándose á mandar que arrojaran del cortijo al osado arrapiezo antes de que pudiera ponerse delante de él, porque, de lo contrario, no respondería de sus acciones.

El mandato fué cumplido y cuando el mensajero de la orden increpó á Toñete por su imperdonable travesura, éste después de oírle con atención, replicó entre colérico y apesadumbrado: ¡Recontra! si estos niños no tuvieran padres, ni casa, como yo, también defenderían á los pájaros de quien intentara quitarles sus nidos.

Y antes de concluir la última palabra, hizo una cabriola apretó la correa que le sujetaba los agujereados calzones, acarició las alas del raído sombrero y, silvando una tonada popular, marchóse muy despacio, en la misma dirección que la bandada de gorriones.

EL ESTIGMA

A José Lamarque de Novoa

I

¡Qué triste era la tarde que enterraron a al pobre niña! Pardos nubarrones entoldaban el cielo, como si el cielo vistiera luto por la muerte de la doncella; el aire cálido precursor de las tormentas del estío azotaba los árboles; sauces y cipreses inclinaban sus copas sobre las tumbas. De pronto, por los desgarrones que el huracán abría en las nubes, pasó un rayo de sol y fué a besar el busto de la muerta, arrancando destellos á la hermosa cruz de pedrería que en el pecho ostentaba.

A la vez, una mirada tan penetrante como aquel rayo de sol se clavó en la joya; la mirada del sepulturero que, con tranquilidad estoica, esperaba el instante de ejercer su oficio.

II

La noche infunde pavor al ánimo del hombre más valeroso; los relampagos se suceden con tal rapidez e intensidad que la población parecen envuelta en oleadas de fuego; el trueno, porque un trueno sólo se oye, espantoso, horrible, extremece los edificios y hasta las entrañas de la tierra.

En el cementerio el huracán simula gemidos que causan pavor; la cárdena luz de las descargas electricas al iluminar los mármoles produce fulgores siniestros, y en medio de tal cuadro los centinelas de la muerte, los lugubres sauces, agítanse en convulsiones epilépticas, en danza de espectros, macábrica, imponente.

Una sombra, salida acaso del averno, escala el muro de la necrópolis. Con paso incierto, con la cautela del chacal, pronto á avalanzarse sobre la víctima, recorre las amplias naves del campo santo y se detiene en una fosa, que aun no ha sido hollada por el pié del hombre.

Cuando cesa de retumbar el trueno, se escuchan los golpes, secos y acompasados, del azadón que remueve la tierra. Un bul-

to blanco surge entre la masa oscura; inclinase la sombra; suena ruido de goznes y después una carcajada semejante á las que deben lanzar los condenados.

Vivísimo relámpago alumbra la escena, en la que se destaca al sepulturero, muy cerca del ataúd de la joven enterrada aquella tarde, pronto á despojarla de la cruz de pedrería.

Un espantoso trueno parece que desgarrar el espacio en aquel instante; el rayo se desprende de la nube, imprime en la atmosfera extrañas inscripciones con caracteres de fuego y cae junto al ataúd, envolviéndolo todo en siniestros resplandores, extendiendo por todas partes su hálito de muerte.

El criminal huye, presa de terror indescriptible, casi asfixiado por la chispa eléctrica.

III

Al reponerse de la impresión que le causara el suceso, nota con asombro que en una mano le ha quedado grabada la cruz de la muerta.

El rayo, al producir el fenómeno extraordinario de fotografiar los objetos, señaló con estigma imborrable al ladrón de ultratumba.

EL JURADO

A Juan de Castro Orgaz.

La vista del proceso no es de las que interesan a la opinión, que con anhelo aguarda el fallo del tribunal; los periódicos no han llenado sus columnas con pormenores del supuesto delito, porque se trata simplemente de un robo, en el que no concurren circunstancias especiales.

El acusado, tipo vulgar, no serviría á Lombroso para hacer sus notabilísimos estudios; lo mismo puede ser un ciudadano probo que un criminal; pertenece á la clase de personas en quienes el alma, el cerebro, los pensamientos y las pasiones se ocultan bajo una máscara férrea, invulnerable por el escape de la observación.

Sus antecedentes no le perjudican; nunca estuvo procesado, y hay certificaciones que acreditan la buena conducta del presunto ladrón.

Los dos tribunales, de derecho y del jurado, acaban de constituirse; el fiscal y el defensor se disponen á cumplir la delicada misión que la sociedad les encomienda. El primero no conoce al acusado; el segundo le ha visto dos ó tres veces en la cárcel, adquiriendo la convicción de su inocencia.

Cuando ocupa el banquillo, entre la guardia civil, sugeto con esposas, todas las miradas se fijan en él y en + dos los semblantes se dibujan los signos de la conmiseración; el fiscal, después de reprimir un movimiento de sorpresa, clava los ojos en el procesado, que vacila como si le arrojaran sobre los hombros una inmensa mole.

Principia la prueba; solo hay testigos de descargo; nadie vió cometer el hecho; nada han encontrado al supuesto criminal que le comprometa.

La sala espera que el ministerio público retire la acusación, mas no lo hace; por el contrario, se muestra inflexible, durísimo en sus cargos, como no estuvo nunca, realizando prodigios de habilidad y derroches de elocuencia para encontrar

materia penable donde no existe.

El letrado defensor, en brillantísimos periodos, llenos de argumentos irrefutables, destruye el edificio levantado por el fiscal sobre una base de arena.

El veredicto del jurado es de inculpabilidad absoluta -no podía ser de otro modo- y el tribunal de derecho dicta sentencia absolutoria, con todos los pronunciamientos favorables.

La institución popular hija de las libertades y del progreso del siglo XIX queda satisfechísima, orgullosa de haber devuelto á la sociedad á un ciudadano probo, haciendo resplandecer la justicia donde antes imperaban las sombras del error.

Y, en tanto, el fiscal manda que detengan nuevamente al hombre honrado, porque en él ha reconocido al criminal que le maltrató y robó en época lejana.

EL TALISMAN DEL TORERO

A P. Sañudo Autrán

En el alegre patio de la clásica taberna andaluza está la **cuadrilla**, celebrando el éxito de la corrida de aquella tarde. El vino, que dá alegrías al corazón y hace surgir los ideales en el cerebro, anima el cuadro y arranca frases ingeniosas, risotadas continuas, charloteos de pájaros, á los seis valientes toreros.

Solo uno permanece triste y pensativo, el que debería estar más satisfecho, el matador, para quien fueron las ovaciones, los elogios, los regalos de una muchedumbre entusiasmada.

Inútil es que procuren sus compañeros distraerle; no lo consiguen de modo alguno. Inmenso pesar le hiere el alma, y para cierta clase de dolores no hay clamantes no bálsamos.

Cuando alguien se burla de sus congojas, creyendolas injustificadas, un rayo de ira pasa por sus ojos; después, en sus labios se dibuja la sonrisa del desprecio; mas no pronuncia una palabra que reprima las mofas de los colegas.

Hartos de verle con **cara de funeral**, como ellos dicen, uno, el más atrevido, se levanta de sus illa, se arregla los tufos, apura de un trago el oloroso vino que contiene la caña y **se arranca** con el siguiente discurso: "Brindo por nuestro matador, orque tenga muchas tardes como la de hoy y porque halle pronto una mujer que le haga olvidar al **es pantajo** que ha perdido."

Antes de que termine la última palabra, impulsado por una sacudida epiléptica, abandona su asiento el matador y se avanza sobre el charlatán, para castigar su osadía.

Has ultrajado á mi madre, ruge y te voy á arrancar la lengua, para que no repitas lo que acabo de oír.

La estupefacción se retrata en todos los semblantes; ¡tu madre! exclama á coro la cuadrilla, mientras su diestro, pro

curando calmarle, y el cuadro alegre se transforma en escena de drama.

Mimadre, sí, y á una madre nunca permite su hijo que se la ofenda. ¿Os reís de lo que hablo? ¡Necios! La viejecita que he perdido, por la que llevaba esta tarde cabos y pañoletas negros, no me tuvo en sus entrañas, es verdad, pero á ella le debo la vida y, por lo tanto, merece que así la llame. Oid la historia que voy a contaros, para que en lo sucesivo respetéis mi dolor y la memoria de la pobre anciana.

El 25 de Abril del año 1.880, no olvidaré jamás este día, trabajaba yo en mi tierra, en una corrida de mucho cartel, que esperaban con ansiedad los aficionados.

Llegó la hora de la fiesta; vestido con el mejor traje de luces marché á la palza, n un coche descubierto, que rodeaba un enjambre de chiquillos.

En el camino salió á mi encuentro una pobre, harapienta, escuálida, que extendía la mano con ademán suplicante. El cochero intentó retirarla con la fusta; yo se lo impedí, permitiendo á la mujer que se me acercara, y cuando estuvo á mi lado, con voz débil y muy triste, imploró una limosna.

Quise socorrerla, pero no llevaba dinero; pedí al amigo que me acompañaba una moneda, me entregó un duro y lo deposité en la huesosa mano de la mendiga. Dióle varias vueltas, como quien examina un objeto extraño, y me lo devolvió diciendo: "Yo solo quiero una pieza de cobre; si no la tiene usted ahora, otro día me la dará." Insistí en que se guardara el duro, sin conseguirlo, y la anciana se alejó y yo seguí hacia la plaza, comentando el encuentro.

La corrida fue soberbia; un lleno de las localidades; los toros bravos y nobles; las cuadrillas muy trabajadoras. Mis dos primeros enemigos mordieron el polvo de dos magníficas estocadas; en quites entusiasmé al público. Faltábame despachar al último y empecé la faena con gran acierto. Los bravos y las aclamaciones coreaban mi brega; se cuadró el bi-

cho y me arranqué en corto y por derecho. Al tocar los rubios con los gabilanes del estoque, sentí algo como un hierro candente, subirme por la pierna izquierda. Era el asta del animal que resbalaba en la taleguilla. De pronto me sentí suspendido en el aire; un grito de horror imponente llenó el espacio, y caí en la arena, envuelto entre las capas de mis peones, mientras el otro matador se llevaba á la res, empapándola en el trapo.

Me recogieron sin sentido, condujéronme á la enfermería, y, al reconocirme, vió con asombro el médico que una moneda, oculta entre la faja, en la que tropezó el cuerno, me había librado de una herida mortal.

Era el duro que ofrecí a la mendiga y que distraídamente guardé, en lugar de entregarlo a mi amigo. Desde entonces forma parte de las reliquias de mi escapulario.

Aquella misma tarde busqué á la vieja, la conduje a mi casa y allí ocupó el lugar de mi madre, porque, como á mi madre, le debía la vida.

Ahora comprenderéis el dolor que me ha causado la muerte de la abuela y porque llevaba esta tarde pañoletas y cabos negros.

Ni una palabra, ni un comentario sirvió de epílogo á la historia del **maestro**; todos apuraron la última caña de manzanilla, y silenciosos y cabizbajos salieron de la taberna, pensando en el **talismán** de su matador.

LA ULTIMA CONQUISTA

A Guillermo Belmonte Müller

I

El doctor lo había dicho sin emplear rodeos; Arturo se moría. La tisis, el enemigo implacable de la juventud, haciendo presa en el robusto cuerpo del adolescente, destruíale con saña. Ya no era él ni una sombra de lo que fué en otros tiempos, cuando se disputaban su amor las mujeres, cuando no podía celebrarse **cotillón** ni sarao sin su presencia.

Demacrado, triste, con respiración fatigosa, con andar tardo, nadie reconocería en él al **niño mimado** por las damas del gran mundo al elegante que imponía las modas, al derrochador de goces y de oro.

Su prodigalidad le condujo á la triste situación en que se hallaba; no procuró guardar ni la salud, y la salud se le fué con el dinero para no volver nunca.

¡Pobre Arturo! ¡Y pobre madre la del enfermo que cifraba todo su amor en el hijo agonizante!.

II

Era un capricho forjado por la calentura: quería ir á un baile de Carnaval.

Reflexiones, consejos, súplicas, todo inútil; ¿quien desvanece una idea cuando arraiga en el cerebro que delira? Y el doctor le dijo á la triste madre:

-Ese baile será la antesala del sepulcro para su hijo de usted; la atmosfera viciada de los salones, los excesos propios de las fiestas de máscaras, apresurarán la muerte de Arturo.

¿Qué hacer? ¿Qué podría perjudicarle más, la negativa á su deseo ó las impresiones del baile?

La desolada señora, después de horribles luchas, decidió complacer al pobre tísico.

III

El aspecto del salón era indescriptible; mujeres hermosas de seno turgente y niveo que la imaginación más que los ojos descubría entre oleadas de encajes; máscaras que realzaban sus encantos con los encantos indefinibles del misterio; galanes decididos á personificar en cualquier época el célebre Burlador de Sevilla, entregábanse á los placeres de la danza, á los discretos ingeniosos que inspira el amor, á los infinitos goces del Carnaval.

Y ni mujeres hermosas, ni máscaras, ni galanes, tenían una palabra de afecto, una broma discreta, una mirada de compasión para Arturo.

Pensativo, macilento, discurría entre aquella variedad hipócrita que le colmó de agasajos y ahora le despreciaba, llevando en el corazón la hiel de los desengaños, en el cerebro lúgubres ideas y en las arterias dilatadas el fuego abrasador de la calentura.

Desespérabale su inconcebible soledad en medio de tanta bulla cuando escuchó muy cerca del oído una voz dulce que debía emitir unos labios frescos y rojos, ocultos por el negro antifaz.

La mascara amiga de Arturo se cogió delicadamente de su brazo y juntos como novios que bien se quieren recorrieron el salón, muy despacio para que no se fatigase el enfermo. ¡Y qué cosas agradables le dijo su enamorada pareja! Pero se negó a bailar con él y no aceptó la cena que cariñosamente le ofrecía. Dábale miedo al pensar que pudieran conocerla y que llegara a noticias de su marido la aventura; porque ella era casada y había ido al baile sólo para permanecer unos instantes al lado de Arturo; para decirle que le adoraba con todo su corazón; para hacer depositario de su secreto al hombre querido, más sin que él la conociera, pues tanto como él la interesaba su honra.

Arturo escuchó asombrado estas revelaciones y cuando empezaba á vislumbrar la aurora de un risueño porvenir á

través de las oscuras sombras del presente, la máscara le abandonó, porque la llamaban sus obligaciones, no sin exigir á cambio de su sacrificio otro del enfermo: que abandonara también el baile ¿Cuál era el motivo de su petición? Una locura; ¡los celos acaso!.

El joven obedeció a la misteriosa dama pensando en ella, sintiendo germinar en su estéril cerebro nuevas ilusiones, se alejó de aquel lugar destinado á los placeres, cuando más de cien parejas formaban torbellinos, arrastradas por vértigo inexplicable.

IV

Pocos meses después Arturo abandonaba la mísera existencia, pensando siempre en la extraña conquista del baile del Carnaval.

Por la imagianción del tísico jamás rozó la idea de que la incógnita dama pudo ser su madre.

B O D A T R A G I C A

I

Esta no es una historia extraordinaria, sino la eterna historia de unos amores desgraciados.

La guerra, ese vampiro hidrópico de sangre, que aniquila y consume á los pueblos, cortó el idilio; pero no las esperanzas de los jóvenes, y una mañana muy alegre, como lo son casi todas las de Andalucía, se despidieron con lágrimas, juramentos y promesas, alejándose él de la ventana querida para unirse con sus tropas; quedando ella tras los verdes hierros, mustia y abatida como las campánulas en asfixiante siesta de verano.

Y aquella reja, santuario bendito de una pasión noble, trasunto de la gloria para los felices enamorados, no volvió a servir de altar á la virgen de cabellos negros y mirada dulce que se infiltraba en el corazón, llenándola de inefables dichas.

II

Las noticias malas corren como reguero de pólvora, y así corrió la del fallecimiento del militar, por quien en un pueblecito de Andalucía rezaba una mujer inconsolable.

Y en un momento las esperanzas, las ilusiones, los augurios de eternas venturas se desmoronaron en el cerebro de la joven, como se desmorona el sombrero de la mina cuando se inflaman los gases que contiene.

Sola, porque solo está quien pierde un cariño que llenaba todo su ser, decidió alejarse del mundo, en el que ya no podía encontrar los goces anhelados, y encerrar su pena entre los muros de la casa de Dios.

Abandonó el pueblecito que le sirviera de cuna, en el que trascurrieron los años de su infancia, en el que hubo

un hombre que la enseñó a querer, se despidió con los ojos llenos de lágrimas de su casita alegre, de la reja oculta por las flores en otro tiempo, hoy sola y triste como la de un presidiario, y emprendió el viaje a la ciudad populosa, cuyos ruidos la aturdirían solo un instante...

III

En el puerto se agolpa la gente; casi todas son madres que vieron partir a sus hijos para la guerra y hoy les aguardan con el corazón henchido de alborozo.

En la línea azul del horizonte, donde se confunden cielo y mar, se divisa un punto casi imperceptible, que arranca un grito de júbilo a la muchedumbre; es el barco de los repatriados, el que devuelve á la patria sus defensores, después que han vertido torrentes de sangre por ella, sufriendo toda clase de martirios y penalidades.

La embarcación avanza magestuosa, lanzando bocanadas de humo, con las que se elevarán hasta los cielos las bendiciones de los pobres soldados.

Llega al puerto y principia el trasbordo; los pequeños botes conducen aquella legión de héroes a la playa, y pocos momentos después solo se escucha el ruido de los besos, de los gritos entrecortados de alegría, y solo se ven rostros que se unen y brazos que se enlazan, formando el poema eterno del amor sublime...

IV

El templo está de gala; rojas colgaduras cubren sus altos muros; los altares lucen sus más valiosos ornamentos; hasta los rostros de las imágenes parecen más alegres que en los anteriores días, y más claro el rayo de sol que penetra por la claraboya para besar la puerta del Sagrario.

Tras el doble cancel, las monjas, como bandadas de mariposas, van y vienen llenas de júbilo, ocupándose en todos los preparativos de la solemne profesión de la nueva compañera.

Llega el instante de la ceremonia; la iglesia está llena de fieles; todas las miradas se clavan en el coro, donde aparece la arrogante figura de la Virgen, que será esposa del Señor, vistiendo sus más ricos trajes, llena de joyas, que realzan su hermosura, como el primoroso estuche realza el mérito de la alhaja que encierra.

Las campanas lanzan al espacio sus notas vibrantes, que se confunden con el estampido de los voladores, con las majestuosas armonías del órgano, formando un conjunto indescriptible, en el que hay ecos de risas y lágrimas, de gritos de alegría y de amargos sollozos, de plegarias fervientes y de himnos profanos.

Luego cesan todos estos ruidos, y como el árbol se desprende de su verde y magnífica vestidura para cubrirse con el sudario de la escarcha, la novicia abandona sus galas y envuelve su cuerpo escultural en el hábito de líneas rígidas y cubre su cabeza, que parece labrada por el cincel griego, con las toscas monjiles, después de haberse despojado del manto sombrío de su abundosa y perfumada cabellera.

Y doble la esquila del convento con su sonido más lúgubre, y el sacerdote murmura plegarias muy tristes, y los fieles, arrollados, elevan á Dios oraciones y súplicas, que brotan del corazón y apenas modulan los labios.

En aquel instante un militar que viste el uniforme de **rayadillo** y ostenta en el pecho multitud de condecoraciones, se abre paso entre la apiñada muchedumbre, febril, presa de un vértigo; se arroja sobre el cancel como si quisiera destrozar sus hierros, del mismo modo que se arroja el tigre sobre la puerta de su jaula cuando aspira el olor de la carne; lanza un grito inarticulado que hace retemblar la bóveda del templo y después una carcajada epiléptica, estridente, horrible.

La nueva esposa de Dios, en día no lejano prometida de

aquel hombre que regresaba al hogar cubierto de gloria y henchido de esperanzas, tras las indescriptibles fatigas de la guerra, al verle, sin poder balbucir una frase, cae también sobre el marmoreo pavimento, rodeada por sus compañeras, á quienes llena de asombro el cuadro.

Las plegarias han concluido; solo se oye el triste doble de las campanas, anunciando a la humanidad una boda trágica y asparentosa.

Poco después al militar, sujeto con camisa de fuerza, le trasladan á un manicomio y el cuerpo de la doncella, cubierto con las túnicas virginales, al sombrío depósito del campo santo.

EL BORDON DE PLATA

I

Juan conoció en una fiesta á Rosa, verdadera rosa de Mayo por su hermosura; allí como en todas partes, causaba la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres, con sus encantos, con sus gracias, con las perfecciones de su cuerpo. Punteando la guitarra no tenia rival; sus dedos ágiles arrancaban á las cuerdas notas delicadísimas, sentimentales, de esas que llegan al alma y la impregnan de dulzuras infinitas.

Los ojos de la moza y los arpegios de su guitarra cautivaron á Juan; mirábala extasiado, oíala como oirán á los ángeles en la gloria los seres predilectos de Dios. De pronto, cuando las manos de la joven se agitaban como inquietas palomas y hacían más primores y filigranas musicales, saltó una cuerda, produciendo un rumor análogo á un quejido, y á Rosa se le escapó un ¡ay! que fue á repercutir en el corazón del galán.

-Me alegro, dijo éste, del percance, porque me dá motivo para regalar á usted una encordadura digna de que la toquen esas manos.

Y el día siguiente la guitarra de la bella andaluza ostentaba cuerdas nuevas; unos bordones de plata muy relucientes y una moña con muchos lazos de colores.

Juan cortejó á Rosa, esta oyó los requiebros **é hizo cara** al galanteador, pero sin desdeñar á Francisco, que también la requería de amores. Y surgieron las rivalidades, y las envidias y los celos, y los ódios, y todas las pasiones que ha inventado Satán para atormentar á los amantes.

II

La alegre casa de la tía Ramona está hecha una verdadera **tacita de plata**; las paredes blanquísimas, los muebles en orden, el macetero del pátio colocado con arte, todo de-

nuncia á voces que algo **gordo** debe suceder allí.

Y sucede en efecto; ¡como que se casa la hija de la tía Ramona!

Ya vuelven de la iglesia los novios, acompañados de interminable coorte de vecinos; ya invaden el pátio, y circulan con profusión las cañas, y repiquetean los pasillos, y los cantares se suceden sin interrupción.

¡Que cante Rosa! gritan hombres y mujeres, y Juan, muy ufano y orgulloso, coje la guitarra de su ídolo, la guitarra de bordones de plata y moñas de seda, y se dispone á acompañar la copla de su amante.

Rosa con voz argentina, lanza al viento su cantar:

Soy mujer tan exigente
con quien me pide un favor,
que á cambio de una mirada
solicito un corazón.

¡Antes de que concluya, Francisco se levanta y le responde:

Por una mirada sola
de esos dos ojazos negros
soy capaz de dar el alma
y hecho pedazos mi cuerpo.

Acto seguido la moza, con visible satisfacción, esclama:

Para los hombres de rumbo
tengo algo más de miradas;
un corazón que se abre
cuando el amor en él llama.

Por los ojos de Juan brota un relampago de ira, nuncio de la tempestad que se desencadena en su interior, y rápido como el tigre abandona su asiento y se avalanza sobre el rival odiado, hiriéndole con la guitarra al primer golpe.

La confusión es indescriptible; gritos, desmayos, crugir de muebles que se rompen, chirridos de navajas que se abren,

blasfemias, un **maremagnun** que causa horror al hombre de más espíritu.

Una silla arrojada violentamente hace blanco en la hermosa lámpara que ilumina la escena, y protegido por la oscuridad, Juan huye, con los restos de la guitarra entre sus convulsas manos.

Las tinieblas duran poco, la luz reaparece y como el promotor del alboroto ha escapado, continua la fiesta, con más animación y alegría que antes.

III

La mañana siguiente, cuando Rosa abrió su ventana para regar los tiestos de flores, presentósele un cuadro aterrador, que le hizo lanzar un grito y caer desplomada como cuerpo sin vida.

De los hierros, semi-ocultos por las verdes trepadoras, pendía el cadáver de Juan, sujeto con una cuerda muy delgada y muy reluciente; era uno de los bordones de plata que el suicida regaló á su novia.

Aquella cuerda, enredada en las flores, parecía un hilo sutil de niebla, al que arrancaban destellos del astro rey.

L A S D O S C I E G A S

I

En un rincón de la calle más centrica de la ciudad, sentada en un pequeño cartoncillo, con las piernas encogidas para no molestar á los transeuntes, se halla la ciega mendiga cuyos ojos no hiere la luz con sus rayos vivificadores.

Ni el abrasante calor del estío, ni los helados aires del invierno le arrancan una queja; con el brazo estendido en demanda de una limona, inmóvil y muda, parece la estatua del dolor.

Sus labios secos únicamente se abren para dejar paso á una palabra de gratitud que, con voz tan débil como el suspiro del agonizante, pronuncia cuando algún ser caritativo le deposita en la mano descarnada una humilde moneda de cobre.

Allí pasa dias y años, siempre en la misma actitud, callada siempre; sin lamentarse de su destino, sin que una lágrima de dolor humedezca sus muertas pupilas. Los raidos harapos que la envuelven, de color plomizo como el pétreo muro en que se recuesta, convierten á la infeliz mendiga en algo asi como una mole sin forma, puesta delante de la señorial morada para que las ruedas de los carros no deterioren la pared de finos mármoles y estucos.

II

Otra victima de la adversidad, ciega también, pero joven y hermosa, tal vez por un capricho, quién sabe si con el deliberado propósito de quitar limosnas á su colega de infortunio, apareció una noche sentada enfrente de la pobre viejecita, silenciosa como ella, con el sello de la resignación estampado en el semblante. .

Supo la anciana que tenía una compañera y no le afectó la noticia ni mordieron su alma las sierpes del rencor y del odio, que pudiera inspirar la bella joven de pupilas sin ex

presión ni brillo.

La caridad repartía entre ambas su óbolo con más equidad que la suerte distribuye sus halagos.

III

Todas las noches, á la misma hora, resonaban en la estensa vía los pasos vacilantes de una persona; pasos de quien anda con temores de tropezar; con la torpeza del niño que principia á recorrer el sendero de la vida ó del anciano que baja la pendiente del sepulcro.

Aquella persona deteniase invariablemente cerca de la mendiga joven, le entregaba unos céntimos y proseguía su marcha sin articular una sílaba, sin responder al **Dios se lo premie** de la ciega.

Uno de los muchos séres que se complacen en sembrar la cizaña entre la humanidad, en abatir los espíritus, en envenenar los corazones, informó á la anciana de que su rival de oficio era joven y bella, y la persona que asiduamente la socorria un hombre de apuesta figura y porte distinguido.

Estos informes produjeron en la vieja un efecto desastroso; sintió lo que nunca había sentido; ira, coraje, odio inextinguible y profundo hacia la otra ciega; vehementes deseos de estrujarle la garganta con sus manos huesudas.

¿Exaltaba sus pasiones el interés mezquino? Jamás fué ambiciosa; apenas conocía el valor de la moneda. Un pedazo de pan, las sobras del rancho de un cuartel que le calmaran el hambre, dejábanla tan satisfecha como los tesoros de Creso.

Otro enemigo terrible, el mayor enemigo de la humanidad, era el que le roía las entrañas: los celos.

La anciana tuvo celos, unos celos monstruosos, de su compañera. Aquel protector estaba enamorado, sin duda de los encantos de la joven mendiga, y su limosna no merecía el nombre de ofrenda de la caridad; servíale de pretexto para acercarse al sér amado, para tocar sus dedos finos y suaves, como los de algunas damas que socorrían á la vieja.

Desde muy lejos reconocía por las pisadas, al hombre cau

sante de sus desventuras; veíale con los ojos del alma; se lo imaginaba un compendio de belleza, de la belleza estraña que ella concebía, y al sentirle próximo á la odiosa rival, oleadas de sangre hirviente le subían á la cabeza, perturbándole por completo la razón.

Una noche lluviosa y fria oyó que por primera vez cruzaron varias palabras los supuestos amantes y su desesperación no tuvo límites.

Decidida ya á vengarse, aguardó á que la soledad fuese completa, y cuando cesaron todos los ruidos, se incorporó como fantasma siniestro; vacilante, sin reconocer con el bastón el suelo que había de pisar, de puntillas, dirigióse al sitio donde estaba la otra ciega, la palpó temblorosa, buscóle el cuello y en él aferró sus uñas, ahogando el grito que lanzaba la víctima.

Un instante después los cuerpos de las dos mujeres rodaban en el suelo como envoltorio informe de míseros harapos.

IV

Todos los periódicos, al dar cuenta del suceso, fantasearon respecto á sus móviles, sin conseguir decubrirlos.

Y por los periódicos, de cuyas noticias dábase diaria cuenta su ayuda de cámara, supo el Barón del risco, ciego de nacimiento, al par que el desastroso fin de su protegida, la existencia, hasta entonces para él ignorada, de la otra ciega autora del crimen; de la cieguita que, inmóvil y muda como la estatua del dolor, pedía limosna, muy cerca de su víctima, en un rincón de la calle más céntrica y populosa de la ciudad.

EL VIEJO DEL CAMPO SANTO

Uno de los lugares que me complazco en visitar cuando recorro por vez primera una población, es el cementerio; los parajes destinados al eterno reposo tienen para mí un encanto indescriptible, me atraen y llenan mi espíritu de una melancolía triste y halagadora.

Hace algún tiempo fui á un pueblecillo de las costas del Mediterráneo; un pueblo de pesca muy pobre, casi primitivo, de encantadora sencillez.

Su campo santo, poco mayor que el pátio de cualquier casa andaluza, en nada se parecía á las necrópolis de las grandes ciudades; ni tumultos suntuosos, ni sepulcros de ricos mármoles, ni simétricas hiladas de bovedillas, ni rigidos cipreses había en aquella humilde mansión, que arrullaba el mar como si elevara al cielo preces por las generaciones que allí dormían el sueño de la tumba.

Algunas sencillas cruces de madera clavadas en el suelo caprichosas lápidas formadas con pequeñas conchas, constituían el único ornamento de la ciudad de la muerte.

En un rincón, arrodillado ante una de aquellas cruces llena de flores, un anciano rezaba con fervor y sus ojos vertían abundoso llanto. Aunque estuve algunos segundos parado ante él, contemplándole con lástima y respeto; no separó la vista de la pobre tumba para fijarla en el inoportuno visitante.

La imagen de aquel hombre, su actitud, su expresión de dolor, quedaron gravadas en mi mente con las imborrables tintas de la curiosidad.

El pescador que me acompañaba notó mi impresión, y cuando salimos de la necrópolis, sin que yo osara interrogarle comenzó á hablar de este modo:

He advertido la extrañeza que ha causado á usted el an-

ciano del cementerio: ¿desconoce tal vez su historia? Pues se la voy á contar en pocas palabras: ese hombre era en su juventud un bandido temible, el espanto de todos los pueblos vecinos, por su crueldad y sus instintos sanguinarios. Ni vidas ni haciendas le inspiraban respeto; debía tener el corazón tan duro como las rocas en donde se estrellan las encrespadas olas del mar. Para dedicarse á sus funestas hazañas abandonó el hogar, la familia, una mujer y un hijo muy honrados, que morían de vergüenza y de dolor al ver unidos sus nombres con el de aquel mónstuo.

Se repitieron tanto sus crímenes, que fue pregonada la cabeza del bandolero y tuvo que huir de estos contornos para no caer en las redes que la justicia le tendía.

Hallándose lejos, murió casi repentinamente su hijo; supo la noticia y debió producirle un trastorno completo en el cerebro y en el alma; desde aquel instante cesaron sus crueldades, no se habló más de sus inauditos hechos; nadie volvió á tener noticias suyas, ni aún su desventurada esposa.

Dos años después, una noche interrumpieron el silencio de la aldea varios disparos de arma de fuego; al día siguiente supo consternado el vecindario que, la madrugada anterior el guarda del cementerio había sorprendido al feroz criminal en el momento de asaltar los muros de la necrópolis.

Este suceso fué la comidilla de la aldea durante algún tiempo; penetrar en la sagrada mansión del eterno reposo para apoderarse de los mezquinos ahorros del pobre guarda, constituía el colmo de la perversidad y del cinismo.

Pero como todo pasa y todo se olvida, olvidóse también la acción del bandolero, y nadie le recordaba ya cuando se supo, con gran asombro, que acababa de obtener el indulto insistentemente solicitado después de las pruebas de arrepentimiento.

A los pocos meses volvió á la aldea, siendo recibido por sus antiguos camaradas con gran recelo; más adoptó una vida tan honrada y ejemplar, que pronto hizo desvanecer los ódios

y temores, aún de las personas más timoratas y pusilánimes.

Dedicóse, como en sus primeros años á la pesca, que sigue ejerciendo, y la mayor parte de sus productos la distribuye entre las familias más necesitadas; todo el tiempo que le deja libre esa ocupación lo pasa junto á la tumba de su hijo, donde reza y llora sin consuelo.

La muerte de aquel pedazo de sus entrañas-él mismo lo afirma á todas horas-cambió por completo su existencia, trocando al criminal en hombre honrado, y abriéndole el sendero de la virtud. Por estar cerca de aquellos restos queridísimos, gestionó y obtuvo el perdón y habría dado gustoso la vida, que una noche estuvo á punto de perder cuando, para visitarles, escaló las tapias del cementerio.

Esta sencilla narración, que llenó mis ojos de lágrimas, nunca la he podido olvidar, y la imágen de **el viejo del campo santo** está gravada en mi cerebro constantemente con el vigor y la intensidad que en una placa de fotografía.

Y es porque para mí representa el símbolo del cariño paternal más delicado y poético que conozco.

EL SACRILEGIO

A D. Agustín González Ruano.

I

Arrodillado muy cerca del altar clavada la vista en el camarín de la Virgen, estático, pasaba horas y horas el mozo en la iglesia del pueblo, causando la admiración de sus convecinos, que no sabían explicarse el cambio de ideas de Pedro.

Porque Pedro tenía fama de descreído y más de una vez se burló de las pláticas del Señor cura y puso en solfa los milagros de la Patrona de la aldea.

-Dios le debe de haber tocado en el alma, decían las mujeres; desde que murió su novia, añadían los jóvenes, ha sufrido una transformación completa. El tan dicharachero y alegre, está pensativo y mudo; quizá trate de hacerse ermitaño, porque como dice el proverbio, "harto el diablo de carne..."

Y una carcajada burlona ponía término siempre á tales murmuraciones.

II

El pueblo hallábase alborotado; los hombres no hablaban de otra cosa; las comadres hacían toda clase de suposiciones y se desvanaban los sesos para inventar nuevas historias.

¿Quién había tenido el valor de cometer tan horrible sacrilegio? ¡Llevarse del camarín de la Virgen la hermosa trenza de una devota ofreció como testimonio de gratitud á la Santa Madre de Dios, por un milagro portentoso!.

¿Y qué interés impulsaría al ladrón para apoderarse de un exvoto sin valor alguno? Indudablemente era un loco.

III

Bien pronto el señor cura descubrió la clave del enigma; tratábase de un robo vulgar, sin misterio, pues con la trenza

za desapareció el magnífico broche de pedrería que la sujetaba á la colgadura del camarín, joya poco visible desde el templo, or la elevación y la penumbra en que se encontraba.

Solo era necesario descubrir al criminal y todas las sospechas recayeron en Pedro; los vecinos explicáronse la aparente religiosidad del mozo y el alcalde dispuso que le prendieran.

Con franqueza extraña confesó su delito; él se había apoderado de la trenza, pero no del broche; imaginarlo siquiera equivalía a calumniarle.

En vano explicó su falta, porque nadie le daba crédito. Dijo que aquella trenza pertenecía á su novia, que ella la ofreció en secreto á la Virgen cuando él fue a la guerra, para que la Santa Madre de Dios se lo devolviera sano y salvo y que al morir la joven su madre había propagado la historia del exvoto.

Pedro, que idolatraba á la doncella, estuvo á punto de volverse loco al perderla para siempre; su imagen tenía la grabada en el corazón, pero no conservaba un recuerdo, ni el más insignificante, una flor, una carta, del ídolo de sus amores y sintió deseos de poseer la trenza y tentaciones de robarla.

Al principio desechaba con horror tales ideas, pero fueron arraigándose en su cerebro, trastornándolo, ocupándolo todo y llegó un día que se sintió arrebatado por gigante impulso, como la peña que desprende el alud del monte, y aprovechando un momento de soledad en la iglesia, llegó hasta el camarín del altar y arrebató aquel tesoro con mano convulsa. Al huir parecióle que la imagen le miraba con enojo y tuvo miedo.

Pero él solo se llevó la trenza, el objeto de sus ansias, su reliquia, la mejor prenda de cariño de una santa mujer; no el broche de piedras preciosas, que existía únicamente en la imaginación de sus enemigos, que era invención de ellos

para calumniarle.

Su novia, pobre aldeana, sin más bienes que sus virtudes ¿cómo pudo regalar una alhaja de que carecía?

El señor cura, deseoso de esclarecer la verdad, reveló en parte un secreto del que era único depositario. El broche tenía distinto origen que la trenza; lo regaló una dama ilustrada á la Virgen bendita,

Pedro al oír esta declaración, vaciló como edificio sin base que se desploma; una oleada de sangre, subiéndole á la cabeza, inúndandole el cerebro, y con lengua torpe, con palabra balbuciente y enérgica á la par dijo: la Madre de Dios no puede consentir injusticias; buscad en el camarín el broche y si es cierto que existe, allí le encontrareis.

IV

El pueblo todo se agolpa en la pequeña nave de la ermita y todas las miradas se dirigen, alternativamente, á dos lugares: al retablo y á un joven que, muy cerca de aquel permanece inmóvil, mudo, presa de horrible angustia.

El cura y el alcalde suben al altar lo examinan detenidamente y nada encuentran; Pedro ha mentado.

Un murmullo de indignación se oye en la iglesia, á la vez que por la alta claraboya penetra débil rayo de sol, que va á posarse en el camarín, arrancando fulgores diamantinos á un extraño objeto.

En el broche de pedrería caído al pie de la efigie...

Una carcajada sardónica repercute en el sagrado recinto, carcajada que arranca la alegría al pobre aldeano, y en los labios purísimos de la Virgen parece que se dibuja también dulce sonrisa de satisfacción.

LA DOBLE VISTA

A Mariano Martinez Alguacil

Visitaba yo un manicomio, acompañado por varios amigos, y entre los infelices que allí morían envueltos en las sombras impenetrables de la locura, llamó nuestra atención un joven de aspecto simpático, de mirada penetrante y viva, en la que no se notaban la vaguedad y el extravío propios de los seres faltos de razón.

Nos acercamos á su celda y antes de que le interrogáramos empezó á hablar, con verbosidad extraordinaria, de este modo: ¿Me preguntais por qué estoy aquí? Porque me hallo loco; loco, sí lo confieso; no soy yo como otros que lo ocultan, y el origen de mi enfermedad es muy extraño, mas cuando lo conozcais no os llamarán la atención sus efectos. Yo poseo un don que no tienen los demás mortales; la clarividencia, la doble vista; no sé como le llaman los sabios. Leo como en un libro los pensamientos de la humanidad; para mí nada hay oculto en el cerebro de los hombres y ¡consideren ustedes las decepciones, los desengaños, los tormentos horribles que habré sufrido! Ese fenómeno de percepción causa mi estado.

¿Os reís? pues no teneis motivos para burlaros de mis confesiones; prestadme atención.

Antes de entrar aquí, hallábame á un amigo que me abrazaba y mientras se deshacia en un diluvio de palabras cariñosas yo estaba leyendo en su pensamiento estas ó parecidas frases: ¡qué antipático eres; de buena gana de daría un puntapié!

Iba á una reunión; todos celebraban mi presencia, todos me dirigian elogios sin cuento, mas en su interior murmuraban: ¡á qué se habrá presentado este fantoche!

Una mujer se moría de amor por mí, pasábase la existencia

cia estudiando actitudes, gestos, miradas que me sedujeran y epítetos que me agradaran; pues bien, yo sabía que todo aquello era una ficción, porque la bella enamorada no lo estaba de mi persona sino de mi dinero.

Conocía cuando estorbaba en las visitas, á quien era repulsivo, á quien inspiraba ódio, á quien envidia, quien me engañaba, y ustedes comprenderán que no se puede vivir, sino loco, en tal situación.

Aquí en cambio cada cual se me presenta como es; sin hipocresía, sin farsa, sin careta; el loquero brusco, el médico indiferente.

A quien se muestra compasivo cuando me vé estoy seguro de que le causo verdadera compasión, porque ¿quién ha de tener miramientos con un loco?

A muchos solo inspiro curiosidad, y como curiosos se me presentan.

Les aseguro que solo en el manicomio goza de tranquilidad un clarividente.

¿No creéis, acaso, que poseo la doble vista? Pues os lo voy á demostrar.

Ahora estais pensando: Este pobre se halla más loco de lo que parece á primera vista.

Y, en efecto, no se equivocó.

C U E N T O D E R E Y E S

LAS PERLAS DE NIEVE

¡Cuántas penas, cuántas aflicciones tendría que sufrir el desventurado matrimonio! Al pobre Alfredo le dejaron cesante del cargo mezquino que desempeñaba en una oficina pública, merced al cual vivía, si vida puede llamarse á una larga série de privaciones y miserias.

Como el sueldo era muy exiguo, carecia de ahorros, y apenas se le concluyó la última peseta de la última mensualidad cobrada, tuvo que recurrir,, si nó á la caridad pública, á la munificencia de los amigos.

Y no lamentaba su situación por él, sino por su esposa, por su hijo, la inocente criatura que lloraba de frio y de hambre, y con su llanto heria el corazón de Alfredo.

Llegó el mes de Enero, el mes de las escarchas, de las ventiscas, de las lluvias; el enemigo irreconciliable del pobre, pues se complace en atarle las manos y le arrebatá sin piedad la existencia. Y llegó la víspera de la festividad de los Reyes, día más triste que los anteriores para el matrimonio. Por primera vez iba á faltar á su hijo el obsequio de los Magos; por primera vez el pequeñuelo saldría del mundo de las ilusiones para entrar en el de la triste realidad cuando sus padres le dijeran que los mensajeros de Oriente no traen regalos á los niños; se los compran sus familias, y como ellos eran muy pobres no podían adquirir los juguetes que otros años halló el chicuelo en el balcón, al levantarse con el alba el día de los Reyes.

En la casa silenciosa como nido sin pájaros, no se habló de la fiesta próxima; cuando las campanas de los templos invitaba á rezar por las almas que purgan en el otro mundo sus pecados, el ángel de guedejas rubias levantóse de su silloncillo, besó á los que le dieron el sér y con mano torpe

comenzó á despojarse de las vestiduras que cubrían su débil cuerpo.

Después se descalzó los zapatos, unos zapatitos pequeños como cascarones de nueces, muy rotos, muy carcomidos por el uso, y corrió á la ventana de la bohardilla para colocarlos en ella.

-¿Qué haces?-díjole Alfredo conteniendo apenas el llanto

-Poner los zapatos aquí para que los Magos me los llenen de obsequios.

-No te canses, hijo mio; estan rotos y por los agujeros se saldrán los regalos.

Y el niño, sin dar crédito á las anteriores palabras, se acostó, pensando en los juguetes que encontraría al levantarse. Y Alfredo y su esposa continuaron tristes, inmóviles mudos, como la estatua del dolor.

Ya de madrugada oyeron abrir, con mucho sigilo, las puertas de un balcón del piso principal; la servidumbre del Conde colocaba los regios presentes en las botitas de raso del niño feliz.

El desventurado cesante pasó la noche sin lograr que el sueño le cerrara los párpados.

Antes de que la luz del día desvaneciera por competo las sombras nocturnas, el ángel rubio como los trigales andaluces, abandonó el lecho y fue á buscar los zapatos.

Su alegría no tuvo límites al encontrarlos llenos de hermosas y riquísimas perlas.

Un joyero compró las mejores, pagando por ellas suma tal que la familia del cesante hallóse en posesión de una gran fortuna.

.....
En los zapatitos pequeños como cascarones de nueces, muy rotos y muy carcomidos por el uso, la nieve amontonó sus albos copos, y Dios, que nunca abandona á los seres desgraciados y menos á los niños pobres, con su soplo creador convirtió la nieve en perlas para ofrecer un presente digno de los Magos al hijo de Alfredo.

EL COLLAR DE PERLAS

(CUENTO INFANTIL)

A. J.

I

Mari Pepa y Rosa eran amigas desde la infancia; juntas crecieron, juntas arrastraron las penalidades que la adversa suerte arrojaba á puñados en sus hogares, y apenas tuvieron edad de emprender la lucha por la existencia, á luchar apretáronse con el vigor de los pocos años.

Mari-Pepa entró como como sirviente en el domicilio de un honrado matrimonio que la conocía desde la infancia; á Rosa le confirió el cargo de doncella una señora de elevada alcurnia, en cuya casa no habría de sufrir los horrores de la miseria. Por sus excelentes condiciones pronto se captó las simpatías de la dama, y después de las simpatías el cariño profundo, que convirtió á la doncella en hija predilecta de su ilustre protectora.

En cambio Mari-Pepa, joven irascible, orgullosa, de mal carácter, poco aficionada al trabajo y menos á la sumisión, recorrió innumerables casas, sin hacerse acreedora á las consideraciones y al afecto de sus amos.

Cuando los domingos salía visitaba á Rosa, contábale todas sus cuitas, lamentábase con ella de su mala suerte, pero nunca atendía los consejos de su compañera, sanos y prudentes.

En una de tales visitas, las dos muchachas se encontraron solas en el palacio de la dama á quien Rosa servía de doncella. La joven protegida por la suerte estuvo enseñando á su amiga, apasionada del lujo y los caprichos, las ricas alhajas los elegantísimos trajes, las innumerables riquezas de su señora, y la vanidosilla Mari-Pepa quedó prendada de aquellos tesoros, especialmente de un collar de perlas magnífico, joya de inestimable valor.

El demonio de la codicia tentó á la pobre sirviente, haciéndola concebir ideas criminales, y después de una larga lucha

entre el deber y la ambición, venció ésta, lanzando á los abismos del delito á la muchacha.

Mari-Pepa, decidida ya á satisfacer sus deseos á toda costa, aprovechó un descuido de Rosa, en una visita á la compañera de la infancia, y se apoderó del collar de perlas, objeto de sus ambiciones.

II

Los minutos parecían siglos, por lo largos, á Mari-Pepa, que aguardaba impaciente la llegada del domingo para lucir en calles y paseos el hermoso collar. ¡Cómo habían de envidiarla sus amigas, y qué sorpresa iba á cuasar á su novio, ignorante de que poseyera tan magnífica joya!

Como no era fea, como tenía algunos **trapitos** que lucir, la alhaja sentaríale á las mil maravillas, sobre la ajustada chaqueta de raso azul, rodeando su cuello, que sin duda envidiaban muchas damas de esas que ostentan en los bailes y saraos escotes llenos de pedrería.

Llegó el día anhelado, y todas las ilusiones de la muchacha se desvanecieron como ligera nube; aquel collar fué el origen de su perdición.

El novio, que la amaba con cariño intenso y se disponía á llevarla á los altares, al ver en posesión de un verdadero tesoro á quien era la pobreza misma, tesoro cuya procedencia no acertaba á explicarle la jóven, pensó algo muy grave, más grave aún que la verdad misma, y abandonó con repugnancia á una mujer que no vacilaba en ostentar públicamente, con cinismo increíble, el testimonio de su infamia.

Las amigas se escandalizaron ante un lujo impropio de una humilde fregatriz é hicieron tiras de la honra de Mari-Pepa.

No menos escándalo produjo aquel collar maldito entre la honrada familia á quien prestaba sus servicios, poco aceptables por cierto, la muchacha que fué despedida después de sufrir un interrogatorio, en el que patentizó su culpabilidad.

Por último: las murmuraciones y hablillas de comadres y amigas despiadadas labraron la **bola de nieve**; el asunto adqui

rió mayores vuelos, llegó á oídos de las autoridades y estas acabaron por reducir á prisión á Mari-Pepa, que no explicaba satisfactoriamente la procedencia de la alhaja.

III

Cuando la dueña del collar notó la falta de su joya predilecta, experimentó uno de los disgustos mayores que había sufrido durante su ya larga vida. Aquel collar recuerdo de su madre, tenía para ella un valor inconcebible; era algo así como una reliquia veneranda.

¿Quién habría podido sustraerlo? He aquí una pregunta á la que no hallaba contestación satisfactoria.

El ladrón no empleó la violencia ni la fractura para apoderarse del tesoro; tuvo, pues, que ponerse de acuerdo con alguna persona de la casa y en esta la única que poseía las llaves de los joyeros, de los muebles todos, era Rosa.

Contra ella cualquier acusación habría sido injusta; personificaba á la honradez, á la virtud y aún cuando aparecieran indicios de culpabilidad contra la doncella, no podían aceptarse por inverosímiles. Un capricho de la suerte, que en ocasiones se complace en mortificar á sus hijos predilectos, era sin duda, el origen de tales indicios.

En el corazón de la ilustre dama no anidó la sospecha, ni un solo instante, de que Rosa tuviera participación en el delito.

Pero la joven, comprendiendo las excepcionales circunstancias del robo que la comprometían, no cesaba un momento de llorar, sin que la consolaran las protestas de cariño y de confianza absoluta que sus amos le hacían constantemente.

¡Cuántas noches pasó en vela, pidiendo á su santo predilecto que descubriera al ladrón, y cuántas veces regaron sus lágrimas el pie del altar, severo y magnífico, del oratorio donde elevaba sus continuas preces!

Una noche, en que después de largo insomnio halló el descanso de que no disfrutaba desde hacía mucho tiempo, tuvo un sueño tan extraño como agradable.

Soñó que la Virgen, ante cuya imagen oraba, descendía de su camarín hasta el suelo, recogía cuidadosamente todas las lágrimas que vertió la joven, y con sus divinos dedos convertíalas en valiosas perlas, formando con ellas un magnífico y hermoso collar, análogo al sustraído.

Cuando despertó aún conservaba su cerebro reminiscencias de aquel hecho fantástico. Inconscientemente dirigióse al oratorio y con gran sorpresa encontró al pié del ara del altar una joya exactamente igual á la robada.

Llena de gozo, medio loca de alegría, fué á ponerla en manos de la dama; contándole el milagro, y pocos días después, la primitiva alhaja, entregada por Mari-Pepa á la justicia, tornaba á poder, de su dueña.

La dama ilustre, henchida de júbilo por el rescate de su tesoro, regaló á la honrada y bondadosa doncella el collar milagroso, llamémosle así, que vendido por Rosa le produjo una gran fortuna.

Dueña de cuantiosos bienes, se unió con un hombre digno de ella y hoy constituyen el matrimonio más feliz de la comarca.

Mari-Pepa expía sus culpas en el presidio de Alcalá.

*
* *

Tales fueron el premio de la honradez y el castigo de la maldad, tan pocas veces administrados con justicia en la tierra que casos como el presente resultan verdaderos **cuentos infantiles.**

EL ALTAR

(Cuento cordobés)

Es el dos de Febrero. El sol aun no ha dado su primer beso de luz á las cumbres más altas de Sierra Morena cuando el **Arroyo de Pedroche** presenta un cuadro hermoso, indescriptible, lleno de luz y color.

El pueblo cordobés, en alegre romería, dirígese al lugar indicado y en el camino se confunden el viejo **ómnibus** repleto de personas y cestas bien provistas de viandas en el carro, lleno de mozas y mozos, que ostenta en sus varaes, como trofeos, la **bota** de oloroso Montilla y la indispensable guitarra; el gallardo mancebo que cabalga en brioso corcel, llevando á las ancas al ídolo de sus amores, con el paciente burro que apenas puede sostener, además de la carga de los años y los alifafes á los dos jinetes que lo montan; la familia humilde que marcha á pié, porque carece de otro medio de locomoción, con la que ocupa el carruaje de campo arrastrado por soberbios potros.

Al llegar al **Arroyo** la muchedumbre se estiende por aquellos agrestes lugares, teatro de la fiesta más clásica y popular de Córdoba.

Y por misterio extraño parece que el día de la Candelaria en este paraje el cielo es más azul que en ningún otro, el sol brilla con más esplendor, la verde alfonbra adquiere más lozanía y las flores despiden más delicados perfumes.

Y por arte de magia cada peñasco se convierte en trono de una reina de la hermosura y cada árbol en dosel del trono, en rico dosel de esmeraldas tachonado por las estrellas de oro que finge el astro de fuego al traspasar con sus rayos el tupido manto de las hojas.

Pronto empieza la fiesta. Aquí en el improvisado ventorri-
llo, un **flamenco** rasguea la guitarra con tal arte y tal maestría, que sus dedos, si no hacen hablar á las cuerdas como dice la frase vulgar, les arrancan torrentes de sentimiento y de poesía; allí una garrida hembra lanza al viento sus canta-

res, que se clavan como saetas en el corazón del hombre que suspira por la moza; en este lado, sujeto entre dos árboles, está el columpio donde el amante mece á su amada, estremeciéndose de gozo cada vez que quel cuerpo ideal se aproxima al suyo y celoso del viento que besa la faz de la hermosa, agita su chal policromo convirtiendolo en bandera del amor y levanta el extremo de sus faldas, aprisionadas con un pañuelo, descubriendo unos piés como los que Ayala cantó en inmortales estrofas; acullá se organiza el baile, á los acordes de un piano de manubrio y las parejas se deslizan por la verde alfombra, ebrias de gozo; más lejos en medio de un carro, del que continuamente salen bravos, olés, requiebros y frases de entusiasmo, una muchacha de rostro divino y cuerpo escultural, se agita gallarda, al son de los crótalos, al mismo tiempo que la orquesta de bandurrias y guitarras preludia unas alegres sevillanas ó unas sentidas malagueñas.

En uno de estos grupos está Rosario, la morena más bonita del barrio de San Lorenzo. Ostenta dos soles por ojos, sus mejillas son frescas como rosas de Mayo; su boca es un clavel salpicado con gotas de rocío que se convirtieron, al congelarse, en perlas; su cuerpo tiene las líneas ideales de las estátuas que nos legó el arte helénico y todo su sér es joyero donde Dios guardó la esencia de la gracia andaluza.

Luce en el pelo, negro como las penas, flores que se hierguen en sus tallos, orgullosas de estar en aquella cárcel; vela su busto y aprisiona su talle rojo pañuelo de Manila y entre los pliegues de la almidonada bata adivina la imaginación todo un tesoro de encantos y perfecciones.

Junto á ella estasiándose en su contemplación, está un hombre, su novio, Rafael, lo mejor según dicen las comadres, con asentimiento de las mozas que hay en el barrio de Santa Marina.

Tipo arrogante, alma noble, corazón valiente, reúne todas las condiciones precisas para que las mujeres se lo disputen y los hombres lo envidien.

Rosario y Rafael permanecen mudos, ni una palabra sale de

sus labios, pero sus ojos se hablan sin cesar con el lenguaje misterioso del amor.

El piano de manubrio preludia un wals y, como impulsados por un resorte, los amantes abandonan sus rústicos asientos y comienzan el baile, seguidos de otras parejas.

La música no cesa, los walses y sohotis se suceden sin interrupción y constantemente sustituyen unas parejas á otras en el extenso círculo formado para la danza.

Rosario cansada al fin, vuelve á ocupar su asiento mientras Rafael refresca las fauces con un trago de Montilla, en el ventorrillo más próximo.

Y alguien que espía á los enamorados, alguien á quien le molesta su felicidad, un sér de esos que pretenden conquistar el amor de las mujeres por la fuerza bruta, á puñaladas si es preciso, Luis, tipo del hombre ruín y pendenciero, del **guapo** de oficio, aprovechando la ocasión de hallarse la joven sola ~~se~~ le acerca y con bruscas palabras la invita á bailar.

Recibe, por contestación, una negativa rotunda que le exaspera y le hace gritar lleno de ira:

¿Acaso te lo ha prohibido ese...**valiente?**

-Notengo que darte explicaciones-añade Rosario.

-Pues se las pediré á tu amante, replica Luis.

Y cuando va á retirarse acaso para buscar á Rafael, encuéntralo frente á frente y se cruzan entre ambos frases muy breves, que nadie oye, pero que deben ser muy duras, porque casi á la vez que las pronuncian sus lenguas brillan en sus manos las navajas.

Las mujeres gritan, los hombres acuden y separan á los contendientes, y el drama queda en suspenso porque varios amigos de Luis se lo llevan casi á empujones, no sin que antes jure matar á Rafael, mientras este, rodeado por las mozas, muy tranquilo, contesta á la amenaza con una copla mortificante para el **guapo**.

Y es reanudada la interrumpida fiesta, y continua el baile, y sigue la música, y flota en la atmósfera algo extraño que

que penetra en el alma y en el espíritu, produciendo impresiones gratísimas, algo muy grande y muy hermoso imposible de explicar: la alegría andaluza.

*

* *

Rosario trae revuelta toda la calle donde vive; sin cesar entra y sale en las casas de sus vecinas para pedirle á esta el Cristo que tiene sobre la comoda; á aquella la urna con la Virgen de los Dolores; á la otra el funal con el Nazareno; á la de más allá los candelabros de bronce; á esotra los floreros con rosas artificiales. Quiere que su altar sea el mejor del barrio y que eclipse á los de todas sus amigas.

Aunque es madrugadora, el Jueves Santo abandona el lecho más temprano que los demás días, cuando las primeras claridades del alba penetran por su balcón, y con actividad inconcebible empieza á prepararlo todo para tener el altar acabado antes de que concluyan los Divinos Oficios en la parroquia.

En la habitación más espaciosa de la casa, frente á la reja donde **pela la pava**, coloca unas mesas cubiertas con paños rojos; encima el mantel blanquisimo; en el centro la imagen del Redentor del mundo pendiente de la cruz; debajo la Dolorosa; á los lados con arte y simetría, los funales que encierran preciosas efigies representando escenas de la pasión de Jesús; los candeleros con amarillas velas; los jarros llenos de flores, todos los adornos, todas las alhajas que ha podido reunir.

Cubre las paredes con ricas colgaduras de damasco, alfombra el suelo con plantas olorosas, convierte, en fin, la estancia en un templo en miniatura, lleno de aromas y poesía.

Cuando está ocupada en tales faenas pasa Luis por la calle, detiéndose ante la reja, examina el altar y entre el mozo y la joven se cruzan breves y enojosas palabras.

-Esta noche-dice él- vendré á cantar una saeta en tu altar, y espero que me contestes con otra.

-No lo conseguirás-responde ella.

-Pues acuerdate del juramento que hice á Rafael.

-Tus amenazas, á Rafael y á mí, solo nos inspiran desprecio y asco.

Y el valiente de oficio se aleja mohino, y la muchacha sigue completando los detalles de su obra.

Apenas concluye la visita á los **Monumentos**, las amigas de Rosario empiezan á invadir su casa, dispuestas á pasar la noche velando al Señor.

¡Y cómo se deshacen en elogios, que enorgullecen á la joven, por el buen gusto con que ha puesto su altar!

La estancia brilla como ascua de oro, y en el ambiente flota un perfume que embriaga.

Poco después llega Rafael vestido con lo mejor del fondo del arca; felicita calurosamente á su novia por el altar, que ha de quitar los **moños** á los mejores, no ya del barrio, sino de toda la población; dirige una frase galante á cada una de las mozas que acompañan á Rosario, y siéntase junto á ella, más satisfecho que nunca, frente á la vetana, mudo testigo de sus coloquios de amor.

Grupos de hombres y mujeres se aproximan sin cesar á la reja, deteniéndose unos instantes, entonan una saeta que parece un grito elegiaco del alma, contestada en el acto por Rosario con otro más sentida aún, y siguen su marcha en busca de otros altares.

De pronto la multitud de curiosos que se agolpa ante aquel sagrario de la religión y de la poesía popular, abre paso á un hombre que con violencia aparta cuantos obstáculos le impiden llegar á la reja: es Luis.

Ya en primera fila se descubre, más por costumbre que por respeto, arréglase los tufos, se agarra á los hierros y lanza al aire una de esas coplas que encierran en en cuatro versos todo el poema sublime del Calvario.

A las últimas notas del cantar sigue un silencio profundo, que tiene algo aterrador como el silencio de la tumba.

Transcurridos algunos instantes, Rafael se levanta, y con voz segura y firme, entona otra saeta. Apenas la ha concluido, Rosario llena de emoción, preludia una nueva copla que no ha

de terminar.

Luis, da un salto semejante al que da el tigre perseguido para librarse de sus cazadores, sale del grupo que le rodea, dirígese á la puerta de la casa de Rosario y penetra en la habitación del altar, blandiendo en su diestra un cuchillo, que brilla con fulgores de relámpago.

Arrollándolo todo, como alud que baja del monte, llega al lugar donde está Rafael, le dá un el hombro un zarpazo de fiera con una mano y levanta la otra con el arma terrible.

Resuena en la sala un grito de horror, después un golpe extrño, y el cuchillo cae al suelo, en medio de una lluvia de flores.

El brazo criminal, al levantarse siniestro, ha chocado con uno de los brazos de la Cruz que se destaca en el centro del altar, y al choque brusco el arma se ha desprendido de la mano, envuelta entre los pétalos de las rosas que cubrían el santo madero...

La vibración producida por el acero al rebotar en las baldosas, confúndese con la vibración de las últimas notas de una saeta que allá, en el extremo de la calle, canta una mujer de voz fresca y argentina.

EL BESO POSTUMO

CUENTO MURCIANO

I

Vicentico era el mozo más trabajador de la huerta; desde antes que la primera claridad del alba empezase á esfumar las sombras de la noche, arrancando tonos esmeraldinos á la oscura masa del naranjal, hasta después que la campana de la hermita demandaba una oración de los fieles con el toque del An gelus, no cesaba en su tarea, pegado al terruño, que era su segundo padre, pues le proporcionaba el sustento no solo para él, sino para la pobre vieja, encorvada por el peso de los años, que allá en la humilde casita, semioculta entre los rosales y los limoneros, aguardábale siempre cariñosa, alegre siempre, anhelante de estrechar con sus descarnados brazos el robusto y vigoroso pecho del joven.

Nuestro héroe tenía un corazón muy grande; como que en él albergaba cuatro amores que habían echado raíces más hondas que la secular encina á cuya sombra buscaba reposo en las cálidas horas de la siesta. El primero, el principal, era el amor á la Fuensantica; con él corrían parejas, por lo grande, el amor á la anciana que le dió el sér, y no se le diferenciaban mucho, por lo profundos y arraigados, el amor á su Rosetta y el cariño á la huerta murciana, pues ambas le devolvían, con creces, finezas y halagos.

Pero como la dicha dura poco, un golpe terrible vino á amargar todas las venturas de Vicentico. Reclamóle el servicio militar, y, torturando su alma á fin de parecer alegre cuando le ahogaba el dolor, dispúsose á abandonar, quién sabe si para no volverlos á ver, su huerta, su casa, la anciana venerable y la joven que representaba para él un porvenir de dichas sin cuento.

Llegó el día de la marcha: imposible describir las escenas que se desarrollaron entre el mozo y su madre, entre el man-

cebo y su novia. Vicente salió de su hogar más que deprisa, antes de que el llanto denunciara la pena que devoraba su corazón y aumentase la congoja, la angustia inmensa de la viejecica, y dirigióse al nido de Roseta para despedirse también del amor de sus amores.

Cuando eran niños, ella y él habían recorrido la huerta, alegrándola con sus charlas y sus juegos, como pájaros cantores; el sol ardiente que tostara sus rostros caldeó al mismo tiempo sus almas, avivando en ellas los gérmenes de la pasión y siempre juntos, dedicados á las rudas faenas de la labor, ni sintieron la fatiga, ni las penas acibararon sus venturas, ni los desengaños nublaron su felicidad; porque donde existe el amor verdadero todo lo llena, sin dejar sitio para las ruindades y miserias de este mundo.

Por última vez acercóse á la ventana de Roseta; á aquella ventana oculta por las flores, que simulaba una lira gigantesca destinada á entonar el himno hermoso de la juventud y de la vida.

Allí le sorprendió el alba, como otras muchas veces, pero ¡de qué distinta manera! La alegría que de ordinario, iluminaba los rostros del mancebo y de la moza, habíase ahora trocado en tristeza profunda; á las risas francas, al charloteo bullicioso como el agua de la acequia, sustituían los suspiros, los ayes, las frases entrecortadas reveladoras de juramentos y promesas que ahogaba la pena en la garganta antes de que los modulasen los labios.

Llegó el momento de partir: Vicentico, turbado y receloso como quien pretende un imposible, pidió á Roseta un beso de despedida; quería que las mieles de su boca endulzaran el acibar de la pena, cuyo caliz acababa el mozo de apurar hasta las heces.

La doncella negó al principio; insistió en sus peticiones el galán y al fin los rostros de ambos se unieron para separarse súbitamente, pálido el de él como la flor de la cera, rojo el de ella como las amapolas que se mecían en la cañada.

Aquello, más que un ósculo, fué el ligero roce de las sútiles alas de una mariposa en el purísimo cáliz de una azucena.

-¿Juras que no me olvidarás? balbuceó casi llorando Roseta.

-Lo juro por la Fuensantica, contestó Vicente, y te ofrezco devolverte el beso que acabas de darme, pero no á hurtadillas, sino á la faz de todo el mundo, allá en la ermita de nuestra Virgen, después que el sacerdote nos una con eterno lazo.

Un instante después la ventana quedaba desierta y los clavos de sus tiestos parecían inclinarse agobiados por el dolor.

II

A todos los moradores de la huerta les produjo sentimiento la marcha del recluta, á todos excepto á uno: Pedro Antonio, que en mal hora puso sus ojos en Roseta.

Mozo de carácter atrabiliario, egoísta, de sentimientos ruines, consideraba el amor una mercancía que se entrega, mediante subasta, al mejor postor, y como él era rico y Vicente muy pobre, no podía explicarse la preferencia de la muchacha, que ahora, con la ausencia del otro, caería, sin duda, en sus doradas redes.

Día y noche rondó la casa de la doncella; la atormentó con músicas y serenatas; llenó su ventana de rosas, pero ni una sola vez pudo conseguir que se abriesen aquellas puertas, cerradas desde la ausencia de Vicentico, y que apareciese á través de la reja el busto arrogante de la joven, encerrado en marco soberbio de esmeraldas.

Mas el desdén suele ser aguijón del deseo, y Pedro Antonio persistió en sus propósitos con insistencia digna de mejor causa.

III

La noticia produjo en todos los huertanos júbilo inmenso. Vicentico regresaba aquella tarde, después de haber cumplido los años de servicio militar, sano alegre, dispuesto á seguir

trabajando, como antes, para mantener á su vieja; con el corazón lleno por sus cuatro amores; con la mente repleta de esperanzas.

A recibirle fueron sus amigos, sus camaradas, y con ellos la anciana de faz bondadosa y cabellos blanquísimos como la nieve del barranco, y la joven de busto arrogante y de mirada soñadora.

Gritos de júbilo, frases de cariño, besos y abrazos estallaron y se repitieron centenares de veces al llegar el mozo, que ya estaba entre los suyos, en su huerta, al lado de los seres preferidos, para no separarse de ellos jamás.

La primera visita de Vicente fué para su Virgen, para la Fuensantica, que había velado por él librándole de todo peligro. Después corrió á su hogar; ¡qué bien se respiraba entre aquellas cuatro paredes, tan blancas, tan limpias, en aquel templo del trabajo, del cariño y de la virtud!

Sin embargo anhelaba que llegase la noche para ir á su reja florida, para renovar promesas y juramentos, para seguir el idilio interrumpido cuatro años hacía, más largos que una eternidad, para deleitarse en la contemplación de los encantos de su Roseta y oír la música divina de sus palabras, más armoniosa que los conciertos de los pájaros y que los murmullos del agua de la acequia.

Apenas la campana de la ermita tocó el **Angelus**, el mancebo dirigióse al nido de sus esperanzas, henchido de gozo, con unas ansias muy grandes de dar rienda suelta á sus sentimientos que pugnaban por salirsele del corazón.

Al aproximarse á la casita de la doncella parecióle ver un bulto extraño que la rondaba. Imposible; figuraciones de enamorado, que como el ávaro, cree hallar en todas partes al ladrón codicioso de sus riquezas.

Prosiguió la marcha, más de prisa aún, y cuando ya estaba á pocos pasos de la reja florida, el bulto que supusiera creación de su mente adelantósele y con voz reconcentrada por la ira le interrogó:

-¿Quién va?

-No creo que á nadie le importe, repuso Vicentico.

-Te equivocas; tú vienes por lo que yo quiero que sea mio y no te lo has de llevar en tanto que yo tenga acero en mi faja y un respiro de vida en el cuerpo.

¡Ah, miserable! añadió el mozo reconociendo á su enemigo; al fin resultaron ciertas mis sospechas, pero no importa; mientras no me falte el cariño de esa mujer, desprecio á todos los valientes como tú.

-Si te importa ó no ahora lo veremos, y al decir estas palabras el odioso rival hizo relucir en su diestra, á la luz de la luna, la hoja del cuchillo.

Rápido como el pensamiento, Vicente armóse también de su faca; el encuentro fué brusco, inesperado, semejante al de dos electricidades contrarias; solo se oyó el roce de los aceros, un rugido, una blasfemia y el choque de un cuerpo contra la tierra al caer desplomado. Pedro Antonio era cadáver.

Su matador, antes de que se descubriera el hecho, presentóse á la justicia y contó la vriedad de lo ocurrido, toda la verdad como la cuentan los hombres.

IV

El mozo se ahogaba entre los muros estrechos de su prisión; pensaba en los sufrimientos de su madre, en las angustias de sunovia, y tales angustias y tales sufrimientos desgarrábanle el alma con fiereza de chacales acorralados.

En cambio su porvenir no le inquietaba; la ley es justa y comprendería al fin que él no había sido asesino ni criminal; limitóse á defender su existencia y quien tal hace cumple un deber sagrado.

Uno de los días en que fué Roseta á verle ocurrió entre los amntes algo muy extraño que modificó por completo los propósitos y las ideas del mozo.

-Mira Vicentico, díjole la muchacha, vengo á proponerte una cosa.

-¿Cual?

-No me atrevo á decirtela porque te conozco.

-Habla sin temores.

-Pues bien es necesario que te fugues.

-¿Fugarme yo, Roseta? Tú estás loca. Huye quien teme el castigo; yo nada temo porque hice lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar. ¿No comprendes que si hoy nadie me acusa, huyendo, yo mismo me confesaría criminal sin serlo? ¿Quién ha podido aconsejarte ese desatino?

-Comprendo todo lo que me dices, y si te propongo la fuga no es por ti, sino por mí ¿lo oyes? por mí, que tengo mucho miedo, y necesito de tu amparo.

-¿Miedo tú? ¿Y de quién?

-De la familia de Pedro Antonio; tú sabes que entre ella y la mía median antiguos resentimientos, muy grandes y muy profundos, porque le ganamos el pleito de las aguas de la acequia. Eso para otros no habría tenido importancia; para gente ambiciosa y ruin como la de Pedro tuvo mucha.

El odio que desde entonces hallábase reconcentrado en su alma, ahora en el triste suceso que te tiene aquí, se ha re-crudecido, se ha desbordado y puede llegar hasta á ahogarme.

-Ésas son figuraciones tuyas!

-Son realidades, Vicentico. Tú aún no sabes de lo que es capaz un hijo de la huerta; grande para el amor, grande para el odio, cuando quiere le incomoda hasta que el aire acaricie á la persona amada; cuando aborrece desearía ser la muerte misma para esterminar á toda la generación del infeliz odiado. Y el padre de Pedro Antonio tiene en su corazón rencores muy hondos y estoy segura de que quiere apagar en mí su sed de venganza.

-Escuchame y piensa en lo que te voy á decir: varias noches, cuando se oculta la luna tras el naranjal que hay frente á mi ventana, lo he visto acercarse á ella, receloso como quien va á hacer algo malo, y anoche intentó forzar los hierros; yo que le observaba, corrí el cerrojo de las maderas, y él al escuchar el ruido, se alejó precipitadamente.

-¡Maldición de Dios! Ese miserable me quiere perder.

-No Vicentico, no te perderá porque para impedirlo estoy yo aquí. Tú te fugas de esta prisión; la confianza que inspiras

á los carceleros te facilitará la empresa. Verás: mañana á la media noche, subes al torreón, afianzas una cuerda en sus al menas, descienes con cuidado, yo te esperaré abajo con mis ropas, con mis ahorros, y antes de que llegue el día nos vamos lejos de aquí. Cuando nos hallemos en sitio seguro mandas por tu madre; si es preciso nos embarcamos y huimos á otros países en donde nadie nos conozca. Allí nos casamos, y con la humilde herencia de mis padres y con lo que ganes tú viviremos felices, tan felices como vivíamos aquí; ¡qué digo! mucho más, porque allí nos cobijará un mismo techo y tendremos un solo nido de amores para los dos. ¿Harás lo que te digo?

-Sí, Roseta; por tí mi tranquilidad, mi honra, mi vida, to do soy capaz de sacrificarlo. ¿Tú lo quieres? No hay más que hablar; mañana, á las doce, espérame al pié del torreón y que Dios nos ayude.

Vicentico y Roseta cruzaron una mirada indescriptible, es trechâronse las manos y la joven se retiró pensativa y con pa so lento, como quien lleva un peso muy grande en el alma.

V

Apenas las sonoras esquilas del convento próximo á la cár cel tocaron á maitines, Vicente abandonó su pobre lecho, y con todo género de precauciones para no producir ruido dirigióse al fuerte de la prisión.

Como en ella había pocos reclusos, y casi todos por causas leves, la vigilancia dejaba mucho que desear. Nuestro protagonista, por tal circunstancia, no corrió peligro alguno de ser sorprendido.

Cuando llegó á la torre hizo una señ convenida á Roseta para saber si ella le aguardaba; la joven estaba allí, inmóvil y muda como la estatua del silencio.

Vicentico quitóse la faja, después varias tiras de lienzo que tenía debajo, también rodeadas á la cintura; unió sus ex tremos fuertemente, amarró uno de ellos á una almena y lanzó al espacio aquella cuerda improvisada.

Una figura humana vióse aparecer entre el hueco de dos al menas; con cuidado inclinóse, para coger la cuerda sin duda,

y al asirla empezó el descenso, lento y pausado como el de un aerostato en día de calma.

Pero no habría bajado la tercera parte de la altura, cuando se oyó el siniestro crugir de las tiras de lienzo y simultáneamente, casi un grito de angustia, otro de terror y desesperación y el violento golpe de un cuerpo humano al estrellarse sobre la dura tierra.

Al sentir el ruido acudieron los empleados de la cárcel y otras personas, presenciando un cuadro espantoso.

Roseta yacía en el suelo, sin sentido y junto á ella el cadáver de Vicente, con la cabeza sobre el pálido rostro de la joven.

El desventurado mozo acababa de cumplir su promesa, devolviendo el beso ofrecido al ídolo de sus amores. ¡Beso póstumo y horrible, no de fuego como el que dá la pasión, sino frío, de hielo, como el que imprimen los secos labios de la muerte!

EL PANDERETE DE LAS BRUJAS

A Pedro de Lara.

I

Trasladaos, lectores, por unos instantes, á Córdoba en el siglo XVI, época en que ocurrió la historia que voy á contar.

Es una noche del mes de Diciembre, fría y oscura: ligera llovizna arrojan de vez en cuando las nubes, llovizna que se congela antes de caer, formando pequeños copos de nieve.

Silencio profundo reina en toda la ciudad: quien la visitara en tales momentos la juzgaría desierta.

Ni siquiera a través de las celosías de una sola casa vislumbrábase un rayo de luz que haga menos monótonas las sombras en que se halla enuelta la población.

Y, sin embargo, el vecindario no duerme, ¿cómo ha de dejarle dormir la espantosa noticia que corre por todas partes?.

Un niño, hermoso como un querube, ha desaparecido la tarde anterior y nadie duda que las **brujas** se lo han llevado.

Se aproxima la hora en que celebran estas su aquelarre en cierta plaza del barrio de Santiago, y hasta el hombre más animoso se aterroriza y enciérrase en su hogar, por lo que pueda suceder.

II

Las campanas de casi todos los conventos, á la vez que llaman para rezar maitines á las comunidades religiosas, indican que hallegado la hora en que las brujas, duendes y trasgos dejan sus cavernas y acuden al lugar destinado á la celebración del aquelarre.

Si pavor reinaba entre los moradores de la ciudad morisca desde que supieron el secuestro del niño, ese pavor sube de punto al oír las doce monótonas campanadas de los

relojes.

III

De pronto, una luz siniestra ilumina el espacio; se escuchan silbidos que parecen los de un huracán; rumores se mejan, ora los estraños bramidos de una legión de pante-ras, ora los extertores del moribundo.

Por todas partes cruzan sombras y se sienten aleteos como de pájaros gigantes.

Algún atrevido asegura que vio pasar, rozando casi los tejados de su casa, ya á la bruja que envuelve su huesudo cuerpo en el negro manto y cabalga sobre la escoba, ya al duende raquítrico y deforme, ya al zángano, caballero en el dragón que arroja llamas por los ojos, ya á la endemonia-da de rostro cadavérico, todos escoltados por ejércitos de mochuelos, de buhos, de lechuzas, de murciélagos y de ser-pientes aladas.

IV

Los habitantes del barrio de Santiago pasaron en vela y en continuo sobresalto la noche.

¿Quién puede reposar tranquilo escuchando el graznar de las aves agoreras, los ayes de los condenados, el lúgu-bre sonido de grilletes y cadenas, la desesperada canción de los genios del mal y el ruido del pandero á cuyo monó-tono son danzan los espíritus de las sombras?

A través de las rendijas de las puertas y ventanas, al-gunos vecinos del lugar llamado hoy **Siete Revueltas** ob-servaron un espectáculo horrible.

En torno de una gran hoguera, hecha sin duda con azu-fre á juzgar por sus resplandores y su hedor insoporta-ble, se agolparon seres de rarísima catadura.

Charlaban quedo, muy quedo, como quien trama una conspi-ración. Mientras tanto una bruja daba vueltas al conteni-do de un enorme caldero, preparado en la cena.

Cenaron después de conferenciar, con gran alegría, y comieron carne humana que es la que más gusta á tal clase de monstruos.

Con los restos del banquete y algunas sustancias desconocidas, prepararon sus untas las hechiceras, rellenando los pucherillos en que los guardaban.

Bailaron mucho, muy cerca del fuego, saltando por encima de él como si fueran salamandras, y antes de que la luz del día pudiera esfumar las sombras, á una señal del zángano, la cohorte de duendes y brujas azotó el espacio con sus invisibles alas y desapareció como al conjuro de los exorcismos religiosos.

V

A la mañana siguiente, todo el pueblo de Córdoba vió asombrado en el parage dicho los restos de un niño de poca edad. Cerca de ellos una medallita de oro. Los padres del pequeñuelo extraviado la tarde anterior aseguraron que tal medallita la llevaba al cuello su hijo,

Desde entonces el **Panderete de las brujas**, nombre que aún conserva el sitio en cuestión adquirió fama y de él hablaban con espanto lo mismo las gentes sencillas y supersticiosas que las más ilustradas.

Aún hoy existe vieja que se santigua al pasar por las **Siete Revueltas**.

VI

¿Fué verídica la historia que acabamos de narrar? En parte sí. El secuestro y asesinato del niño, como la aparición de su cadáver en el sitio mencionado, ocurrieron en efecto.

El autor de este crimen, que tuvo por móvil una venganza, aprovechó las supersticiones de la época para que las iras del pueblo y los rigores de la justicia no descargasen sobre su cabeza, preparando el atroz infanticidio de

modo que resultaran sus autores los seres creados por la
fantasia, que llama el vulgo duendes y brujas.

LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

Alberto era un sér envidiable; gozaba de salud perfecta, poseía bienes de fortuna, talento, dotes morales que le granjeaban la estimación general; tenía una mujer joven y bella, verdadero dechado de virtudes, y unos hijos encantadores como ángeles: era, en resumen, lo que se llama un hombre feliz.

Noble por su alcurnia y por sus procederes, de trato ameno y afable, la sociedad selecta se disputaba su amistad, y en los salones aristocráticos brillaban, al par, el ingenio y la discreción de Alberto y la hermosura de su esposa.

Pero como el sér humano, aún el más perfecto, no se halla libre de un capricho, de una rareza, el héroe de nuestra narración, tenía una de esas extravagancias, por lo inocente y nimia, incomprensibles.

El, modelo de elegancia y de buen tono, amante de las menores exigencias de la moda, siempre que las circunstancias le exigían vestir de traje de rigurosa etiqueta, presentábase, con gran escándalo de los adoradores fervientes del **último figurín**, ostentando bajo el severo frac de corte irreprochable, una camisa de lienzo basto, con la rameada pechera descolorida y los puños y el cuello deshilachados por el uso.

Al verle, amigos y camaradas ocultaban una picaresca sonrisa de burla, y algunos se atrevían á preguntarle el **misterio** de aquella prenda, porque sin duda encerraba algún misterio, pero nunca obtenían contestación que satisficiera su curiosidad.

Una noche estaba Alberto en un círculo de gente joven, donde se comentaba el trágico fin de un calavera, que, después de derrochar su fortuna en toda clase de vicios y placeres, se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo.

-Esa habría sido mi muerte, exclamó nuestro hombre, si una casualidad feliz, debida exclusivamente á la camisa vieja y despintada que luzco en las grandes solemnidades y que tanto

os llama la atención, no me hubiese apartado del camino que recorre, con frecuencia, la juventud abandonada y loca.

¡Bravo! ¡bravo! prorrumpieron los contertulios, animándose súbitamente; al fin vamos á conocer la historia de tu prenda favorita; cuéntala sin omitir detalles, que nos interesa y somos todo oídos para escucharla.

-Pues lo quereis, allá va, aunque os riais de ella y me califiqueis de **chiflado**.

Muy joven, casi un niño, solo contaba diez y seis años de edad, quedé huérfano, sin parientes que velaran por mí y en posesión de una cuantiosa fortuna.

En estas condiciones, sin personas que guiaran mis pasos, sin un buen consejero, y rodeado, en cambio, de esos entes que viven explotando la debilidad ó la ignorancia del prójimo, no es preciso decir que mi conducta dejó mucho que desear; poco á poco los vicios fueron apoderándose de mí, y ya en la fatal pendiente á que me empujaron, rodé por ella, sin que obstáculo alguno pudiera detenerme.

Perdí primero la salud, después el capital; cuando este era ya insuficiente para sostener los dispendios de una existencia crapulosa, acudí al recurso á que acuden los perdidos: el juego. Y en la mesa del monte y en la ruleta dejé hasta el último billete que poseía.

Me hallaba arruinado, sumido en la miseria más espantosa y en la desesperación más horrible. ¿Qué hacer?

Vendí mis muebles, mis alhajas, mis ropas, hasta el lecho en que procuraba, aunque en balde, buscar el sueño como único y momentáneo lenitivo de mis infortunios.

Llegó un día en que sentí los horrores del hambre y no me quedaba otro recurso que pedir limosna. Antes de recurrir á tal extremo prefería la muerte.

La única prenda que me restaba, exceptuando las imprescindibles para cubrir las carnes, era una camisa en buen uso toavía.

No vacilé; la envolví en un pañuelo y fui á dejarla en el Monte de Piedad á cambio de unas miserables monedas.

Llegué á la casa de préstamos; con la indecisión del beodo ó expresándolo más exactamente, como el ladrón cuando va á cometer un delito, traspasé aquellos umbrales, que no había pisado jamás, y una nube rojiza empañó mis ojos, ocultándome cuanto me rodeaba.

Conseguí reponerme pronto, y con paso más seguro dirigime al ventanillo donde se realizaban las operaciones de préstamos sobre ropas.

Solo otra persona había en aquel recinto; Un artesano á juzgar por aspecto y por su traje.

Me detuve al verle y pronto noté con extrañeza y, por qué no confesarlo, hasta con pesar, que no le llevaba allí la falta de recursos; por el contrario, iba á depositar una pequeña suma en la caja de ahorros.

Con vergüenza y con rabia me aproximé al departamento en que debía dejar mi envoltorio y lo puse en manos del vejete que dormitaba tras el ventanillo. El anciano calóse las gafas, desató los nudos del pañuelo que yo acababa de entregarle y después de examinar su contenido minuciosamente díjome en tono áspero: le doy á usted dos pesetas.

Déme lo que quiera, repliqué con voz que la emoción debía hacer casi imperceptible. Ya iba á entregarme la suma estipulada, cuando se me acercó el único testigo de la escena, el hombre feliz que acudía allí á depositar sus ahorros, y cogiéndome bruscamente la mano que yo extendía para recibir aquella limosna, exclamó: recoja usted eso, que no necesita empeñarlo para obtener dos pesetas, y al hablar así ponía entre mis dedos una moneda de plata.

Mi orgullo se reveló en aquel instante; devolví su dinero con enojo, al incógnito protector; mas él, obstinado, volvió á exclamar con imperio: recoja usted eso y véngase conmigo.

Le obedcí casi inconscientemente y cuando estuvimos en la calle, el desconocido hablóme de este modo:

Caballero: por la turbación que noté en usted al verle entrar en la casa de préstamos, por su porte, por su tipo, he

comprendido quién es usted y la desgracia que le aflige. Lo sé, lo adivino todo; no me diga una palabra.

Está usted cesante, ha agotado ya todos los recursos; tiene esposa, tiene hijos que le piden pan y no puede dárselo. Sé, por experiencia, lo que es eso y hoy que disfruto de una envidiable medianía me complazco en auxiliar á cuantos infelices encuentro en tal situación, seguro de que realizo la obra de caridad más meritoria para Dios y para los hombres.

No desmaye usted; busque, gestione con perseverancia, sin que le desalienten los desengaños y verá como encuentra, si no hoy mañana, un trabajo una ocupación para ganar honradamente el sustento.

Mientras tanto acuda usted á mí sin escrúpulos de ninguna especie; ahí tiene las señas de mi domicilio: en él encontrará siempre, si no riquezas, un pedazo de pan para aplacar el hambre y un amigo para sentir sus desventuras.

Esto dijo, estrechándome la mano, y se alejó con paso presuroso.

Lo que pasó por mi cerebro y por mi alma entonces es inexplicable. Ví como en un cinematógrafo todos los horrores y todas las locuras de mi vida; desgarráronse las nubes que envolvían mi sér y al disiparse las sombras admiré una luz de espléndidos fulgores: la luz de la esperanza. A la desesperación que se agitaba en mi pecho sucedió la tranquilidad, como en los mares sucede á la borrasca espantosa la calma poética que convierte las ondas en límpido espejo de la luna.

No descansé un momento en aquel día; recorrí todos los escritorios, todas las tiendas, todas las oficinas de la población y cuando ya desesperaba de conseguir lo que me proponía, un abogado, antiguo compañero de mi padre, me admitió en calidad de escribiente.

Allí estudié la carrera de Leyes, que con mi sueldo, aunque escaso, me costeaba; cuando la concluí un pariente me pagó el título; tuve suerte en los primeros negocios, adquirí popularidad, renombre, y las ganancias de la profesión, unidas á una regular é inesperada herencia, labraron la fortuna

que hoy poseo, avalorada por una esposa y unos hijos que constituyen la mayor de mis felicidades.

No necesito añadir que mi conducta cambió radicalmente desde los comienzos de la nueva vida y que fué un modelo de laboriosidad y horadez.

Y ahora decidme si no debo cuanto valgo y cuanto soy á la camisa vieja y deshilachada de que os soleis reir y si no estoy obligado, por vía de gratitud, á ostentarla en las grandes solemnidades.

Sin duda alguna, exclamó el auditorio de Alberto, porque tu camisa es la **camisa del hombre feliz.**

EL ANARQUISTA

LEMA.—El amor domestica á las fieras.

(Cuento premiado en los Juegos florales que se celebran hoy en Sevilla)

Sus padres murieron cuando él apenas contaba dos años; cuando aún no había podido dar los primeros pasos, vacilantes, por el sendero de la vida; cuando aún no había aprendido á pronunciar las primeras palabras que surgen de los labios del niño; esas palabras que suenan en los oídos de una madre como notas de música divina.

La caridad oficial, siempre fría y á veces cruel, aunque esto parezca una paradoja, le acogió en su seno de nodriza asalariada, y en las sombrías naves del hospicio creció enfermizo y débil como planta sin sol, atenazado su estómago por los garfios del hambre, sediento su espíritu de las puras aguas que brotan de los manantiales de la fé, falto su corazón del suave calor que presta el cariño.

Cuando tuvo edad para ello, pasó del asilo al cuartel; sustituyéronle el pardo y raído uniforme con que el Estado viste á las víctimas del infortunio por el vistoso uniforme militar, y fué un autómatas que se movía inconsciente á la voz de mando de sus superiores.

El honor de la bandera, el amor á la patria, eran frases que le resonaban en los oídos como los acordes de la charanga de su batallón: no le impresionaban porque no las entendía.

Al cumplir el servicio militar hallóse nuevamente como en sus primeros años; solo sin hogar, hambriento, vacío su cerebro de ideales, huérfana su alma de afecciones.

Después de vagar algunos días, mendigando y durmiendo en los bancos de las plazas públicas, encontró colocación en una fábrica.

Otra vez estaba á cubierto de las inclemencias del tiempo en naves tan amplias y sombrías como las de sus dos primeros

albergues, aunque aquí el ruido de las máquinas le era más grato que los rezos del asilo y los toques de corneta del cuartel.

Las teorías anárquicas habían adquirido en aquel centro industrial gran desarrollo, y como las malas yerbas no necesitan que esté abonado el terreno en que nacen para crecer y fructificar lozanas, las doctrinas de Bakunin se apoderaron del nuevo obrero, que abrió los ojos del espíritu y del alma, no á la hermosa y resplandeciente luz de la verdad, sino á los cárdenos fulgores del relámpago, precursor de las tempestades.

El odio y los rencores penetraron en su corazón y como lo encontraron vacío de sentimientos, invadieronlo todo, á la manera que la cizaña invade á los trigales si la mano del labrador no la extermina.

Y al par que con el trabajo se robustecían los músculos de Pedro, su inteligencia se vigorizaba también con el estudio; su palabra se hacía fácil y enérgica, y pronto llegó á convertirse el obrero rudo en apóstol de sus camaradas, que le escuchaban con admiración y le seguían con persistencia y ceguera de enamorado.

Pero así como en los campos incultos suele brotar una florecilla silvestre, en el corazón del terrible anarquista brotó la más delicada de las flores: el amor.

Pedro enamoróse sin saberlo, sin querer, acaso, de la hija del dueño de la fábrica; de la gentil Luisa, que era su antítesis; bella, espiritual, dechado de perfecciones, compendio de virtudes.

Y por misterio incomprensible, á la joven tampoco le fué indiferente el mozo: eran dos polos opuestos, y á su contacto había surgido la chispa de la pasión.. Pedro ejercía sobre Luisa igual predominio, análoga atracción que la serpiente ejerce sobre el áve.

Y aunque él era lego en asuntos de cariño, no se le ocultaba tal influencia, pues los secretos de amor, aunque la lengua los guarde, pregonánlos á gritos los ojos y las almas.

A Luisa impulsábala hacia el mozo algo más que la pasión; quería regenerarle, quería bañar su corazón con el puro rocío de la fé, quería iluminar su entendimiento con los divinos resplandores de la verdad. Y este noble empeño dábale fuerzas para arrostrar y sufrir, impasible, los enojos de su padre, las violencias de carácter del obrero, hasta las burlas sangrientas de sus amigas.

*
* * *

Fué aquel un día terrible en la fábrica; la chispa de la rebelión prendió en los corazones de los obreros: se desbordaron sus odios como lava destructora, y surgió el motín, impotente, aterrador, grandioso, con la grandiosidad de las catástrofes.

Había sonado la hora de las venganzas.

Las naves de los talleres, estremecidas, estremecidas hasta sus cimientos por el empuje colosal de aquella humana tromba, iluminadas por los siniestros fulgores del incendio, presentaban un cuadro indescriptible.

El vapor, á presiones altísimas, movía las máquinas con movimiento vertiginoso, destrozando sus engranajes; estallaba por las válvulas rotas; hacía explosión en las calderas y se extendía por todas partes, amenazador como el hálito de la muerte.

Al ruido de los émbolos, poleas y volantes uníase el de los brutales golpes con que aquella turba, ebria de odio, intentaba demoler el edificio; con los gritos y las imprecauciones de los amotinados, con las arengas de Pedro que, á la cabeza de la multitud, enarbolando á guisa de bandera un trapo rojo sujeto en la punta de una enorme barra de hierro, parecía el genio del mal, una visión del infierno de Dante...

Pedro f é expulsado de la fábrica y empezó á forjar un plan de venganza que había de ser horrible.

Heriría al amo, al opresor, al tirano, en lo más profundo del corazón, con herida incurable, mortal. Proponíase arrebatarle de un golpe toda su dicha, toda su felicidad, su encañ

to del pasado, su alegría del presente, su consuelo del porvenir, trataba, en fin, de robarle á su hija.

Un día al salir la joven del templo á donde iba todas las mañanas para elevar al cielo sus oraciones, se encontró frente á frente con Pedro que la aguardaba; detúvola el mozo, se esforzó por pintarle su pasión con los colores más vivos que guardaba en la paleta de la fantasía, con las palabras más poéticas y más dulces que tenía en su rudo vocabulario y, á vuelta de rodeos, de protestas de eterno cariño, de frases rebuscadas, concliyo por proponerle la fuga.

El mundo de ilusiones y de esperanzas que se había forjado Luisa, cayó deshecho en pedazos, destrozandole el alma y dejando sumido en tiniebla todo su sér.

Ella que en mal hora creyó descubrir en Pedro, bajo las formas groseras, bajo la máscara de los errores, á un hombre bueno que, regenerado por el amor, podría servir de modelo á la sociedad, encontrábase con un monstruo sin entrañas, con un tigre carnicero que había estado á punto de convertirla en su presa.

La desventurada joven, cuando la espantosa impresión de los primeros instantes le permitió coordinar las ideas, creyendo ya imposible obtener la dicha, anonadada por el cruel desengaño, temerosa de caer algún día en las infames redes que otro miserable le tendiera, decidió con decisión irrevocable, ocultar su dolor y su tristeza en la celda de un monasterio.

Ni consejos ni suplicas hiciéronla desistir de su propósito, y algunos meses después profesaba en un convento de ursulinas.

Al saber Pedro la resolución de Luisa, rugió de rabia como la leona cuando le arrebatan sus cachorros, y la idea de volar el convento; de volar la fábrica de su antiguo amo y suicidarse él después cruzó por su cerebro entre oleadas de hirviente sangre.

Una tarde al pasar ante el monasterio, oyó los cánticos de

las monjas, y entre el coro de voces virginales reconoció la vibrante voz de su amada.

Impulsado por fuerza irresistible traspasó el pórtico de la iglesia. La augusta soledad del templo; el ambiente de reposo y tranquilidad que allí se respiraba; el perfume de las flores y del incienso; las severas notas del órgano; las preces de las religiosas, todo aquel mundo extraño, desconocido para el anarquista, operó en él una transformación inexplicable. Sintió algo así como un sueño muy grato, faltáronle las fuerzas y cayó de rodillas, al mismo tiempo que de sus labios brotaba una oración aprendida en la niñez.

En aquel momento Luisa sintió en su alma una inefable satisfacción de que no había gozado jamás, y una dulce sonrisa pareció animar el bello rostro de la Virgen que se destacaba en el retablo entre luces y flores...

Todos los días, al declinar la tarde, cuando el sol manda á la tierra su último beso de luz y la noche despliega su manto de sombras para extenderlo sobre el mundo, un obrero, joven aún, de cuerpo vigoroso, que tiene en la faz estampado el sello de la bondad y la resignación, un hombre que ha sabido unir en un solo amor purísimo el amor divino y el amor humano, penetra en el convento de la iglesia de las ursulinas, se postra ante el altar, eleva una plegaria ferviente á la Virgen que está en el cielo, dirige una mirada de ternura infinita á la virgen que está en el coro y se marcha tranquilo, alta la frente y el corazón sereno, como quien ha cumplido todos sus deberes y ha realizado todas sus aspiraciones.

Por algo se ha dicho que "el amor domestica á las fieras."

NOCHE TRAGICA

Aquel fué un buen año para Juan.

No le faltó trabajo ni ocurriéronle accidentes lamentables, y en cambio tuvo la fortuna de encontrar maestros que le trataron con las consideraciones á que se hace acreedor el hombre bueno y laborioso.

Su vivienda, su humilde guardilla, habíase transformado completamente; ya no estaba desmantelada, casi vacía como en tiempos de infortunio, de miseria y de hambre. Ahora había en ella todo lo necesario para vivir modestamente; hogar con lumbre, lecho cómodo, ropas de abrigo, algunos ahorros guardados en el fondo del arca y en lugar preferente, cerca de la ventana llena de tiestos de flores, la máquina de coser, compañera inseparable de la esposa de Juan durante las veladas de invierno; la que contribuía á aumentar los ingresos del matrimonio, la que con su monótono ruido arrullaba el sueño del ángel de cabellos de oro y ojos azules, encanto y alegría de aquel hogar convertido en templo del amor y del trabajo.

Y Juan, subido en el andamio, regocijábese al pensar en la Nochebuena que le deparaba el destino; una Nochebuena feliz, en que habría de todo en casa: luz, fuego, viandas apetitosas, vino que contribuyera á aumentar la alegría, hasta juguetes para el pequeñuelo.

El dueño de la obra, hombre generoso, dió cinco pesetas de aguinaldo á cada trabajador y autorizó á todos ellos para que á las tres de la tarde abandonaran aquel día sus tareas: por algo conmemorábase la Natividad del Hijo de Dios.

Juan más satisfecho que nunca, aprovechó unos minutos de la hora destinada al almuerzo para ir al mercado próximo y comprar lo que constituía la ilusión de su ángel de cabellos de oro: una zambomba muy pintarrajeada con muchos lazos y tirabuzones.

Depositada en la cesta de sus viandas y satisfecho como si fuera portador de un gran tesoro, volvió á la obra para rea-

nudar el trabajo.

Y en lo alto de la andamiada, acompañando con alegres canciones el rítmico golpear de la piqueta, aguardaba impaciente la hora de abandonar la ocupación para correr á su casa y poner en manos del rapazuelo la zambomba pintarrajeada, llena de lazos y tirabuzones.

De pronto oyóse un grito terrible y después sonó el golpe rudo que produce un cuerpo humano al estrellarse contra el suelo.

Juan, victima de un vértigo, acababa de caer desde el andamio.

Todos los auxilios fueron inútiles; el infeliz obrero murió pocos momentos después en brazos de su esposa, á quien personas, no sabemos si compasivas ó despiadadas, comunicaron la fatal noticia, y rodeada de todos sus compeñeros que en balde trataban de ocultar el llanto.

Tras una escena desgarradora, brutal, indescriptible, el cádaver, que tenía en la cabeza una enorme herida, de la cual aún brotaba un hilo de sangre, fué depositado en el ataud y conducido al cementerio.

La pobre mujer, casi arrastrada por sus amigas, loca de dolor, tornó á su hogar antes feliz, ya transformado en tumba del amor y de la dicha.

Un obrero siguióla conduciendo la cesta de las viandas del pobre Juan, y mudo por la pena, la depositó en un rincón de la guardilla.

La madre y el hijo, la viuda y el huérfano, pasaron la Nochebuena, aquella trágica noche, ahogando con sus desgarrados lamentos las músicas y las canciones de la vecindad.

Y cada vez que la esposa de Juan involuntariamente dirigía sus ojos, nublados por el llanto, al rincón donde estaba la cestita, crispábansele los nervios y salía de su garganta un grito estentóreo.

Un tirabuzón rojo del juguete que adquiriera el obrero para su hijo había quedado fuera de la cesta y producía á la

inconsolable mujer la aterradora impresión del hilo de sangre que resbalaba por el rostro de Juan cuando lo encerraron en el ataúd.

EL MAQUINISTA

A Vicente Toscano

Por las llanuras de la Mancha, áridas y frías como las estepas rusas, corre el tren con velocidad extraordinaria.

El silencio y la soledad augustos de la noche imperan en aquellos lugares, que si el monstruo de vapor no los recorrie se parecerían aún desconocidos por el hombre. A través de la niebla, densa y oscura cual las nubes de humo que vomita la locomotora, no se vé ni uno de esos faros que Dios ha puesto en el espacio infinito para indicar la senda del cielo á la humanidad.

Desciende imperceptible llovizna que se congela en los guijarros del suelo; el aire frío corta como una mortífera guadaña.

Y desafiando todas las inclemencias del tiempo, el tren avanza con ruidos de titan azaeteado, luciendo los faroles rojos de su máquina que parecen ojos de un Argos colosal.

Los coches se hallan casi desiertos, ¿quién viaja en Noche Buena? En cambio de los vagones de mercancías diríamos que no pueden con sus cargas, si fueran seres animados; están llenos de paquetes, macizos de regalos de todas clases que las familias y los amigos se envían como recuerdos de Páscoa.

En todas las estaciones ha tenido que detenerse el tren más tiempo del reglamentario, para recibir nuevas cajas, nuevos envoltorios con los últimos objetos creados por la fantasía del artífice ó por el ingenio del industrial.

Y el tren, no obstante la velocidad de su marcha, llegará con retraso al término de su recorrido, retraso que lamenta más que los pasajeros el maquinista, deseoso de hallarse en su hogar, con su mujer y con su hijo, antes que las campanas de los templos llamen á los fieles á la **Misa del Gallo**.

¡Con cuánto anhelo le aguardará su esposa; qué largo le parecia el tiempo á aquel pedazo de sus entrañas, rubio como la

espiga en Agosto y blanco como la nieve de los Alpes, que también le esperará en su cunita, medio dormido, para rodear le el cuello con las deliciosas cadenas de sus brazos y estampar mil besos en el rostro curtido del maquinista!

Colgada en la barandilla del tónder lleva el empleado, para ofrecerla á su pequeñuelo, una pandereta llena de cintas, lazos y cascabeles, con caprichosos arabescos en el parche, que entre las manos del niño semejará una enorme mariposa acariciando á un ángel.

¡Qué deseos tiene de entregarla al rapazuelo para deleitarse con la impresión que le produzca el juguete inesperado!

-Aviva ese hogar- dice continuamente al fogonero.-¿Qué no vamos á aprovecharnos carbón? ¡Y qué importa perder unos cuantos reales si en cambio obtenemos la dicha de llegar más pronto á nuestras casas! -Y la máquina vuela, arrastrando su interminable cola de vagones, y la llovizna cae como lágrimas sobre la mole de hierro, evaporándose al calor de la lumbre, y la niebla, cada vez más densa, envuelve al monstruo del progreso, y de vez en cuando, al pasar el tren ante las casillas de los guarda agujas, se confunden un instante con los ruidos de las valvulas, de las ruedas y de los émbolos, el concierto inármonico de las zambombas y las panderas y las voces destempladas de algunos muchachos que entonan un villancico.

Las pálidas luces de las estaciones se ven pasar, desde el tren, como los meteoróides que cruzan el espacio.

Ya se divisan, á lo lejos, los focos eléctricos de la ciudad; antes de que transcurra media hora habrán llegado los viajeros á la población.

-Echa más combustible- exclama constantemente el maquinista, al mismo tiempo que hace sonar el silbato...

De pronto óyose un ruido extraño, ensordecedor, horrible, análogo al que producen los gases de la tierra cuando se escapan por el cráter del volcán.

El vapor tras esfuerzos titánicos para romper su estrecha cárcel, ha hecho estallar la caldera, convirtiendo en mil pedazos la locomotora y arrojándolos á gran distancia de la vía

revueltos con los dos hombres que guiaban el tren...

Los vagones, por inexplicable causa, han quedado en su si tío, sin desperfecto alguno.

El maquinista y el fogonero hállanse entre un montón infor me de ruedas destrozadas, de tornillos rotos, de hierros doblados como si fuesen de cera; el segundo sufre una conmoción cerebral y varias contusiones, leves según la opinión de la ciencia; el primero ha perdido la vida

Sobre el pecho, aprisionada con una mano, tiene la pande-reta llena de cintas y caireles rojos, que semeja una mancha de sangre.

Por eso al mirar, desde lejos, al cadáver, muchas personas dicen: la herida que le prolujo la muerte está en el corazón.

Y quizá no se equivoquen; ¿quién sabe si antes de que recibiera el golpe mortal le había matado la pena ó la desespe ración?

ENTRE FIERAS

Abrahàm, el tío del oso como le dicen los muchachos, es un hombre que caracteriza perfectamente á su raza: alto, fornido, hercúleo; de líneas vigorosas y correctas en la f. z., de ojos tan grandes y negros como expresivo. Despojando con la imaginación á esta figura de los harapos que la envuelven, á través de su enmarañada y lustrosa cabellera se adivina el verdadero tipo de la belleza varonil.

Contrasta con él su acompañante asiduo y colega de profesión; un hombre pequeño, vulgar; de cara repulsiva, que cuando la coloca cerca del mono con que mendiga el pan, se confunde con la del cuadromano.

Y completa el cuadro de la familia errante, la mujer de Abrahàm, que tiene en sus pupilas todo el fuego del sol egipcio, en su corazón pasiones de leona, y que lo mismo puede ser oasis de dulce frescura para el peregrino sediento de amor, que ola del **simoum**, avasalladora y temible.

Por pueblos y aldeas van los tres miserables húngaros, haciendo bailar á sus fieras bailes sin ritmo, al compás de los secos golpes dados en la pandereta y de las extrañas canciones de la mujer, que no se sabe si se queja ó si canta.

Los muchachos les forman corro y nunca falta persona caritativa que les entregue una moneda.

Cuando llega la noche, extenuados por el cansancio y el hambre, abandonan el lugar y en sus afueras, al aire libre si no llueve, en una choza de lienzos, que más parece madriguera de alimañas que habitación de seres humanos, cuando descendiendo el agua de las nubes, la hembra condimenta un rancho nauseabundo, que produciría asco á cualquier estómago, arroja unas piltrafas de carne á las fieras, y juntas estas con los hombres, como si formaran una sola familia, devoran la cena, durante la cual solo se escucha el gruñido que lanza el oso cuando el mono le arrebatara un hueso y otro gruñido análogo

que se escapa á cualquiera de los domadores si su colega es más diestro para llevarse la última tajada del plato.

Después de terminada la comida, racionales é irracionales se entregan al sueño, acurrucados en el suelo, con la misma tranquilidad, sin preocupaciones unos ni otros.

Pero á Jorge, el hombre ruín de cuerpo y miserable de alma, hace ya bastantes noches que no le deja dormir un deseo, avasallador por lo grande, horrible por lo criminal. Y quiere saciarlo á toda costa y lo saciará sin duda. ¿Quién ha de oponérsele? Solo necesita paciencia para aguardar la ocasión oportuna, y la paciencia jamás falta á un nómada.

*

**

El día ha sido bueno; solo en la plaza han recaudado más de ocho reales, y ni una sola vez, después de concluir la danza, han quedado los húngaros con la pandereta vacía.

Es necesario celebrar la ganancia de algún modo, y para ello los dos hombres, después de dejar en su rancho á la mujer y á las fieras, vuelven al pueblo, decididos á que sea partícipe de su buena suerte el amo de la taberna más próxima.

Abraham muéstrase alegre, comunicativo, satisfecho; Jorge por el contrario, se halla pensativo, reservado, impaciente.

Apenas prueba el vino, y á los pocos momentos de estar en compañía de su camarada lo abandona, pretextando cualquier ocupación, y de prisa y recatándose en las sombras como quien algo teme, dirígese á las afueras del pueblo.

Llega á su aduar, busca con avidez á la húngara, crúzase entre ambos varias frases que deben herir como saetas envenenadas; de pronto la mujer da un grito, llama al oso, y como si la fiera comprendiese el drama que allí va a desarrollarse, ó lo que significa el ahullido de la hembra, se abalanza sobre Jorge, que rueda como masa inerte, mientras la esposa ultrajada contempla el cuadro, impasible.

En aquel instante aparece Abraham, que acude en auxilio de su compañero. Logra arrebatarlo á las garras del oso, antes de

83

que éste haya podido herirle, y después golpea con saña al animal.

La bestia se revuelve y brama furiosa; tal vez con la furia de quien recibe un castigo siendo acreedor á una recompensa.

Poco después el silencio más profundo impera en el aduar de los domadores.

*

* *

Al nacer la aurora del día siguiente, mucho antes de que Abrahám y su esposa despertaran, levantóse Jorge, se echó á la espalda su petate, cogió el mono y perdióse en las lejanías de la carretera, triste y pesaroso, buscando quizá la consoladora fuente del olvido para apagar en ella la sed de sus deseos.

Al mismo tiempo el oso se desperezaba y dirigía una aterradora mirada al fugitivo.

EL AERONAUTA

I

La verdadera **atracción** del circo Búfflo, como decían los carteles en grandes letreros, era Madama Zélika, una africana de ojos ardientes, que producía con sus encantos la embriaguez de la lujuria.

Solo para admirar sus formas esculturales como labradas á cincel, las curvas atrevidas de su busto, las líneas inimitables de todo su cuerpo, modeladas por la fina malla para agujonear las pasiones, un público numeroso agolpábase en el circo, devorando con los gemelos á la artista y aplaudiéndola sin cesar, á la vez que le arrojaba continua lluvia de flores.

Los pollos de la **goma** y los viejos solterones, pollos también eternamente gracias á los secretos de la química, asediaban á la hermosa con sus pretensiones y **blanqueábanla** con ricas joyas y valiosos presentes; nunca admitidos por Madame Zélika, siempre devueltos con el más soberano desdén.

La gimnasta, apesar de sus desnudeces, sus miradas y sus sonrisas provocadoras debían rendir culto á la honradez; sin duda estaba enamorada, con amor volcánico y salvaje del hombre á quien se unió con lazo indestructible y eterno; del varón hercúleo, fenómeno viviente en medio de una raza anémica y ruín.

El cuarto de Madama Zélika era inaccesible para la legión de sus adoradores; solo Ernesto, el amigo íntimo del esposo, consiguió traspasar los umbrales de aquel santuario de la belleza.

Aquel joven y notable ingeniero, que dedicaba sus ocios á estudiar los problemas de la navegación en el espacio, deleitábase oyendo narrar al artista sus triunfos de aeronáuta, sus peligrosas ascensiones en el primitivo Mongolfier, los accidentes de que había sido víctima, y una infinidad de peripecias y detalles curiosos para los aficionados á emociones.

Ernesto quería experimentar la impresión de un viaje á su

través de las capas atmosféricas y varias veces propuso á su amigo acompañarle en una ascensión, propuesta siempre rechazada por aquel, temeroso de que pudiera ocurrir al ingeniero cualquier desgracia.

II

Una tarde después de terminar sus ejercicios toda la compañía, el hércules verificó una arriesgada ascensión en globo, elevándose pendiente del trapecio con una mano, mientras saludaba con la otra á la multitud que le aplaudía.

Inconscientemente dirigió una mirada á los corrales del circo, donde solía presenciar, con angustia infinita, los experimentos del aeronáuta su compañera, y estuvo á punto de perder la vida y la razón; la vida, porque le faltaron fuerzas para seguir sosteniéndose en la barra; la razón porque una oleada de sangre le inundó el cerebro, como prelude horrible de la locura.

Sentados sobre dos taburetes muy unidos, con los rostros casi juntos, devorándose con las pupilas, abstraídos de cuanto les rodeaba, hallábanse Ernesto y Zélika, gozando las delicias del amor impuro.

Un brazo del amigo infame rodeaba la cintura de la esposa criminal como la sierpe del Paraíso rodeó el cuello de la mujer primera.

El marido burlado, apenas pudo contener los ímpetus de la ira y del dolor y en los inmensos espacios donde no llega la podredumbre de la tierra, donde no se respira el aire malsano de las pasiones, ideó su venganza horrible, tremenda pero merecida.

Con tranquilidad aparente verificó el descenso; impasible volvió al circo para recibir los nuevos aplausos del público, y hasta tuvo valor para abrazar á la hembra impúdica y para tender la mano al hombre miserable...

III

Pocos días después de ocurrir la escena descrita, los carteles del circo Buffalo anunciaron con letras colosales el

beneficio del intrépido gimnasta que, como epílogo del espectáculo, verificaría una extraordinaria ascensión acompañado de su esposa y de "un distinguido caballero de la localidad" que se brindaba á acompañarles.

El **reclamo** produjo excelente **efecto**; la empresa vendió todos los billetes para la función y el circo, en la tarde del "gran acontecimiento" presentaba un golpe de vista indescriptible.

Nunca pudieron aplicar con más justicia que en esta ocasión los revisteros de periódicos la estereotipada frase de que "allí se había dado cita lo más selecto de la buena sociedad".

El público presenció con indiferencia los ejercicios de todos los artistas, aguardando impaciente el número **sensacional** del programa.

La despedida de los aeronáutas resultó imponente; la muchumbre siguió con la vista, llena de ansiedad, al mongolfier que navegaba en los aires tranquilo, como la góndola en las oscuras aguas del Adriático.

El ingeniero y la gimnasta iban en la barquilla, mudos, temblorosos, no por el riesgo que corriera, sino porque tal vez presentían algo que les helaba la sangre; por que eran presa del terror, compañero inseparable del criminal.

El hércules, dando vueltas en el trapecio, mostrábase tranquilo; ni un músculo de su faz acusaba las contracciones de la ira ó del miedo. Cuando el globo estuvo á incalculable altura, con la ligereza de la ardilla trepó á la cesta...después lo que allí ocurrió solo él y Dios pueden saberlo.

Como lastre inútil que se arroja al espacio, aquel hombre convertido en fiera por el demonio de la venganza, arrojó los cuerpos de la esposa adúltera y del amigo desleal, que llegaron á la tierra convertidos en masa informe de carnes sangrientas y huesos destrozados.

Tras ellos se lanzó el aeronauta, pero sus pies se enredaron en las cuerdas del trapecio y en él quedó balanceándose como girón de una bandera derrotada que flota á merced del hu

racán.

Aligerado de peso el globo, se elevó nuevamente con rapidez, perdiéndose en las alturas infinitas como un átomo del cosmos.

LOS DOS FENOMENOS

Rosa era la hija predilecta del director del circo; educada esmeradamente, evitó que se tratara con los artistas y ni un momento pasó por su imaginación la idea de dedicarla á los ejercicios acrobáticos. Aquella hermosa joven estaba destinada á brillar en la sociedad, por sus encantos y distinción, no á seducir al público en la pista, más que con los trabajos de fuerza ó destreza, con la exhuberancia de sus formas y la corrección de líneas de su cuerpo.

En una de las breves temporadas que Rosa permanecía fuera del colegio, al lado de sus padres, enamoróse perdidamente de ella el hércules de la troupe, un joven apuesto, de gentil figura, simpático, que en medio de la raza actual, compuesta de seres consumidos por la anemia, recordaba al pueblo griego con sus atletas, inmortalizados por la estatuaria.

La muchacha correspondió á aquella pasión desarrollada súbitamente como el incendio, con la vehemencia de los primeros amores.

Mas como la dicha dura poco, el padre de la niña descubrió las relaciones de su hija con el acróbata, y después de sostener con ambos una escena violentísima, volvió á recluir en su colegio á Rosa y despidió de la compañía al enamorado galán.

Etiempo que todo lo borra y lo destruye, no consiguió borrar en el corazón de los amantes las impresiones de un idilio muerto al nacer.

*

* *

Pasó el tiempo; desgracias de familia enlutaron el hogar de los gimnastas; la niña ya trasformada en mujer tuvo que abandonar para siempre el colegio, sus amigas de la infancia, sus primores y dedicarse á causa de la muerte de su padre, al cuidado de la pobre viuda retenida en el lecho por crónica dolencia, de unos pequeñuelos, tristes y desalentados como pájaro sin nido, de un negocio que ni conocía ni quería enten-

tender.

Pero el circo era su único patrimonio, su única herencia, herencia y patrimonio bien tristes para quien no ha respirado esa atmósfera asfixiante, en la que se mezclan los aromas de las flores con el perfume ingrato de los afeites; el olor de las bestias con el vaho infecto de una errante caravana de seres que viven la vida de los irracionales.

El director de pista, un hombre vicioso, brutal, acostumbrado solo á beber en los antros del vicio y á manejar la fusta en la arena, aguijoneado tal vez por los deseos, quizá por el interés mezquino, pero nunca por el amor, pensó en unirse con la hija de su antiguo amo; esta, seguramente por cálculo también, para que no faltase el pan á su madre y á sus hermanos, convencida de que una débil hembra no podía nunca mantener y desarrollar el negocio que la adversa suerte había puesto en sus manos, prestóse á ser victima de aquel ente degradado, á consumir un sacrificio heroico, y aceptó con repugnancia el yugo que uniría dos cuerpos, nunca dos corazones.

El marido de la pobre niña, al verse dueño de una posición con que jamás soñara, entregóse por completo á toda clase de excesos, domináronle en absoluto las pasiones, y poco á poco, la pequeña fortuna, labrada á costa de grandes trabajos é infinitas privaciones, fué desmoronándose como la montaña de arena combatida por el vendabal.

Los artistas le abandonaron, un día tuvo que vender el circo para abonar deudas ineludibles y poco después el director de la "gran compañía gimnástica" era uno de los muchos saltibanguis que recorren las ferias, embaucando á los niños con juegos de prestidigitación, en estrechas y oscuras barracas.

Pero este nueva faz "artística" del miserable titiritero no le producía lo suficiente para satisfacer sus necesidades y sus vicios, é ideó, como atractivo, presentar algo raro, un fenómeno que llamara la atención del público inocente: la "mujer barbuda", mezcla inconcebible de ambos sexos, capricho extraordinario de la naturaleza. Y para realizar su pensamien

to exigió un nuevo sacrificio de la pobre mártir que le acompañaba, y ella aceptó una vez más el papel de víctima.

En los cartelones del tenducho donde trabaja el saltimbanqui, apareció un colosal letrero anunciando la "novedad del día, el monstruo viviente", y en el interior de aquella pocilga, sobre un tabladillo, mal cubierta por andrajos de múltiples colores, se exhibió Rosa, con el rostro casi oculto por espesa y larga barba postiza, arrostrando impasible las miradas atónitas de los incautos, las bromas incultas de los libertinos, las protestas de los descubridores del engaño.

*

* * *

Una noche llegó al aduar de aquella pobre gente, pretendiendo ver al propietario, un hombre con apariencias de mendigo por su traje, de faz demacrada, de largos cabellos, revueltos y encrespados, de barba irsuta, que le daba aspecto repulsivo y aterrador.

El antiguo gimnasta salióle al encuentro y poco después departían los dos, como cariñosos y viejos amigos.

Aquel ser extraño había sido también acróbata; quedó inútil para el trabajo á consecuencia de una caída y dedicóse á "fenómeno", á presentarse en las ferias como "hombre salvaje" envuelto en trozos de piel, desgredado, en actitud feroz y temible.

Falto de contrata, iba á pedir protección á su compañero, á que le admitiera en su barraca.

El cínico explotador de la ignorancia, accedió á las súplicas del pobre diablo, y pronto se encontraron frente á frente el hombre fiero y la mujer barbuda.

Una mirada se cruzó entre ambos, mirada viva y penetrante como el fulgor de la chispa eléctrica y los dos bajaron las frentes al mismo tiempo que una palidez mortal cubría su rostro.

Se habían reconocido; eran los amantes de otros tiempos; el hércules de la **troupe** del circo y la espiritual hija de su director.

Ni una palabra salió de sus labios hoy hace ya varios meses que viven juntos y esquivan la conversación y rehuyen en contrarse, tal vez por miedo de si mismos, acaso por vergüenza, ¡quién sabe si para no renovar heridas que el infortunio abrió en sus corazones.

Pero cuando quedan solos, después de una exhibición en que el público les ha examinado detenidamente, y ha reído y les ha hecho blanco de su mofa, con precipitación bajan de los tablados y acultándose en los rincones de la caseta, rompen en llanto acerbo y desconsolador.

¡Elegía con que "los dos fenómenos" concluyen el idilio que empezaron los dos jóvenes enamorados!

EL BATALLÓN DE HOSPICIANOS

La ciudad de X tuvo una feliz idea; la de organizar un batallón infantil con los hospicianos, para que en las fiestas populares sirviera de regocijo al vecindario, ya con sus evoluciones y ejercicios, ya con los acordes de su banda de música.

Un veterano del ejército, dueño en mandar compañías de soldados aguerridos, pero poco hábil para enseñar á pequeños, encargóse de la instrucción de los muchachos, y, siempre á regañadientes, les enseñó el paso militar, el manejo del fusil, cuatro toques de corneta y el saludo de ordenanza, con lo cual bastaría para que los pobres hospicianos divirtieran al pueblo, que era de lo que se trataba.

Un buen profesor de música formó con los jóvenes más listos una excelente banda, que sin duda constituiría la nota saliente del batallón y su principal atractivo.

El primer día de la feria de X los pobres reclusos del hospicio, en correcta formación, luciendo sus uniformes de bayeta encarnada y azul, recorrieron las calles de la ciudad á los alegres acordes de una marcha guerrera, para solaz de una muchedumbre que se agolpaba al paso del diminuto ejército, saludándole con aplausos y aclamaciones.

En la plaza de toros el batallón hizo sus mejores y más difíciles maniobras, ante un público numeroso que sin cesar le vitoreaba, y los niños, esos niños mimados por la fortuna que tienen hogar y padres cariñosos, gozaron mucho, y hasta sintieron envidia ¡cosas de la inocencia! inspirada por aquellos desheredados del destino.

En cambio, cuando al terminar las evoluciones, el regimiento fué obsequiado con una frugal merienda, el coronel de aquellas tropas improvisadas, un joven de trece años, de imaginación despierta y talento natural, retiróse de sus compañeros, y oculto en un rincón del circo, lloró mucho, con lágrimas de

verdadero dolor, que le arrancaba aquel espectáculo.

Ellos los hijos del arroyo, servían de diversión á los mis mos seres que les abandonaron, y, para que el pueblo gozara, se les exigía un trabajo más sobre los que consumían sus débi les fuerzas.

¡Terrible sarcasmo de la suerte!

Estalló la guerra suscitada por las ambiciones de nuestros enemigos, y España se aprestó á mandar sus hijos á tierras le janas para que defendiesen el honor nacional y la integridad del territorio.

Legiones de soldados salieron de todas partes, prontas á la lucha; el batallón que guarnecía la ciudad de X marchó también, llevando gratisimos recuerdos de la despedida entusiasta y cariñosa que el pueblo le tributara.

Millares de personas acudieron á la estación para dar el último adiós á los bravos émulos de Marte. Lágrimas, abrazos, frases que brotaban de los corazones, confundíanse á cada momento con los vivas de la muchedumbre, con los gritos patrióticos y las notas de las músicas.

También estaba allí el batallón infantil, cooperando á la manifestación solemne y grandiosa.

Y cuando el tren emprendió la marcha, y se mezclaron sus estridentes ruidos con las últimas aclamaciones, el **coronel de** los hospicianos volvió á apartarse de sus camaradas, y con más rabia que otras veces, con mayor pena, con una pena indescrip tible por lo profunda vertió lágrimas que le quemaron el rostro, al mismo tiempo que exclamaba:

Esos soldados si que deben inspirar envidia; tienen padres que les abrazan; tienen novias que rezaran por ellos; tienen una madre común que no les olvida: la Patria.

Para nosotros no hay padres ni mujeres que nos quieran; has ta eso que llaman Patria bendita nos sirve de madrastra en vez de servirnos de madre. ¡Maldito el batallón de hospicianos!

U N I O N P O S T U M A

Jovenes ambos, en la plenitud de la vida, en esa edad en que se desarrollan las pasiones con la violencia del torrente; hermosa ella, garrido y apuesto él, se conocieron en una fiesta popular y los ojos de la moza incendiaron el volcán de amores que se ocultaba en el corazón del mancebo.

Pero ella insensible á los halagos del cariño ó fria y calculadora como ambicioso mercadre, contestaba siempre con la desesperante sonrisa de la burla á los ruegos y las súplicas del hombre enamorado. Y huía de él cuando se la acercaba sediento de una frase consoladora, de una mirada compasiva, como huye la cierva cuando oye latir los perros en el bosque.

Y ocurrió el eterno drama: él desesperado sin ilusiones, abandonó el trabajo para entregarse á los vicios, y varón honrado convirtiéndose en un sér abyecto y miserable; ella, ambiciosa, seducida por el lujo y la riqueza, prefirió al amor verdadero el falso amor que se compra y tuvo un día trajes valiosos, y alhajas magnificas, y trenes á la moda, pero solo un día, porque marchitada su belleza tan pronto como se agosta una flor entre el cieno, rodó la pendiente en que la había colocado su fatal instinto, yendo al lupanar primero, al arroyo después, luego.. ¿quién sabe?

El y ella se encontraron en el camino de perversión que recorrian, pero como en tiempos mejores la hembra huyó del mozo ahora quizá por vergüenza, y él, por vergüenza también, no le vantó los ojos del suelo para clavarlos, como otras veces, en el rostro pálido y demacrado de la meretriz.

La tisis, companera inseparable del vicio, se apoderó del organismo anémico de la desdichada, llevándola al miserable lecho del hospital.

El alcoholismo, después de oscurecer el cerebro del hombre crapuloso, empezó á destruir su cuerpo robusto, condiciéndole también al último asilo de la desgracia, donde el sér humano pierde hasta su nombre para convertirse en un guarismo.

Ambos ignoraban que les cubría el mismo techo, que la perversion ó el infortunio habíales llevado al mismo lugar.

En una noche interminable y fría del invierno, tras largos y horribles estertores, la desventurada mujerzuela abandonó esta vida, feliz para los menos, llena de torturas para los más.

Al amanecer, un amanecer tristón como el espíritu del inclusero, el amante desdeñado entregaba su alma á Dios, después de espantosa agonía.

Manos bruscas sacaron aquellos cuerpos inertes de sus camas como leñador que maneja troncos de árboles y los trasladaron á la fría losa de disección.

La ciencia escrutó en ellos las misteriosas complicaciones del organismo humano, enigma que nunca podrá descifrar, y algunas horas después, hacinados con otros cadáveres en el carro de la muerte, fueron conducidos á la insaciable fosa del cementerio.

Un movimiento brusco del carro producido por los accidentes del terreno, trastornó el orden de los despojos humanos y unió los cuerpos de la meretriz y del beodo.

Por primera y única vez conseguía el amante de otros tiempos acercarse, sin que huyera, el ídolo de sus amores.

LA DIOSA VENUS

Angeles era la moza más bella y más garrida del pueblo; su rostro de perfil griego, sus formas esculturales causaban envidia á no pocas mujeres y quitaban el sueño á muchos hombres.

Su casa hallábase constantemente rodeada por mozos avaros de conquistar aquel tesoro, pero la muchacha no daba oídos á aquellas querellas amorosas, originando la desesperación de su corte de pretendientes.

Entre todos estos había uno que, por su perseverancia en el asedio, por la resignación con que sufría desdenes y burlas sangrientas, hubiera merecido, á ser posible concedérselo, el valioso premio de la Lotería del Amor á que aspiraba.

Pero Angeles ¿cómo iba á albergar en su pecho otro sentimiento que no fuera el de la compasión para aquel desgraciado, verdadero aborto de la Naturaleza, cuyas deformidades físicas tal vez contrastarían con las perfecciones de su alma?

Un día llegó al pueblo, sosegado y tranquilo, donde se deslizaban los años juveniles de la muchacha, un artista, joven también, que había conquistado una reputación: un escultor famoso.

Prendóse de Angeles; ella en su unión con el artista vislumbraba un porvenir muy distinto del que hubiera tenido casándose con un mozo del lugar, correspondió á aquel amor, y algunos meses después el escultor y la muchacha contraían matrimonio y abandonaban la aldea, acaso para no volver á visitarla jamás.

Y al mismo tiempo desaparecía también aquel desgraciado, verdadero aborto de la Naturaleza, cuyas deformidades físicas tal vez contrastarían con las perfecciones de su alma.

La felicidad se posó en el hogar del artista: honores, riquezas, triunfos prodigábasele el destino á manos llenas, y algo que para él valía mucho más que todo eso: el amor cada vez

más grande, más intenso, más profundo, de la mujer con quien compartía su existencia.

Pero hubo un día en que la suerte, cansada de favorecer al escultor, huyó de su lado para siempre, dejándole el puesto al infortunio.

Y vinieron las desilusiones, los desprecios, las injusticias, las enfermedades y la miseria.

El pobre artista tuvo que malbaratar sus obras y un día el hambre obligó a desprenderse de la más querida, de la que constituía su mayor tesoro: un admirable desnudo de su mujer, de líneas helénicas, para el que Angeles habíale servido de modelo.

Y no lo adquirió un admirador de la belleza artística, no fué a parar a un museo, sino a una de esas barracas portátiles donde se exhiben colecciones de figuras de cera que, por regla general, constituyen un atentado al arte y al buen gusto.

El dueño de la aludida barraca adquirió la escultura para presentarla entre sus figurones a guisa de **Diosa Venus**.

El pobre enano, deforme y monstruoso, perpetuo enamorado de Angeles, al huir de su pueblo natal al mismo tiempo que lo abandonaba ella, vagó solo, sin rumbo fijo, como pluma a merced del viento, siempre triste, siempre sombrío, mendigando un pedazo de pan, ya que no podía pedir una limosna de amor.

Un día sintió azotada su alma, llena de amarguras, por las alegrías de una ciudad en fiestas.

Hallóse inadvertidamente en medio del bullicio de una población donde todo era luz, esplendores, galas; un constante inulto a su miseria y a su abatimiento.

Allí obtuvo más limosnas que de ordinario; sin duda aquel pueblo no quería que en época de diversión y de gozo hubiera quien padeciese los horrores del hambre.

El enano encontróse, sin saber como, en plena feria, y por un momento aquel mundo fantástico, para él desconocido, que se levantaba ante su vista, hizo olvidar todos los infortunios

del pasado.

Como después de haber satisfecho sus más perentorias necesidades quedábanle aún algunas monedas, decidió, por primera vez en su vida, hacer lo que él consideraba un despilfarro, permitirse un lujo á su entender reservado solamente para los favorecidos por la fortuna.

Y hombre firme en sus resoluciones penetró, decidido, en una de aquellas barracas. Exhibíase allí una colección de figuras de cera.

El enano examinó con pavor primero, con asombro después, á aquella serie de personajes, de escenas terroríficas, que más que admiración y espanto producían hilaridad por su tosca y burda presentación.

De proto un grito inarticulado, feroz, horrible, escapóse de su garganta; mortal palidez cubrió su rostro y estuvo á punto de caer sin sentido.

Acababa de reconocer en la **Diosa Venus** de aquella galería de figuras á el amor de sus amores, á la muchacha de la aldea causa de todas sus desventuras.

Cuando se repuso de la emoción experimentada cien absurdas ideas surgieron en su mente.

El quería, á todo trance, adquirir aquella estatua; no se pararse de ella jamás; pero ¿cómo? Tal aspiración era un nuevo imposible.

La lucha suscitada en el cerebro del enano duró poco; á sus pupilas asomóse un rayo de esperanza y el perpétuo enamorado de un imposible marchó febril, anhelante, en busca del dueño de la barraca.

Pidióle un puesto, el más humilde, el último de todos, entre su servidumbre, y el propietario de la colección de figuras de cera concidióselo, vislumbrando en aquel aborto de la Naturaleza un nuevo atractivo para el espectáculo.

A los pocos días el enano, disfrazado con el ridículo traje de los antiguos bufones, anunciaba en la puerta de la barraca la gran galería de celebridades y el incomparable museo artístico; luego, en el interior, explicaba al público las

figuras, y siempre al detenerse ante la **Diosa Venus**, mortal palidez cubría su rostro; ahogábasele la voz en la garganta y si alguien se fijaba con demasiada atención en la escultura ó pronunciaba una frase grosera, sentía un deseo invencible, feroz, de estrangularle entre sus nervudos brazos.

En una feria un extranjero, aficionado á las Bellas Artes, enamoróse de la estatua é hizo proposiciones á su dueño para comprarla.

Hombre caprichoso y rico ofreció por ella mucho más, no de lo que había costado á su poseedor, sino de lo que en realidad, valía, y quedó concertada la venta.

Cuando el enano supo la noticia parecióle que el mundo entero se le desplomaba sobre la cabeza; dejar de ver para siempre aquel retrato fiel del ídolo de sus amores; no extasiarse más en su contemplación, era perder la única dicha de que gozaba; era sumir su alma en un infierno horrible de torturas. ¿Mas cómo impedir que le arrebatasen su tesoro?...

Una mañana, muy temprano, el extranjero, acompañado de sus sirvientes y del dueño de la barraca, presentóse en ella para llevarse la escultura.

La humilde caseta de tablas y lienzos estaba cerrada aún; dentro hallábase el pobre enano que pasaba allí las noches en vela, custodiando aquellas figuras como el perro custodia la hacienda de su amo.

Los visitantes llamaron varias veces á la puerta, pero nadie les contestó; alarmados por el silencio decidieron forzar la cerradura, y cuando lograron penetrar en la barraca un espectáculo horrible se presentó ante sus ojos.

Al pié de la **Diosa Venus** hallábase el cuerpo sin vida del enano, en medio de un charco de sangre.

El miserable aborto de la Naturaleza, el infeliz amante sin fortuna, se había atravesado el corazón con una daga.

(BOCETOS SOCIALES)

LAS VISITAS

(MANUSCRITO INEDITO DE ENRIQUE ROMERO DE TORRES)

Tilín... Tilin... ¿Quién? Gente de paz. ¿Estan los señores? No se, voy á ver... Oyense fuertes murmullos desde la puerta. La criada ha anunciado que hay visita á su ama Doña Telefora, que con un delantal muy socio, sus medias de lana, sus babuchas de vendo y una mugrienta reddecilla con la que sujeta sus escasos cabellos, se ocupa en condimentar varios trozos de merluza para el almuerzo. Son las doce de la mañana, hora en que aun no han terminado las haciendas, y á Da Telefora y á su niña Casildita las han sorprendido de trapillo. Los señores de Sanchez, acompañados de la criada, entran en la antesala, con sus dos niños, en el momento que Da Telefora con la cara como un tomate, busca en vano sus adorados postizos, y sin saber lo que hacer trémula y agitada, arregla un desaliñado trage delante de un espejo, al par que exclama Dios mio, que imprudencia, Maldita una y mil veces sean esta primera visita, y roga de furor llama á su hija y le dice con angustioso acento: Mujer id tú y recibelos que estan hace ya unas horas solos. Si yo de esta manera voy á salir contesta la remilgada niña.

Pues entonces, si te parece saldré yo, exclama la mama con creciente cólera. Tú al menos dice la inexorable Casildita ya no tienes edad de presumir y á tí es á quien corresponde... Doña Telefora, dada al demonio porque el espejo le es infiel sus postizos y por la negativa de su hija, sale de la habitación como una vaca brava del triguero, diciendo á casildita, bestia, animal, coquetuela, ya me las pagaras; y dirigiendo una mirada furiosa, le tira la polvera de cristal que halla á mano, rompiendose con estrépito. Balbuceando, lívida, hacien-

do un supremo esfuerzo por transformar su encolerizado semblante en otro amable y risueño, exclama con expresión equívoca al aparecer ante sus visitantes....

...Adios, señores...tanto bueno por aquí...Dichosos los ojos que ven á ustedes...¿A qué debo tan agradable visita? Pasar pasar aquí, y dirigiéndose á una puerta cerrada, entran en una habitación que por su antiguo mobiliario, y por el orden en que está colocado indica que es la sala de recibo.

Don Casimiro, que estaba afeitándose en la antesala en el momento que la visita entraba en ella sorprendido y no teniendo mas puerta de escape que la de la sala antedicha, instintivamente se mete en ella con la cofaina, toalla, navajas, y demas adminiculos, yéndose á ocultar debajo de un enorme sofá.

Su esposa Doña Telesfora, después de darles un millón de satisfacciones por la manera tan desmedida como los recibía, maliciándose que su marido ha escurrido el bulto, lo escusa diciendo que está en la calle. Los señores de Sanchez, después de hacer un detenido examen de Doña Telesfora y de toda la habitación y de dirigirse mutuamente una mirada burlona, llaman al orden á uno de sus pequeñuelos que se entretiene con jugar con un caprichoso juego de café que hay sobre un velador. Degenle ustedes que se entretenga, pobrecillo, exclama Doña Telesfora con falso acento. Dame un beso hermoso, mira que guapo eres, y trata de acercarlo á un lado para quitarlo de aquel sitio: pero el niño se conoce que está muy mal educado y se hace el sordo á las caricias de la señora y á las amonestaciones de sus papás y sigue jugando impassible con aquellas piezas de china.No han trascurrido dos minutos de conversación, cuando se oye un estrépito horroroso, al par que una voz sorda y fatigosa exclama...Maldita la hora en que vinieron. Esta era la del pobre D. Casimiro que aprensado en su escondite teniendo los pies del señor Sanchez en las narices y observando debajo del sofá sin poder impedir lo que hacía aquel niño sal

vaje, no pudo por menos que desahogarse cuando vió volcado en el suelo el velador y hecho mil pedazos el único regalo decente que le hizo su suegra (que en paz descanse) Ay que desgracia tan grande! exclaman todos á una voz mientras el papá dá de cogotazos al niño autor de ella.

Doña Telesfora, haciendo de tripas ccrazón, se hace defensora del niño, diciendo que son travesuras de la poca edad, y consigue sentarlo á su lado; pero un hermanito que habiéndose fijado, desde que entró en una navaja de afeitar que había próxima al sofá, se decide á cogerla y al agacharse percibe la cara de D. Casimiro, el cual se queda sin pestañear, mirandolo y frio como el hielo.

¡Papá, papá, aquí debajo hay un hombre! exclama con la alegría del que tropieza con un importante hallazgo, pero viendo que su papá no hace caso, llama á un hermano, el cual en este momento dega de gemir y se acerca alborozado...Si...Si que hay un hombre...Ch... ch...chece...Miralo papá, exclaman los niños azorados y risueños. Doña Telesfora cae enseguida en lo que es, y con rostro color de pergamino trata de desorientar á la visita diciendole...Cosas de niños. Será el perro que alguna vez se echa debajo del sofá.

Niños cuidado con que os vaya á morder. Papá, papá: miralo si no muerde, si es un hombre (En este instante hubiese querido Don Casimiro volverse león) Por fin viendo la obstinación de los chiquillos, el señor de Sanchez mira, y soltando la carcajada, dice: Pues es verdad:

Doña Telesfora no sabe que decir y esclama...Ladrones...Ladrones. Su hija Casildita, que termina de darse la última pincelada, entra asustada sin saludar á nadie pidiendo socorro con toda la fuerza de sus pulmones: los niños rien, patean y arman tal escándalo, que acuden varios vecinos D. Casimiro, corriendo de verguenza, con la cara á medio afeitar, y lleno de telarañas, se sale del escondite diciendo muy turbado: ¡Seño-

res soy yo, soy yo, no aforase...Ustedes me dispensarán...pero...antes que vinieran...estabamos jugando mi esposa y yo al...exordite y me acuerdo que me escondí aquí y me...quedaría dormido, hasta que me habeis despertado con vuestros gritos.

Los señores de Sanchez rien á mas no poder, y aprovechando esta ocasión se despiden, haciendo mil comentarios. Doña Telesfora furiosa, abochornada y renegando de sí y de todas las personas, cuyo talento no les hace ver lo perjudiciales que son las visitas, pateo, llora, quedase en ademán furioso y quiere tirarse del pelo, pero se acuerda que lo perdió hace a ños y cae victima de un accidente:

Malditas las visitas...Maldita la sociedad...luego me dicen que soy insociable, exclama D. Casimiro.

Casi siempre ocurre lo mismo, dice el vecino D. Policarpio al enterarse de lo ocurrido. Las visitas vienen á producir grandes trastornos en el seno de las familias. Cuando no es por una cosa es por otra...El caso es que la sociedad actual no permite que vivamos tranquilos en nuestras casas. A lo mejor nos despiertan á las ocho de la mañana un señor con sombrero de copa, según nos dice la criada, que manifiesta vivísimo deseo de vernos: nos vestimos deprisa y corriendo sin poder labarnos ni la cara para que no espere mucho este persona je, que luego resulta ser un comisionista que nos viene á dar la mañana...Pues señor estamos almorzando, y tenemos que levantarnos y degar enfriar las patatas, porque nos viene un ve cino á ofrecer su casa que para nada queremos, mientras los gatos, aprovechandose de la ocasión, nos degan en ayunas.Tengo un amigo D. Casimiro, que el otro dia lo sorprendió una vi sita cuando estaba en calzoncillos blancos curandose un ojo de gallo.A veces tenemos dolor de vientre, de muelas... ó nos duele cualquier cosa ó estamos de un humor irresistible, y te nemos que escuchar con rostro sonriente á un importuno que nos habla de lo suyo y de lo ageno, y que no teniendo en que in-

vertir el rato, nos hacen el honor de pasar la tarde ó la ma
ñana con nosotros y...que sudores...que martirio nos hacen
sufrir, haciendonos maldecir, hasta el dia que hemos nacido.

Estamos con nuestra costilla á la greña, tirandonos los
trastos á la cabeza y un amigo imprudente que ha encontrado
la puerta de par en par se llega hasta nosotros y vacilante
nos dice ¿molesto?...y arreglando nuestro rostro como Dios
nos dá á entender, con humilde gesto exclamamos...Como usted
por aqui, querido,...tanto bueno adelante ¿no sabe que en mi
casa no molesta?.

En fin Don Casimiro, todo en la sociedad es falso: todo es
una pura hipocresia, y si los aficionados á visitas, despoja
dos del amor propio que les ciega, conocieran como yo conoz-
co las molestias y perjuicios que causan y las maldiciones,
las murmuraciones, ó las burlas de que son objeto en cuanto
vuelven la espalda... no pondrian los pies en casa alguna, y
los conocidos se verian solo en la calle ó en el paseo y al
paso.

Asi es, que no estraño, cuando por mi mal tengo que ir á
ventilar un negocio, á alguno casa oír á la criada ó al cria
do con énfasis decirme "el señorito me ha encargado diga á
usted que ha salido y no está en casa".

E. R.

!! A VERANEAR!!

Estamos en la época más divertida del año para aquellos que, echando una **canita** al aire, pueden gozar de las frescas brisas y de los atractivos con que nos brindan todos los puertos de nuestro litoral; pero para las demás personas que no podemos **echar nada** á ninguna parte, quedándonos en Córdoba sudando la **gota gorda**, y sufriendo con resignación heroica los rigores de la estación, sin más medios para refrescarnos que irnos a bañar á "La Caleta", ó para mayor economía, darse duchas en casa con regadera; y de noche, para que no seamos víctimas de la asfixia ni de los mosquitos y de otra multitud de seres que nos ponen el cuerpo como un San Lázaro, sacar la **ca**ma al balcón, á la verdad no puede ser más aburrida.

Conozco una señora que la otra noche llamaba á voces al sereno del distrito; alarmados algunos vecinos, preguntaron qué había sucedido, á lo que contestó el sereno:

-¡Nada! es una señora que me ha llamado para que le ayudara á matar chinches.

Hay muchos que se contentan con ir á la estación de los ferrocarriles para ver las familias que nos dejan para trasladarse á cualquier balneario, y darle un fuerte apretón de manos á aquellas conocidas, diciéndoles:

"Hastala vuelta..."

-Dichosos ellos que se van á veranear y dejan **es**te infierno, decía el otro día un señor con la cara encendida como un pimiento limpiándose el sudor del cuello, á una familia que se despedía de sus amigos en el andén.

-Tiene usted mucha razón, don Policarpo, exclama una señora que con una capota de jipijapa y un impermeable á guisa de saco de viaje, sostiene en el vagón una animada conversación con los demás viajeros. ¡Es una delicia veranear! -dice- por que además de darse en la sociedad buen tono, los viajes ilustran muchísimo; escuso decir a Vds. que desde que voy dos años seguidos a Huelva por esta época, ya sé leer de corrido y poner mi firma sin que me lleve la mano mi marido.

-¿Oyes Torcuato mío? -dice dirigiéndose á este -parece que fue ayer cuando nos casamos y que hoy vamos á pasar nuestra luna de miel en Algeciras.

¡Qué tiempos aquellos! Te acuerdas cuando por las mañanitas temprano me sacabas del brazo á la playa, y me atabas con la sogá del pozo para que no me ahogase, y mientras me bañaba tú tirabas tironcitos de la sogá y me decías cosas que a mí me gustaban mucho?

-Macedonia muger, no seas tonta y no saques trastos viejos á relucir, dice don Torcuato con las mejillas color de almagra.

-No parece que ahora no me quieres tanto, exclama doña Macedonia herido su amor propio.

Aquí donde lo ven ustedes, me quiere más que a las niñas de sus ojos: ¡con decirles que el otro día por poco me lo dejan tuerto por haber pedido una satisfacción á un carabinero que no quiso de jarme la acera!.

-¡Qué felicidad! exclama una señora ya jamona también que va a loa baños á curarse un bulto que ostenta en la mejilla izquierda, consecuencia de un puñetazo que le dió su marido en cierta ocasión, por no tenerle listos unos calzoncillos blancos...

Y el silbato de la locomotora puso término á una multitud de conversaciones análogas a éstas.

Hay personas que cuando regresan de veranear traen el cutis como el **becerro mate** y le dicen a uno lo divertida que ha estado esta temporada en San Sebastián; de las relaciones que se han hecho; que casi todos los días han almorzado con los prohombres políticos; que se han hecho íntimos amigos de Sagasta, Romero Robledo, Martos y Silvela; que este último les ha ofrecido para la primera combinación de gobernadores que haya, un gobierno ó una secretaria, y por último, que hasta la Regente ha demostrado vivísimos deseos de conocerlos.

A lo mejor, se entera uno sin querer, que donde han estado pasando la temporada veraniega, ha sido en una posesión de Sierra Morena y que se han contentado con bañarse en una alberca.

Entonces nos explicamos perfectamente lo tostado del rostro.

-Nada, nada, hay que hacer un sacrificio, la sociedad lo exige, es preciso veranear.

Así decía una señora conocida a su marido, empleado en una fábrica de fideos, con 5.000 reales.

Según tenemos entendido, por no haber accedido este á sus deseos, su **costilla** ha entablado el divorcio.

Interrogándola el juez, por qué motivos se separaba de su compañero, ésta contestó con el mayor deparpajo:

-Porque no quiere llevarme a veranear.

Miro el termómetro y marca 46 grados sobre cero. Voy a terminar este artículo antes que me asfixie.

Si en este momento fuera yo el juez, fallaba el pleito á su favor.

Enrique ROMERO

LOS NIÑOS

Esto no se puede sufrir, Demetrio! Es absolutamente imposible ir con estos niños á parte alguna. Te lo he dicho más de una vez. No sabes el rato que me han hecho pasar en casa de don Braulio, nuestro amigo. Te lo juro por mi salud: ¡No vuelvo a salir más con ellos aunque me crucifiquen! -decía doña Ruperta, montada en cólera, á su marido, hombre de mucha cachaza, y que disfrutaba viendo á su costilla sofocada hablando de las imprudencias que á cada momento cometían sus dos hijos de corta edad, Pepín y Periquito.

-Vamos a ver, ¿qué te ha pasado? decía con sorna don Demetrio. Sin duda no te habrá sentado bien al na gracia de mis chiquitines.

-¡Hombre, eso faltaba! que te burlaras de mí y que probaras las gracias de tus niños. Si te hubieras encontrado en mi lugar!... Figurate que hablando de la gira de campo á que asistimos el domingo, dije á la familia de don Braulio que habíamos llevado dos pavos muy hermosos: y al oír esto tus hijos, me comenzaron á decir á duo:

-¡No! ¡no! Mamá, un gallo, un gallo nada más; aquí tengo yo el buche, decía Periquito soplándolo.

Más no quedó la cosa en esto: decía yo que mis niños comían mucho y bien, y que por las mañanas, después del desayuno, se almorzaban un par de huevos fritos cada uno, un beffteaf y una taza de café ó chocolate con manteca en pan.

Pepín que oye esto (porque el otro estaba distraído jugando) exclama:

-¡Ay, mamá! Yo quiero almorzar eso mañana; ya estoy hartito de sopas de ajo y de las papas en ajo po-

llo que me das por las mañanas, y no quiero que me digas que así que sea padre comeré huevos. En fin: como estas muchas; te digo que tus hijos me van a quitar la vida. Más valiera que en vez de reírles las gracias los educaras mejor, Demetrio.

En esto la criada se presenta anunciando á los señores de Gómez que venían a ofrecer su nueva casa, y la conversación queda cortada...

-¡Recíbeios tú, Ruperta! Diles que no estoy, que me he ido al campo- díjole el marido metiéndose en la alcoba y derribando en su aturdimiento un velador lleno de objetos de china, produciéndose el natural ruido.

Dos minutos después, doña Ruperta recibía á don Serafín y á doña Catalina su digna esposa, y cuando estos con sentidas frases expresaban su disgusto por no encontrar á don Demetrio en casa, entra en el gabinete Pepín con varias guedejas de cabello en la mano y un bote al parecer de tinta, diciéndo á voz en gritos:

-Mamá, mamá, sabes que papá está jugando al esconder con la criada, y me ha dicho que me vaya, pero que no venga aquí porque hay visita.

Los señores Gómez se echan a reír y para disimular la imprudencia del niño, le pidieron un beso y se deshicieron en elogios de su vivacidad y belleza: pero doña Ruperta, con el rostro encendido y la vista extraviada, trata de explicar las palabras de su hijo, á quien pellizca disimuladamente, y comete mil torpezas.

Pepín chilla y exclama:

-¡No me pellizques, que es verdad!

Y comprendiendo don Serafín la situación violenta de la dueña de la casa, trata de ir en su ayuda, y

llama á su hijo.

-Ven hermosísimo. ¿Cómo te llamas?

-Pepín, para servir a Dios y á V., contesta el niño mirándole con desconfianza.

-¿Qué tienes en la mano, nene?

-Los postizos que mi mamá se pone cuando va á salir y el bote donde moja el cepillo para teñirse las canas.

No ha terminado de decir esto, cuando su madre echa un energúmeno exclama:

-¡Ay Dios mio, qué cosas tienen los niños! ¡Quién le habrá dicho cosa semejante!

-El ama. el ama me lo dijo ayer cuando estaba haciendo la cama, y me encontré en el colchón la dentadura de papá -gritó Pepín triunfante, mostrando ufano el bote y los postizos, y con los cuales golpeaba á compás el sombrero del visitante.

Doña Ruperta, ya frenética, comienza á decirle al mismo tiempo que le da de cogotazos:

-¡Calla! embustero, habladorcillo, vete de aquí al momento.

-Déjele usted señora, son cosas de niños -murmuraron los consortes. A los gritos de Pepín acude Periquito, el cual pone término á la escena.

Los señores de Gómez hacen como que nolo ven temiendo que al hacerle una pregunta dé lugar á otro conflicto; pero Periquito se conoce que está tan mal educado como su hermano, y después de examinar con la curiosidad propia de la infancia á la visita, hace la siguiente pregunta á su madre:

-Mamá esta señora es la que tú dices que es muy fea?

La mamá, la señora, y su marido se hacen los desentendidos.

Doña Ruperta más que roja, ya morada, trata de subir la voz y hablar deprisa, para que no oigan las majaderías del imprudente niño.

La visita viendo que la cosa se empeora por momentos, se levanta y ambos esposos se despiden con frases muy corteses de aquella pobre mártir.

No han bajado todavía la escalera cuando se oye una voz infantil que exclama en alto diapasó:

-Gracias á Dios que se van ustedes, jaquecosos! Esta era de Pepín que de aquella manera tan brusca como franca, se vengaba de los cogotazos que le había dado su madre.

Doña Ruperta, corrida de vergüenza, no puede aguantar más, y cae al suelo víctima de un accidente.

A los gritos y voces de socorro, acude la criada, y los señores de Gómez aprovechan la ocasión para salir de aquella casa haciendo mil diversos comentarios, repitiendo el adagio vulgar que dice: "los niños y los locos dicen las verdades".

-Y es así, en efecto, nos decía un señor amigo nuestro á quien yo refería días pasados el anterior sainete.

-Dígame usted a mí; yo estaba enamorado de una chica cuya familia daba reuniones con frecuencia; hice que me presentaran en ellas, con objeto de poder hablar de cerca con mi adorado tormento. Yo estaba loco de alegría, cuando una noche que estaba bailando un rigodón con Pepita -que así se llamaba- se me acerca un hermanito suyo de siete á ocho años y me dice:

-Que se vaya usted de aquí, asaura, y no hable más con mi hermana, que mi papá dijo ayer que lo vá á echar á la calle el día menos pensado y le vá romper á usted un hueso.

-Mira Alfredito, cállate y vete de aquí, embustero -decía Pepita con la cara encendida como un pimientito.

Ya se puede usted figurar cómo tendría yo la mía.

-Sí, sí, que es verdad -repetía Alfredito- y mamá dice que es un sietemesino cursi, que le dá tres patas en la boca del estómago: y tú misma dices que parece un mameluco.

Pepito llama a su madre y esta entera á la reunión de la gracia del niño, siendo yo el blanco de las miradas por algún tiempo, hasta que, como Dios me dió a entender, salí e aquella casa para no volver jamás a ella.

Desde entonces me gustan mucho los chiquillos, por que aquel niño me desengañó en un momento, y de buena fé, de lo que hubiera sido imposible desengañarme.

Noches pasadas -créame usted- no sé lo que hubiera dado por ser niño, para llamar ¡animales! con todas las fuerzas de mis pulmones, á unas señoras que á la salida del teatro me reventaron un lobanito que tenía en la espalda desde el año 69.

Con los niños no caben hipocresías ni engaños, ni tanta farsa como existe en la sociedad, perpetuamente enmascarada.

Nada soy partidario de los niños.

¡Felices ellos que pueden decir siempre lo que sienten!.

Enrique ROMERO

V a r i e d a d e s

NOCHEBUENA

He aquí una noche en que parte de la humanidad (sino toda) procura pasarla en medio del mayor entusiasmo y alegría.

Una de las familias que no dejan de celebrar con gran solemnidad esta memorable noche, es la de D. Maximino Mostaza, antiguo y pundoroso empleado en el ramo de correos, que por económico y haber aprovechado muy buenos tiempos, tiene la ventaja cuando llega la ocasión, de poder echar una canita al aire muy holgadamente; y prueba de ello es que no queda persona alguna conocida en el barrio que no sea invitada por éste á cenar y al ratito de juerga que después de la cena sobreviene en una noche de regocijo como esta.

Su esposa doña Catalina, amiga de las buenas relaciones y encargada de hacer el convite, acordándose del vecino don Nicasio Yanguas, capitán del ejército retirado, dice á su marido: -¡Oye Maximino! no estaría mal invitar á D. Nicasio para esta noche, puesto que se trata del vecino de la casa junto que se disgustaría si no le invitásemos, y además de ser una persona de bastante influencia podría servir de mucho el día de mañana y especialmente cuando entre en quintas Manolito.

-¡No piensas mal Catalina! siempre es bueno estar bien con ciertas personas.

Y dicho esto, D. Nicasio es invitado con un atento B.L.M.

-Y no hay que perder tiempo, dice doña Catalina: tú, Aniceta, empieza por sacar el bacalao del agua, que eres ya una mujer y no te se mueve el alma para nada: yo cuando tenía tu edad le ayudaba en muchísi

mas cosas á tu abuela que esté en gloria.

-Sí, decía Aniceta, herido su amor propio, pero no le arreglarías los postizos tan bien como yo te los arreglo.

-¿Qué tiene que ver eso con lo otro, insolente?

-Y dime, ahora que hablas de postizos, dónde están que no he podido peinarme?.

En esto que aparecen Manolito y Pepe con un portal de Belén en cuyo techo imitando á chamiza se ostentaban los restos de los postizos bañados en cola.

Doña Catalina se desmaya. Aniceta comienza á llamar a voces á su papá. Manolito y Pepe con dos enoemes zambombas cantan villancicos con gritos desaforados delante del **Portal de Belén**, mientras los gatos aprovechando esta ocasión se llevan casi todo el bacalao.

A este escándalo acude D. Maximino, el cual, creyendo que se hundía la casa, corría á todo esto escape á salvar á su familia.

Enterado por Aniceta de todo lo que ocurre, tranquiliza a su señora, prometiéndole comprar otros mejores antes de la noche para que pudiera recibir á los convidados.

Cuatro horas después, el matrimonio y la pollita reciben á las personas invitadas con la mayor satisfacción del mundo: ya están todos reunidos y echando de menos á D. Nicasio, cuando aparece con un chiquillo colgado de cada brazo pidiéndole el aguinaldo; éste desentendiéndose del sablazo de sus opresores se hace el distraído, pero al fin accede (por compromiso se entiende) delante de D. Maximino, padre de aquellos niños mal educados, dándoles á cada uno una peseta.

-(¡Buena entrada he tenido! dice para sí).

Después de saludar á todos y dar las gracias á los dueños de la casa por la deferencia que le habían dispensado, va á tomar asiento en el momento en que Manolito coje la silla para hacer lo mismo, y cae al suelo hecho un obillo.

Todos asustados se levantan creyendo que se ha hecho daño, y D. Nicasio, ayudado por varios señores, puede al fin ponerse en pie.

¡Manuela, tréte un vaso de agua! ¡¡vivo!! decía doña Catalina, mientras su marido daba de cogotazos a Manolito por la imprudencia que había cometido.

-Tranquilícese V. señora, no ha sido nada; ni V. tampoco, D. Maximino, se sofoque, esas son travesuras de la poca edad.

-Aquí está el agua...

-Vaya D. Nicasio, beba V. para que pase el susto.

Pero no había bebido dos tragantadas cuando devuelve el agua tosiendo estrepitosamente y diciendo con mal comprimida cólera: ¡señora! no acostumbro a beber en estos casos **Aceite de hígado de bacalao**.

Doña Catalina, muy predispuesta á desmayos, cae por segunda vez: todos acuden a ella, excepto su marido, el cual está auxiliando y dando una satisfacción á D. Nicasio que con la caída y los efectos del agua, no se puede valer.

-¡¡Manuela!! ¡Manuela! exclama don Maximino.

-¿Qué se le ofrece a V. señorito?

-¿Dime qué demonios has traído en este vaso de agua?

-¡Ay señor! perdone V. que inadvertidamente he llevado el vaso en que tenía una tajada de bacalao para comérmelo crudo.

-¡Cuidado con que ocurra otra, Manuela! que ya me tienes muy harto.

Doña Catalina vuelve en sí, y se deshace dando sa tisfacciones á D. Nicasio y maldiciendo el gremio de las pobres chicas.

Después de referir un caso análogo un convidado, entró la criada participando que la cena está ya pues ta.

-¡Vaya! pues cuando ustedes gusten; y puestos todos en marcha toman asiento en torno a la mesa.

Durante la mitad de la comida había reinado en la mesa la más perfecta cordialidad; pero Pepito regado por su papá por comer con los dedos, coje el tenedor y como no estaba acostumbrado a manejarle, al trinchar una sopa, es despedida por éste, la cual va a parar en un faldón de la levita de D. Nicasio.

-¡Buena noche nos espera, dice el capitán!

Y puesto de pie no hace más que limpiarse con la servilleta y observar al niño á ver si despide otra.

Esto dá lugar á los brindis y á un ratito de bro ma, el cual pone término á la cena.

-¡Ea, pues á bailar! dice D. Maximino al elemento joven.

Empieza por fin el baile; cuando queriendo también tomar parte en él Manolito y Pepe entran tocando los panderos y haciendo muchas gracias, las cuales divierten á los contertulios; menos á don Nicasio que teme le hagan alguna barrabasada más: en efecto; no han trascurrido dos minutos cuando Pepito, que es taba demasiado alegre, cogiendo el sombrero de copa del capitán, empieza a darle fuertes golpes con un palillo de una silla, imitando el toque de un tambor: no contento con esto se lo pone, lo tira, hace mil tonterías y, por último se sienta encima de él.

La faz de D. Nicasio mudada de colorcada vez que recibía un golpe su sombrero, y viendo que los papas

estaban distraídos y veían aquella gracia, llama al niño para darle un besito por lo gracioso que era y á ver si de este modo podía arrebatarse el sombrero.

El niño acude enseguida, y al dárselo puede al fin conseguir lo que deseaba.

Pero nunca lo hubiese hecho; Pepito se fija en un guardapelo que llevaba y trata de arrancárselo; D. Nicasio por otro lado hace por quitarse aquella cataplasma de encima, pero en valde: Pepito viendo que no puede lograr su deseo, llama á su hermano para que le ayude, y entonces se entabla una lucha entre los tres, dando por resultado inmediato la caída (por segunda vez) de D. Nicasio y el hacerle trizas la cadena.

Este se levanta diciendo: una y no más Santo Tomás.

Esto da lugar a varias bromas y después de recitar una andaluza doña Catalina, muy en boga allá en sus buenos tiempos, la tertulia acuerda ir á misa de Gallo.

D. Nicasio se excusa diciendo que se le ha olvidado la capa: eso no importa; aquí tiene V. mi carril á su disposición, dice D. Maximino, y trayéndolo en el brazo le hace que se lo ponga.

D. Nicasio por fin accede; pues lo que tiene gana es salir de aquel infierno, y después de haber dejado doña Catlina los niños acostados, pónense todos en marcha.

No habían andado tres calles cuando tropiezan con uno borrachos, los cuales llamándoles la atención la original figura de nuestro protagonista, empiezan por burlarse de él; D. Nicasio se dirige á ellos á pedirles una satisfacción, lo cogen en brazos, lo mantean

y, por último, le quitan la peluca.

Durante este espectáculo desconsolador, toda la tertulia pide socorro con todas las fuerzas de sus pulmones.

Acuden dos serenos, y gracias á sus esfuerzos, pueden arrebatarse al infeliz de aquellos agresores.

Lo recogen casi exánime; le abrigan la cabeza con una cariñosa, y es llevado en brazos por toda la comitiva a su casa.

D. Nicasio vuelve en sí al entrar en ella, al mismo tiempo que pasaron unos muchachos cantando con alegría:

¡¡¡Esta noche es Noche Buena...!!!

Enrique ROMERO.

V a r i e d a d e s

PRELUDIOS

La feria se aproxima. En todas aprtes se ve brotar la animación, la vida; los albañiles, los carpinteros, los pintores de brocha gorda, los herreros, todos trabajan dando punto por ahora á la demanda de ocho horas; ganan su jornal, comen y callan ¡es encesario ganar para la feria! El paseo de la Victoria, donde aquella asienta sus reales, se ve muy concurrido no solo por los obreros que con actividad levantan las que han dado en llamar morunas tiendas, si que también por gran número de personas que por mañana y tarde acuden impacientes á aquel bello paraje á ver los trabajos precursores de la celebrada fiesta, que ya se la pintan en su mente con sus atractivos y dulzuras, haciéndoseles la boca agua...

Aumenta de noche el tránsito en las calles, las tiendas de comercio se engalanan, los muestrarios se llenan de bellísimos objetos, dispuestos de manera, que reduzcan la vista y vacien los bolsillos de propios y forasteros; joyerías, platerías, ultramarinos y toda clase de almacenes y depósitos, se aprestan ataviados con sus más bellas y engañosas galas, á cazar á los incautos; los talleres de sastres y modistas trabajan sin descanso hasta altas horas (sin contar las ocho) de la noche, para complacer á sus impertinentes parroquianos, que pasan todo el tiempo dando priesa á que terminen sus trajes para el día tan esperado, haciendo por su parte el propósito firmísimo, de no pagar aquella cuenta, ni las deudas

que con aquellas mismas casas desde antiguo tienen
contraídas; por todas partes se ven esas caras des
conocidas, que ó nada dicen ó dicen mucho, que in-
dican ser forasteros y dispuestas todas, según su
clase, condición ó estado, á pasar la feria lo me-
jor posible.

EL PERIODISTA DE PROVINCIAS

Muchas personas creen que el periodista es uno de los seres más privilegiados que existen en el mundo; que pasa la vida feliz, enterándose, antes que nadie de los sucesos más importantes acaecidos en la humanidad, comentándolo á su manera; que es el primero que sabe como sigue de salud el Zar de Rusia, lo que almuerza todos los días, la nueva trenza que usa el emperador de la China, y si Edison está inventando un aparato para curar sabañones.

Que tiene siempre buen humor para escribir, y que en todas partes se le considera y distingue.

Pues yo creo que á pesar de todo es un mártir.

Intérprete de la opinión pública, unas veces con razón y otras sin ella, tiene que ir donde aquella lo lleve.

Si es político, entonces sí que está divertido: tiene que aguzar su ingenio para sacar partido de cualquier cosa.

Tiene que seguir paso a paso á la política, interpretar la según los intereses del partido en que milita, unas veces atacando al enemigo y otras batiéndose en retirada; pero siempre luchando, y siempre expuesto á que le rompan un hueso.

Tiene casi a la fuerza que ocuparse de cosas contrarias á su modo de pensar, y que nada le importan, sopena de crearse muchos enemigos, y que nadie lo mire a la cara.

A lo mejor está escribiendo en su redacción, abrumado por un cajista que le pide original, y entra un señor, el que después de muchos cumplidos se sienta y le dice:

-Pues venía á que me hiciera usted la amabilidad de leer este artículo que he confeccionado en los ra

tos que no tengo oficina; por que ha de saber usted que yo soy oficial primero en Pósitos, y muy aficionado á los estudios agrícolas.

Todos mis compañeros se han empeñado en que escriba algo sobre agricultura, hoy por desgracia tan decaída en nuestro país. Mi señora me dijo ayer al levantarse: -Hilario tú debiste nacer para el campo según la afición que a éste le tienes. Todas las noches me despiertas con tus pesadillas y no haces más que nombrar la vertedera y el arado.

Así es que desearía viera la luz pública en su ilustrado periódico. -¿Cómo se titula? dice el periodista cansado ya de oír tanta majadería.

-"Consideraciones acerca del nabo y la batata y de los beneficios que estos tubérculos prestan a la humanidad." -Bueno ya lo leeré; porque ahora estoy muy de prisa. -¿Cuándo saldrá? -Hombre allá veremos ¡Y el autor hace hora en la redacción para entrar en la oficina, entreteniéndolo al periodista con multitud de preguntas necias, hasta que este se ve obligado á plantarlo en la calle. Don Hilario no obstante pregunta:

-¿Cuándo vendré a corregir la pruebas?

-¡Hombre no venga usted en su vida! exclama ya el director del periódico dándole con las puertas en la cara.

No han pasado dos minutos, cuando entra un suscriptor vivamente impresionado, con la sana pretensión de que se ocupe el periódico del parto laborioso que ha tenido su señora, que gracias á Dios ha dado por fin á luz un chiquillo que parece una ternera.

-Todo el mundo dice que se me parece a mí más que a su madre, dice el padre de la criatura lleno de júbilo -si viera usted que gracioso es! ¡Ah! se me ol-

vidaba: puede usted decir que en la rabadilla ostenta un gran lunar de pelo, igual al que tenía su abuelo materno que esté en gloria, y que en el pie derecho le falta el dedo gordo.

A cada momento no deja de entrar y salir gente de la redacción, que viene siempre con peticiones análogas. ¡Hola señor Director! -¿Qué tal? ¿Quiere usted algo para Alcaracejos? -No gracias, feliz viaje.- Allá veremos si resulta feliz; porque me voy con el cosario que es muy animal, y temo que voquemos en el camino que está imposible. Desearía que al dar cuenta de mi viaje, diera una puntadita acerca del abandono en que se encuentran las carreteras. Y así sucesivamente, el periodista tiene que oír al día multitud de impertinencias.

Conozco una señora que todos los años el día de su santo invita á un periodista amigo mío, con objeto que se ocupe en su periódico de la reunión que da con tal motivo.

-¡Ay! venga usted -le dice la señora cogiéndolo del brazo- voy a enseñarle el comedor a ver qué le parece. Porque ustedes, los periodistas, para hacer bien una reseña, no deben de omitir ni el más pequeño detalle. Hemos estado mi niña Casildita y yo partiendo jamón dulce una semana, y además, de todas las botellas que está usted viendo, tengo docena y media de reserva. Fijese usted bien en la inscripción con letras de dulce que aquel pavo trufado tiene en la pechuga. Antes que se vaya le entregaré la lista de los convidados. ¡Cuidado con que vaya usted a equivocarse el nombre de mi niña como ocurrió el año pasado. Y a propósito, aquí tengo unos versos de mi hijo Luis que no estarían de más que se publicaran.

Hélos aquí:

"A mi querida é idolatrada mamá doña Telesfora Amóstogui, en el día de su Santo."

-Voy á leerlos.

-Señora, no se incomode; pero no vá a ser posible su publicación, por esceso de paciencia, digo de original.

¡Y los ratos que pasa el periodista leyendo la correspondencia particular! A lo mejor abre una carta que dice:

"Sr. D. Fulano de Tal: me estraña mucho que al dar cuenta en su periódico de la sesión X., llame linda a la muchacha tal, que es más fea que un true no y no le diga nada a mi hija".

Otra: "Muy Sr. mio: que al dar cuenta de mi casamiento use el calificativo **espléndido** cuando se refiera al **lunch** etc."

Sr, Director del periódico tal: "usted no sabe es cribir o está tocando el violón.

El vestido que llevé á tal parte no era color de guinda, sino verde esperanza. Quiero que rectifique.- Fulanita".

Sigue: "Quisiera que se ocupara del resultado tan satisfactorio que ha tenido mi hijo en los exámenes de primeras letras: tiene 13 años, es bien parecido y más listo que Cardona".

¡Qué mayor suplicio para el periodista que contestar á todo esto en el periódico!

Lo repito es un mártir.

Enrique ROMERO

TARDES DE ESTIO EN CORDOBA

Cuando el sol cansado de arrojar rayos de luz y fuego sobre la ciudad morisca, se vá ocultando tras de algún elevado ajimez cubierto de arabescos, de alguna azotea llena de jarras de claveles y verbenas, ó de vetusta torre de alguna iglesia romànica; cuando el pájaro sin temer ya el calor, cruza piando el espacio y la parlera golondrina, busca otra vez, en vano, su nido destruido y canta sus penas en la madreselva que lo coronaba, cuando las tibias y consoladoras auras bajan de nuestra sierra, embalsamadas por el aroma de sus limoneros á besar el caliz del nardo y la magnolia; cuando el embriagador perfume de la verde albahaca satura la atmósfera de frescura deliciosa que acaricia nuestros rostros y las pálidas tintas del crepúsculo, se ven aproximarse lentamente, esta población andaluza despierta del profundo letargo en que ha estado sumida durante todo el día.

Nada más agradable que dar un paseo por sus antiguas y tortuosas calles á esa hora que todo parece respirar animación y vida, y particularmente en algunos barrios, en los que se ven aún subsistentes las tradiciones y costumbres árabes, dándoles ese especial carácter que distingue al pueblo andaluz. Multitud de patios conservan restos preciados de civilizaciones pasadas; jardines y huertos, aún engalanan á la antigua corte, que fué émula un día de Bagdad y de Damasco, y recuerdan los días mejores de su civilización y grandeza.

Los patios, que durante las horas de la siesta han permanecido envueltos en misteriosas tintas, al descorrer los toldos, se iluminan con esa pálida y alegre luz que precede al crepúsculo vespertino, y en aquel momento vuelven a escucharse rumores por do-

quiera, como si la Naturaleza volviera a despertar de un largo y profundo sueño; por lo general apenas hay patios que no tengan sus perfiles de bojes y boneteros que han sustituido a los antiguos, formados de arrayan y mirtos y sus macetas de albahaca, y entre éstas, malvalocas y dálias. De vez en cuando aparece un mutilado capitel árabe, que sostiene artístico cobertizo, dejando ver sus caladas volutas entre las verdes hojas de una parra: algún arco apuntado ó de herradura orlado de jazmin, tampoco falta; ni una muchacha de ojos árabes, con vestido blanco, cruzando sobre su ebúrneo pecho una guirnalda de olerosos nardos, cuya muchacha se entretiene en regar las flores, después el suelo, entonando una sentimental malagueña, como si estuviera oyéndola su dorado dueño á quien espera.

Las persianas de las rejas se entreabren para dar paso al aire y refresque los miramelindos que inclinan sus mústios tallos en los hierros, y á la clásica jarra que más tarde ha de poner fresca el agua como la nieve. En los jardines y huertos, las perfumadas varas de nardos, vemos erguirse libres ya de los ardores del sol, esparciendo en derredor un seductor aroma. La alberca cubierta de verdina, sumistra el agua fresca al jardinero, quien con una abollada regadera riega las plantas, mústias por el calor, y el aromático cuadro de fresas, que guardadas por sus hojas conservan alguans todavía la humedad del rocío y servirán más tarde para confundir su rosado con el de los labios de las bellas que después las aprisionan.

A la entrada del convento, hallaremos á la obesa monjera sentada haciendo calceta ante un lebrillo lleno de rosas, nardos y jazmines que pone á la

venta, mientras el monjero, subido en escalera de mano, se entretiene en coger **cabezuelas** para confeccionar después los tradicionales ramos.

No hay muchacha que pase, que no compre alguna flor después de haber sostenido una batalla con la vendedora, la cual se queda haciendo cruces por cierta palabrilla flamenca que ha oído á alguna de ellas. Entretanto las calles vanse regando cuidadosamente para tomar luego el freco, oyéndose diálogos picares é ingeniosos, entre algún transeúnte á quien le ha regado los pies una muchacha, con intención o sin ella; y cuando al entrar de la noche, las brillantes ráfagas del crepúsculo se apagan y las campanas anuncian la oración, cuando la pálida luna empieza á derramar su misteriosa luz y el aura nos refresca y acaricia con mil plácidos aromas, corros de muchachas, coronadas de flores y sentadas en las puertas de las casas, conversan alegres ó comentan despiadadamente algún suceso amoroso ocurrido en el barrio; otras en la artística reja comparten las delicias del amor y otras quejas y amarguras; mientras alguna vieja sentada en el patio, bajo la fresca parra y rodeada de un grupo de buenas mozas y apuestos galanes, bate pausadamente en el mortero la blanca miga para el clásico **gazpacho** ó prepara la alegre **sangria**, mientras escucha los melancólicos tonos de una guitarra acompañados de voces argentinas que á intervalos entonan cantares andaluces, de esos que llegan al alma.

Por la tarde es también cuando la magnolia unida en gracioso ramo con el nardo y el jazmín, en canastillas y bateas de mimbre, salen á las calles cubiertos con verdes hojas de parra, para coronar las

cabezas de esas hermosas mujeres cuyos ojos despiden más fuego que el sol de esta tierra.

Generalmente el nardo y la magnolia son flores aristocráticas, mientras que el modesto y blanco jazmin es la flor predilecta de ese pueblo cuya imaginación ardiente y noble corazón, hacen distinguir lo de los demás. Terminado con la tarde el trabajo del día, descansa cantando alegremente por la noche y se entrega, antes de dormir, á esas sencillas expansiones en las que pintores y poetas á cada paso encuentran hermosos cuadros llenos de luz y de poesía.

Enrique ROMERO

EL MELONAR ANDALUZ

En la margen izquierda del Guadalquivir, distante de Córdoba un cuarto de legua al Oeste, se levanta modesta, sobre una pequeña colina, una artística choza encubierta por enredaderas, como para preservarla de los ardientes rayos solares, y de cuyo techo de chamizo pende, por lo general, una enmohecida romana, un clásico porrón de La Rambla, destilando gotitas de agua más fresca que la nieve, y un vestido candil, que con su pálida luz hace ver el interior de aquella humilde morada; una desvencijada mesa, ostenta hermoso barreño esmerilado, cubierto con un esterillo, cuyo barreño por sus raras labores y figuras llamaría la atención de un anticuario: en un rincón de la misma, apenas se distingue un rollo de muchacho de pocos años que duerme tranquilo sobre un colchoncillo de paja, teniendo en su manecita derecha un mendrugo de pan, y en la otra la oreja de un corpulento perro, que echado junto a él permanece inmóvil meneando de vez en cuando su rizada cola, como para espantar una plaga de moscas que invaden aquel lecho e interrumpen con su monótono zumbido el sueño de aquel ángel, de quien él es guardián; un enteco gato, da vueltas alrededor de un tiesto lleno de garbanzos ya fiambres, y en la glorieta que circunda a la artística mansión se ven varios montones de olorosas andrehuelas y sandías, que forman un gracioso grupo, con sillas, mesas y otros rústicos asientos.

Este es el melonar del Tío Juanillo, como aparece a la caída de la tarde, hora en que regresa a su pobre hogar con su mujer y su hija, hermosa campesina

de quince abrilés que ayuda en muchas tareas a sus padres, y que después de haber trabajado todo el día como buenos colonos y rezar la oración, vienen ávidos de descansar breves momentos y de saborear el sabroso **gaspacho**, para continuar más tarde la tarea vendiendo algunas arrobas de melones y sandías á la multitud de familias que acuden al melonar del **Tío Juanillo** á probar sus esquisitos frutos.

En efecto no transcurrido media hora, cuando ya se escuchan ladridos lejanos de las huertas cercanas, que anuncian el paso de las familias que llenas de **espíritu** y alegría se dirigen al melonar; corren, cantan y gritan; percíbense de vez en cuando, los sonoros acordes de melancólica guitarra, que unidos á una hermosa voz argentina, la cual entona una malagueña de esas que arrancan lágrimas, al monótono chirrido de la chicharra, al lastimero quejido que exhala la noria movida por el pesado buey y al magestuoso murmullo del Guadalquivir, embargan la mente y parecen transportarla á una región desconocida.

La artística silueta de la ciudad morisca, envuelta en transparente bruma, se vé á lo lejos, destacada sobre el fondo azul del firmamento tachonado de estrellas rutilantes; la luna que se oculta tras la pesada torre de la gran Mezquita, ofrece una vívida aureola al inclito Custodio, que en su elevada cúpula se ostenta con las alas estendidas, protegiendo á la ciudad; el castillo de la Calahorra con su vetusto puente retratándose en las aguas que bañan los cimientos de la antigua Atenas de Occidente, y parece como que lloran su pasada grandeza, forman un bello cuadro que, realzado por las tintas misteriosas de la noche, impresiona el alma con los recuerdos que evoca, llenos de encanto y de poesía.

Después la exaltada mente abate el vuelo y la realidad vuelve á ostentarse

Una muchacha de ojos más nefros que su esperanza, con ese sentimiento, con esa pena andaluza que nos conmueve y entusiasma, canta una seguirilla jitana que hace moverse á un muerto y al río detener su curso para escucharla; á aquel ángel contestan otros muchos en igual forman acompañados siempre de la guitarra y del indispensable Montilla, único bálsamo para curar heridas y olvidar penas; estamos en Andalucía, en la patria llorada siempre por los árabes, que nos dejaron sus costumbres, su carácter y su sangre, la tierra de la luz, del color, de la poesía y de las mujeres hermosas.

En un sitio como este, es donde se retrata bien el carácter y la perpetua alegría de este envidiable pueblo; en el melonar, todas las familias se reúnen en una, todas están unidas por un mismo vínculo, todos van encamidos á un mismo fin, á buscar un pretexto para un rato de juerga. Allí no hay tristezas, todo es alegría, broma y triste de aquel que no acepte una caña de vino ó una tajada de sandía.

Un gran repertorio de cantes populares, soleares, seguirillas, guajiras, tangos, peteneras, etc., se oyen a cada instante acompañados de óles, palmas, voces, gritos y risas, y de la voz cascada ya del tío Juanillo que al lado de la romana pregunta; ¿Señorito, una ó media?

Así dura la fiesta hasta una hora avanzada de la noche, en la que se ven por la carretera vieja de Sevilla, numerosos grupos de mozos y muchachas cantando á coro tiernísimos cantares, llenos sus estómagos de vino, de melones y sandías.

El melonar andaluz, es uno de los muchos cuadros

que á cada instante vemos en nuestro suelo, y que,
como todos los que inspira; participa de la gracia
y del especial carácter que imprime á todas sus es-
cenas y costumbres esta hermosa **Tierra de María San-**
tísima.

Enrique ROMERO

Córdoba, Agosto del 90.

UNA TARDE DE IMPRESIONES

HISTORICO

En una estrecha y tortuosa calle de Córdoba, comprendida en el antiguo barrio de los judios, que a pesar de contar algunos siglos conserva todavía aún no extinguido su carácter primitivo, donde puede estudiarse el arte de la edad Media, del que brotó la celebrada Sinagoga, preciada joya del arte mudéjar, convertida hasta hace poco en santuario cristiano, así como en algunos otros restos aplicados en puertas ó ventanas ya destrozados entre las verdes hojas de añosa higuera, ya en algún ajimez enjalvegado y cubierto con varios tiestos de olorosas flores, ya en un roto capitel que sostiene unaartística baranda de madera, ó ya por último, en cualquier otro fragmento escondido en la pared y salvado de la furia asoladora de la reconquista, paseaba una tarde tristísima de otoño, en esa hora misteriosa en que el sol se oculta en la línea azul del horizonte, cuando al pasar por una antigua casa solariega, despertó nuestra atención una ánfora romana, al parecer tirada en un ángulo del patio.

Penetramos en éste, con objeto de estudiarla é indagar si había otros objetos de antigua procedencia que creimos encontrar dado el aspecto vetusto de la casa. No quiso, ó no supo, contestar á nuestras preguntas, encaminadas á saber de donde provenía aquel deteriorado fragmento, una anciana que apareció á nuestra vista, sentada en un gran sillar de piedra destacado sobre un muro encubierto de flores y follajes que lke servía de fondo y la que parecía murmurar en aquel momento una plegaria.

La sonora campana de nuestra gran basílica anunciaba la oración; el sol había acultado su último destello; un fuerte viento hacía gemir las hojas de los árboles, y el

lejano murmullo de la ciudad morisca mezclábase con los dulces acordes de una guitarra que acompañaba uno de esos elísicos cantares propios de nuestro suelo y que cada uno de ellos envuelve un poema, arrullado por aquel cantar suave y melancólico; seguimos registrando aquel antiguo y ruinoso patio que presentaba á nuestra escudriñadora vista como las vastas ruinas de un soberbio alcázar, y aquella anciana que rezaba como el último descendiente de una antigua y noble raza.

Satisfecha nuestra curiosidad arqueológica ya nos proponíamos á marchar, cuando nos detuvo la presencia de un venerable sacerdote, que acompañado de un acólito, dirigíase á paso acelerado hacia una modesta habitación, á cuya puerta corrió la pobre anciana que acababa de rezar. Hay en cuentros en la vida en que nadie puede darse cuenta de sí mismo ni juzgar de lo que hace; este fué para mí uno de ellos; instintivamente seguí en pos del sacerdote y presencié en aquella habitación una de esas tristes escenas de la vida que impresionan profundamente el alma y no se olvidan jamás.

En lecho miserable y sobre un duro gergón de paja, espiraba una pobre mujer de treinta años; sus tristes ojos parecían salirse de las órbitas según las penetrantes miradas de dolor que dirigía a dos hermosos niños de corta edad, a quienes estrechaba con frenesí entre sus descarnados brazos; un raudal de lágrimas surcaba sus pálidas mejillas, y de sus cárdenos labios salían sollozos, suspiros, palabras ininteligibles, que traducían fácilmente el corazón del que, como nosotros, contemplaba aquella escena desgarradora.

Era una madre que iba a separarse para siempre de aquellos seres tan queridos como desgraciados; era el último abrazo que les daba, el último consejo, la última caricia, el adiós postrero; era el momento extremo de su vida que la quedaba de estar con sus hijos, el fatal instante en que

una madre iba á dejar abandonados dos huérfanos en el mundo. Aquellas dos interesantes criaturas, cuyos hermosos rostros reflejaban su tierno corazón y suma inocencia, que quedaban solos en la tierra, sin otra madre que su voluntad, sin otra amiga que su conciencia, sin otra mano protectora que su razón, aquellas dos inocentes almas que puestas al contacto de una sociedad hipócrita y corrompida, que se complace en depravar las conciencias más puras y más hermosas ¿Quién sabe si estarían a estrellarse en un horroroso abismo? ¿Quién sabe si aquellos seres que viendo á su madre morir llegaban como ángeles, llorarán algún día arrepentidos de algún crimen!

Administrados los últimos sacramentos, después de la ritual y solemne ceremonia, el sacerdote, con un libro en la mano y el pálido resplandor de una luz que también agonizaba, encomendaba el alma ante un rústico crucifijo de madera. Larga y cruel fue la agonía de aquella pobre martir, que arrastrándose en aquel lecho de espinas, pedía a Dios misericordia; pero después de varias é imponentes contorsiones su vista se quebró, sus brazos se crisparon y su demacrado rostro, antes conmovedor, tomó un aspecto aterrador y sombrío, entregando su alma á otra vida más dulce y sosegada, balbuceando estas palabras que quedaron tan grabadas en mi corazón: ¡pobres huérfanos!

¡Pobres huérfanos! repitió otra vez lúgubre y llorosa: era la anciana que inundando su surcado rostro en lágrimas y besando á los niños, los retiraba del cadáver...

Yo también lloré al abandonar aquel recinto tétrico y sombrío en donde días antes habría reinado la paz y la alegría y adonde imperaba ahora la muerte y la desgracia, y al atravesar aquel oscuro y fantástico patio creí oír una voz misteriosa que repetía á lo lejos aquellas palabras que han quedado para siempre impresas en mi alma.

Algunos días después llegó el día de difuntos, y están:

do contemplando un lugar apartado y más tranquilo, conocido vulgarmente por la zanja, en donde no existen esos lujos mausoleos, esas inscripciones pomposas, ni ese lujo y deslumbrador brillo con que la vanidad del mundo brinda á los muertos, y sien cambio modestos emblemas que hablan al alma, como una tosca cruz clavada en el suelo ó un vaso lleno de flores, ó ya un abollado farolillo, cuya débil luz el viento apaga á cada instante, oímos gemir á nuestro lado y eran los huérfanos que, vestidos con el modesto uniforme de la casa de Socorro-Hospicio y acompañados de aquella anciana, lloraban por no encontrar en aquel vasto erial la tumba de su querida madre.

ENRIQUE ROMERO

AYER Y HOY

Entre las innumerables huertas que se extienden por las risueñas riberas que el Guadalquivir baña, me acuerdo que había una de la cual conservo todavía gratos recuerdos de mi alegre infancia. Quizá por esto haya siempre venido con amor a mi memoria la huerta del **tío Paco**, que así dejábase llamar su arrendatario, hombre muy honrado y ya de edad, que en unión de su mujer y un mozalvete, labraba con desvelos y apuron cuatro ó cinco fanegas de terreno que tendría á lo más aquella finca.

Aún me parece ver el enorme mastín meneando su cola y enseñando sus relucientes colmillos, atado á la desvenijada cancela que daba entrada á la huerta por una senda entre dos largas hileras de árboles frutales. Aún recuerdo los perfiles de bojes y boneteros cruzando de aquí á allá, circundando las veredas y los cuadros llenos de ricas fresas que escondidas entre sus hojas, parecían ocultarse á mis miradas; la larga fila de macetas llenas de rosas, claveles y alelíos sobre la fresca alberca cubierta de verdina y musgo; los naranjos, perales, almendros y limoneros esparciendo sus delicados perfumes arrebatados por la brisa para difundirlos en el espacio; el buey tirando de la pesada noria que hacia crujir de vez en cuando para sacar torrentes de agua cristalina, que al chocar en la pila formaba espesos copos de blanca espuma, la cual se deslizaba por el arroyo, donde se reunían á beber multitud de pajarillos; la verde parra en forma de toldo guareciendo de los rayos del sol la puerta de la casita blanca y la poética madre selva que escalaba las piedras del vallado, abrigando en su seno al negro mirlo, el cual lanzaba al aire sus tiernas melodías. Aún creo oír al **tío Paco** con su ronca voz entonar cantares melancólicos ó alegres, cuando á la caída de la tarde

regresaba á su hogar, para comer el clásico **gazpacho** que su mujer batía pausadamente, mientras su hijo preparaba grandes cestos de hortaliza que al día siguiente al amanecer, llevaban al mercado...

Algunos años hacía que no visitaba este hermoso paraje en el cual he pasado horas agradables.

Habrà muy pocos días, después de los estragos que el caudaloso **Betis** ha causado en su vega, llevado por la curiosidad, hice una visita á este sitio, tan bello para mí en otro tiempo...¡Qué triste espectáculo se ofreció á mi vista...!

Las aguas habían arrasado por completo aquella pintoresca huerta.¡Nada existe!... Los pocos árboles que han podido resistir la fuerza asoladora de las aguas al moverlas el viento, parecían sauces que inclinaban sus hojas abatidas sobre una inmersa tumba.Varios cadáveres de animales veíanse esparcidos por el suelo en distintos puntos despertando la codicia de las aves de rapiña que se balanceaban en el aire; esta era la única nota más animada que ofrecía aquel vasto páramo.Un ruido sordo entristecía mi espíritu; era el río que todavía impotente derruía á muy corta distancia el vallado de la huerta...

Ya me proponía dejar aquel **campo de soledad**, cuando llamó mi atención un anciano que, sentado en un poyo cubierto de lima, con la mano en la mejilla y la vista extraviada, parecía abrumado por algún pesar.Era el **tío Paco**, con la cabeza blanca como la nieve y su rostro surcado por esas huellas que dejan el trabajo y la desgracia. Hícele varias preguntas, y sin moverse murmuró algunas palabras que no pude entender.

Hubo una pausa...Alzó los ojos al cielo exclamando con angustia y desesperación.¡Dios mio qué desgraciado soy! -Caballero, usted perdone, me muero de pena,voy a contarle a usted lo que me pasa.-Yo cultivaba hace años lo que

está usted viendo. Mucho tiempo y trabajo me costó poner esto en condiciones de poder vivir con algún desahogo; pero la suerte me volvió la espalda, y algunos ahorrillos que tenía los gasté en la enfermedad de una hija, fresca como una rosa, que al fin se la llevó Dios, y con ella la alegría de esta casa. ¡Era tan buena! Desde entonces parece me persigue la desgracia. Al poco tiempo caí malo y me sobrevino una endebles á la vista que me dejó casi ciego; y no quedó la desgracia en esto: el único hijo que me ayudaba mucho en mi vejez, se lo llevaron á servir al rey la víspera que el río arrasó mi huerta, dejándonos sumidos en la mayor miseria. Su madre lloraba como una Magdalena: el día en que se fue cayó mala. En la madrugada siguiente yo la sacaba en los brazos huyendo del río que casi nos cubría, el cual nos ha dejado sin pan y sin hogar. ¡Caballeros que días más amargos van á ser los últimos de mi vida!

Dobló la cabeza, prorrumpió en sollozos, y un raudal de lágrimas corrió por su venerable rostro!

No pude consolarlo, le ofrecí unas cuantas monedas que llevaba en el bolsillo, y abandoné con el corazón oprimido aquel triste recinto, donde años antes había reinado la salud y la alegría, y donde ahora imperaba la desgracia y la miseria.

Al volver el recodo del camino, el sol se había ocultado; el cielo tomaba tonos rojizos, un viento húmedo hacia gemir las copas de los árboles, y en aquella triste hora sólo se oía el lúgubre graznido de las aves nocturnas mezclado con el monótono susurro de las aguas del río, que semejaba el angustioso clamoreo de las víctimas que dejaba sumidas en el infortunio.

ENRIQUE ROMERO

Córdoba 17 Marzo 92

LA TARJETA POSTAL

Teresa, la hija única del Conde de Nublos, la espiritual doncella mimada por la fortuna, también se contagió de la **coleccionomanía**, enfermedad que aqueja á todos los desocupados, y después de reunir innumerables series de fototipias de las cajas de fósforos, millares de sellos y otras zarandajas por el estilo, empezó á formar un album de tarjetas postales con sus autógrafos correspondientes.

En poco tiempo llenó páginas y páginas del libro con preciosas cartulinas en que la pluma de hábil dibujante ó el pincel de celebrado pintor trazó escenas, tipos y paisajes arrancados de la realidad ó hijos de la fantasía.

Una de las series que obtuvo más aceptación fué la que ostentaba los bustos de **cancanistas** célebres en su tiempo, mujeres hermosas y fáciles, ídolos de los **tenorios** de hace cincuenta años y dignas antecesoras de las modernas **divettes** y bailarinas del rango francés.

Pronto la dama tuvo en su album aquella serie, pero no completa; faltábale el retrato número 5 y en vano encargaba á todos sus amigos que le proporcionasen la cartulina deseada.

Cuando ya desconfiaba la joven de poder adquirir el objeto codiciado, una antigua compañera suya de colegio le anunció la grata nueva de que acababa de llegar á sus manos la tarjeta en cuestión y dos días después la recibía Teresa por correo, en sobre certificado como supondrá el lector.

La bella coleccionista, con el júbilo de quién logra el bien mucho tiempo anhelado, rompió la envoltura de la estampa más apenas fijo en ella sus grandes ojos negros una palidez mortal cubrióle el semblante, sus piernas flaquearon, torrentes de lágrimas agolpáronsele en las pupilas, y corrió á sus habitaciones, antes de que el Conde ó los criados advirtiesen la suprema angustia de que era victima.

Tres ó cuatro horas estuvo encerrada en su tocador, á solas con su pena, y al cabo de ese tiempo salió con el album

entre las manos crispadas, dirigióse al despacho del Conde y arrojó el libro á la chimenea, donde en pocos segundos quedaba convertido en cenizas.

Inútilmente intentaron indagar el móvil de aquella extraña determinación de Teresa su padre y sus amigas. Siempre que la interrogaban permanecía muda y una nube de tristeza empañaba su rostro.....

*
* * *

La hija del anciano aristócrata no conoció á su madre más que por un retrato pintado al óleo que había en una de las habitaciones interiores de la casa, en un departamento húmedo y sombrío, destinado á almacén de muebles y efectos inservibles.

Cuando era muy niña y preguntaba por la que le dió el sér, contestábanle que estaba en el cielo; después, cuando tuvo pleno dominio de su razón y hablaba de su madre, el Conde le decía invariablemente y con visible desagrado: murió á los pocos meses de haber nacido tú; hija mia, pide á Dios por ella, y se alejaba meditabundo y triste para cortar la conversación.

Este misterio apesadumbraba á Teresa y la hacía forjar á su cerebro historias terribles como los enjendros de una pesadilla. ¡Cuántas veces pasó las noches arrodillada ante el retrato de su madre, pidiendo á la Virgen que le descubriera aquel enigma, perturbador de su alma y de su inteligencia!

La casualidad maldita, que tiene antojos crueles, desvaneció todas las dudas de la doncella, valiéndose para ello de la codiciada tarjetapostal.

Aquella cartulina, que en mal hora llegara á manos de la joven, ostentaba el busto, descocado y provocativo, de Ofelia, popular **cancanista** de la primera mitad del siglo XIX.

Y Teresa, aterrada y loca de dolor, reconoció á su madre en la bailarina. El busto de la tarjeta resultaba idéntico al retrato abandonado en la habitación de los muebles inservibles.

La Condesa de Nublos, por una de esas aberraciones inconcebibles del corazón humano, dos meses después de ser madre había abandonado á su marido para experimentar las impresiones

y los accidentes de la vida nómada, en unión de un maestro de coreografía, célebre entonces en su arte.

OJEADA SEMANAL

El acontecimiento, la **nota brillante** de la semana anterior, puede decirse que ha sido la solemne celebración que tradicionalmente hace el católico pueblo de Córdoba, los días de su ínclito Custodio San Rafael Arcángel.

No hay familia cordobesa en que no haya por lo menos algún **Rafael ó Rafaela**; y siendo así, no es de extrañar que en este día cada casa celebre una fiesta, y desde el humilde obrero hasta el más opulento propietario ó **magnate**, todo el mundo hace un esfuerzo para pasarlo lo más gratamente posible.

Si visitamos la víspera del Santo nuestros mercados á la caída de la tarde, notaremos ya cierta agitación y movimiento. Multitud de puestos ambulantes guarecidos por vetustos sombreros, en cuyo centro se halla la obesa **pestiñera** con sus brazos al aire alentando el fuego de su gran anafre, para poner a hervir el aceite, que más tarde recibirá de un enorme lebrillo lleno de masa, el clásico **pestiño**, que vende por docenas á un numeroso grupo de hombres, mujeres y chiquillos que la rodea, no dando abasto á infinidad de peticiones que la abruman y que la acosan, ocasionándose con tal motivo picantes e ingeniosos dialogos, ayudando el inseparable aguardiente á que estos tomen alguna vez que otra caracteres alarmantes.

Córdoba este año ha regalado á su adorado Arcángel en estos días, unas bellísimas andas de plata, debidamente al cincel del inteligente artista y amigo nuestro señor don Joaquin Blanco, dando una prueba más de su fervoroso amor hacia aquél, que con sus doradas a las extendidas sobre ella, la defiende de todas las

calamidades.

-¡Quien sabe si como recompensa á tanto amor, debemos á su patrocinio la reciente lluvia que tan necesaria era ya á nuestros campos! - nos decia ayer hablando de las andas un labrador llamado Rafael...

*

* *

En el gran café Colón se han vuelto á reanudar los agradables conciertos, haciendo todo la que está de su parte la simpática Edelmira Guerrero para agradar al público, del cual recibe muchos y merecidos aplausos.

El paseo del Gran Capitán se vé completamente desierto por las noches, á consecuencia de la baja temperatura que se siente hace días.

La colecta verificada en esta población para aliviar algunas desgracias de las pasadas inundaciones, ha resultado mejor que se esperaba.

A mediados del mes próximo tendrá efecto una corrida de cintas y toretes que proyecta dar una nueva sociedad de esta índole, que esperamos, dada la competencia de las ilustradas personas que componen su junta directiva, tenga la misma lucidez que la verificada en la pasada feria de Otoño.

El Teatro Principal abrió anoche sus puertas con la compañía infantil que dirige el maestro don Santiago Pescetto, dando también cinco ó seis representaciones en el otro coliseo dentro de breves dias el conocodo actor señor Cepillo, viniendo á sustituir á éste, tal vez, el notable actor don Julian Romea.

Estamos, pues, de enhorabuena.

*

* *

El día de los difuntos ya se acerca; las fúnebres coronas se exhiben en los escaparates, y ante estos los transeuntes se detienen á admirar el gusto, el lujo ó la rareza con que están confeccionadas estas tristes ofrendas que los vivos preparan á los muertos.

Los lapidarios trabajan sin descanso noche y día, para dar por terminadas sus tareas.

En sus talleres se ven bruñidos mármoles y de labor exquisita, ora negros como el fondo de la fosa, á la que han de servir en breve de cubierta; ora blancos, pero de esa fúnebre blancura, cuyo brillo lleva el alma entristecida el hielo de la muerte; los sepulcros, las cruces y las lápidas decoradas con sentidas inscripciones, en las cuales los que viven expresan el dolor inextinguible que sientes por los seres queridos que desaparecieron, parecen en su abigarrado conjunto, los solitarios y ricos edificios de una ciudad desierta...

Los cementerios también se arreglan para recibir dignamente los postreros recuerdos de los que hoy elevan oraciones para aquellos que nos dejaron para siempre con hondo pesar en nuestro corazón.

DIóGENES

OJEADA SEMANAL

Que la "Ojeada" anterior no se me olvida, por los apuros que hube de pasar para escribirla, es cierto; pero que ésta la tendré presente mientras viva, también es verdad.

Con un gran dolor de muelas que me aqueja hace dos días, hoy acrecentado por el susto de haber visto al casero preséntandome el recibo de un año de alquiler del cuarto, cojo la pluma para informar á ustedes de lo más importante acaecido en la semana, en el momento crítico en que para aliviar mis cuitas, la mejilla izquierda empieza á hincharse como el buche de un pavo en manos de un chicuelo, y el maldito piano de una niña, mi vecina, me está dando la lata con una monótona dancita de los tiempos de Mari-castaña, que me tiene el estómago en un hilo.

Ya tengo jaqueca para rato.

¡Calle!- ¡Parece que ha dejado de tocar! ¡Dios se lo premie! Porque tal música acrecienta mis dolores.

¡Pero ay!! Mi vecina, sin duda, quiere lucir hoy sus adelantos y ha empezado á ensayar otra vez, y con un dedo, el **Riquitrán...**

Con esta música tan clásica y mi dolor, he de vol verme loco.

¡Qué sudores, qué angustias, Dios mio!

*

* *

Pero en fin, no hay más remedio, este es mi sino; preciso es escribir aunque reviente.

¡Qué deseos tengo de que vuelva a hacerse cargo de esta sección literaria tan mal servida hoy, mi amigo querido el galano escritor Mario J. Vladello!

No ha de tardar mucho por cierto, para bien bien de los lectores, el día en que, restablecida por completo su salud, regrese a su amada Córdoba, con la alegría propia del que tras larga ausencia, retorna al suspirado hogar, pero él embellecido hoy con la existencia de un nuevo ángel, que con sus dulces sonrisas habrá de disipar las leves nubes que aún velen su alma, entristecida por haberse visto lejos de los seres amados, lejos de sus íntimos amigos, de este suelo hermoso matizado de perpetuas flores, donde vió la luz primera, de este cielo siempre azul, y lejos del amparo que le prestan las doradas alas del **Arcangel**, cuya fulgida aureola se abrillanta en esta tierra, bajo el sol de la bella Andalucía.

*

**

Los paseos y alrededores de la antigua rival de Damasco, se evn cada día más concurridos por las tardes, no faltando también la animación en las carreteras que conducen á las huertas y ventorrillos enclavados en las faldas de nuestra pintoresca sierra. Dentro de unos días comenzarán las giras campestres tan propias de este país, y de las que se conseravn tantos recuerdos y tradiciones poéticas; la guitarra, los palillos, los **cantares** entonados por voces oroncas ó argentinas, y el dorado vino de Montilla, son los factores principales (cual se dice ahora) en estas fiestas, á las que el amor y los celos suelen dar de vez en cuando algún funesto desenlace.

*

**

El café de Colón y sus habituales concurrentes han

lamentado estos días la ausencia de la simpática Ede
mira Guerrero, ausente de Córdoba por pocos días. La
estudiantina que á cargo del señor Lucena viene reco
rriendo las calles de la capital, saldrá hoy por vez
postera, y como en las anteriores, cosechará con me
recidos aplausos, no escasa colecta de fondos con que
aliviar á nuestros hermanos de Consuegra y Córdoba.

Y al no tener más accidentes notables que narrar,
se despide hasta la próxima semana.

DIóGENES

OJEADA SEMANAL

Las lluvias.-Consecuencias.-Borriquetes.-Teatros.-Toros.-En la ermita de los Mártires.-Bellas Artes.

¡Gracias a Dios que hemos llegado con pellejo al domingo! Porque en verdad, la cosa se iba poniendo a mi vista bastante fea, y yo no las tenía todas conmigo, llegándome a creer por un momento que en Córdoba pasara lo de Almería y Consuegra. ¡Jesús que manera de llover! ¡Vaya que semana tan divertida hemos pasado! Pocos años se habrán conocido, por esta época, aguaceros tan pertinaces y grandes como los que nos han puesto el alma en un hilo, especialmente al enterarnos de la inundación de varias casas de la Puerta de Sevilla. Las calles convertidas en arroyos, no se podía pasar, so pena de morir ahogados ó de tener que echar el **bracete**.

-Créame usted ;nos decía indignada, preparándose a pasar un arroyo, una señora ya jamona, guarecida por un enorme paraguas encarnado, y remangada la ropa hasta las corbas, dejando ver a la fuerza dos enjutas pantorrillas salpicadas de lodo:

-Esto de no poder andar por las calles de esta población los días de lluvia, por el incalificable hecho de no poner en ellas á su tiempo los famosos borriquetes, es un abuso imperdonable.

Y sin atreverse á pasar, seguía exclamando:

-Yo no sé de qué ha servido á nuestro Municipio la campana que en pro de éstos ha hecho el Diario de Córdoba. ¡Ahora resulta que no se utilizan hasta después que deja de llover!

Y diciendo esto, da un salto la infeliz señora, que va caer en medio del arroyo. Gracias a un caritativo transeunte, que, exponiendo su vida, sacó de las aguas á la pobre mujer, que salió, ya pueden ustedes figurarse... hecha una

sopa.

*
* *

Los teatros siguen muy animados todas las noches, saliendo el público, generalmente satisfecho por la interpretación de las obras que ponen en escena.

*
* *

Hoy será probable que tengamos la corrida de toros anunciada si al tiempo, no satisfecho todavía, le dá la **humorada** de suspenderla, mandandonos alguna poquita de agua más.

*
* *

Un hombre se ha suicidado en nuestra capital; y este hecho, que conmueve todos los corazones y predispone á todas las tristezas, nos sugiere ideas muy contradictorias.

Quando un enfermo se muere victima de unas calenturas malignas y la ciencia médica, es impotente para atajar el mal, á nadie se le ocurre decir que aquel hombre se ha suicidado; pero cuando enferma el espíritu y cada día se agrava más y tiene más ansias por dejar la vida, entonces, si se mata, es un suicida, es un cobarde; y no reparan los que dicen esto, que si cuando mata la materia le llaman muerte, ¿por qué cuando mata el espíritu le llaman suicida?

En derredor del pobre hombre que se suicidó en la ermita de los Mártires, había un grupo de muchachos que entablaron el siguiente diálogo:

-Rafael, ¿ves la sangre?

-Sí...sí...

Este hombre debía estar loco.

-¿Por qué?

-Porque se ha matado con unos zapatos de charol tan buenos.

Esto es histórico.

Y cuando un niño cre que un hombre estaba loco por matarse con zapatos de charol, es que su miseria es muy grande.

¡Qué miseria no tendría aquel niño, que después iba pisando con sus piecitos desnudos los charcos de la carretera!

*

* *

Para terminar voy a decir á ustedes que en la anterior semana ha acordado la excelentísima Diputación provincial, a propuesta del digno diputado de la misma, nuestro ilustrado amigo señor don Agustín Gallego Chaparro, la creación de una abnda de música en la Casa Socorro Hospicio, utilizando de este modo provechosas enseñanzas de la Escuela de Bellas Artes, para las clases desvalidas que se encierran en aquella casa benéfica, habiendo sido muy satisfactorios los resultados de los exámenes verificados en ella.

Nuestra más cordial enhorabuena al autor de este magnífico pensamiento, que ha de dar honra, tanto á la Diputación, como á Córdoba entera.

DIóGENES

OJEADA SEMANAL

Distracciones y apuros.-Paseos.-La vendimia.-Conciertos.-Consuegra y Almeria.-La caza.-Ecos de la sierra.-Esperanzas teatrales.

HEME aquí há largo rato entretenido, ora en ver cómo desaparece el humo de mi cigarro en densas espirales, ora contemplando un esconchado que hay en una de las paredes de mi cuarto, cuya original figura, mirada a cierta distancia, parece la silueta de un anciano, con gorro de dormir, al cual miro extasiado, teniendo yo en la diestra mi perezosa pluma, que traza por intervalos en las cuartillas multitud de garabatos, que semejan caracteres cabalísticos, los que a cualquier espiritista pondrían de punta el pelo.

Y entre tanto, el tiempo pasa y no encuentro asunto adecuado para llenar la "Ojeada semanal" que el director me pide con urgencia.

Porque á lo mejor me saca de este estado indefinible una importuna visita, ó la estridente voz de un vendedor ambualnte, el zumbido de un moscardón que crispa mis nervios, ó un atrevido mosquito que después de haber martirizado mi luciente calva, bájase á picar en mi nariz, aún erisipelada de resultas de un divieso mal curado.

Miro impaciente el reloj, al que nada le detiene, y ha transcurrido una hora inutilmente. ¡Qué diría un inglés si lo supiera!

¡Y el Director me aguarda! ¡Qué hacer Dios mio! digo exasperado golpeando mi frente, de la que no me brota una idea...

*

* *

Comencemos por decir que estamos en Otoño, época la más aburrida que pasarse puede en Córdoba; no hay tea-

tros, no hay reuniones; los paseos, á causa de la baja temperatura, están desiertos por las noches, y todo el mundo parece que se encierra en sus casas como para ir preparándose contra los rigores del invierno. También varias familias emigran á nuestros campos para pasar en ellos esta segunda primavera, ó a presenciar al mismo tiempo la clásica vendimia tan decantada por nuestros poetas.

En fin, Córdoba, ocultando su hambre y sus miserias, bajo su dorado manto, se dispone a divertirse! Así es el mundo! El pueblo tiene hambre, la clase media ayuna, el rico debe, el dinero no parece, el malestar es tanto que se presienten próximos y grandes males; pero el pueblo andaluz es como el niño que llorando ríe, si le enseñan un juguete...

El teatro brinda una gran ópera, ¿quién por oirla, si no tiene, no debe de sacar dinero del centro de la tierra? ¡Dos corridas de toros! ¿Qué artesano, por ver los toros, no empeña la chaqueta ó deja sin comer á su familia? ¡Hay carreras de velocípedos! importantísimo recreo, ¿qué señorita, que pollo alumbrado no debe de empañar todo lo tenga para apostar en ellas?...

Doña Leocadia señora de gran tono y acostumbrada á lucir en sociedad, dice á su esposo, hombre angelical á quien domina y ya tiene arruinado:

-¡Segismundo, supongo que te ahbrás abonado á la ópera!

-¿Pero mujer, estás loca? ¿Acaso están los tiempos para derrochar, después de lo mal que los engocios me han venido y de presentarse tan exigua la cosecha este año?

-Pues mira, Segismundo, ¡no hay más remedio! La sociedad actual cada día exige más obligaciones, de las cuales no es posible eximirse: ¡qué se ha de hacer! Además, hay que cubrir las apariencias; porque de no ser así, nadie nos miraría a la cara. ¿Qué dirían si no nos abonamos?

-Que digan lo que quieran ¡no puede ser! -rugió el esposo con ademán desesperado.

Doña Leocadia, oyendo la negativa de su esposo, monta

en cólera y exclama:

-¿Qué no puede ser?

-¿Por qué?

-Por no haber dinero?

-No hay cuidado por eso, yo me haré de él: ¡primero me quedo sin comer que sin abono! Y dirigiéndose a unos objetos de plata que hay sobre una mesa, dice: Mañana irá esto con otras cosas que busque, al **Monte...de piedad.**

El pobre D. Segismundo decía ayer con acento triste y melancólico á un amigo de la infancia:

-¡Ay, Eusebio, qué feliz eres con vivir en El Carpio!

-¿Hombre por qué?

-Porque allí no va la Pacini! Mi mujer ¡bendita una y mil veces sea! me ha obligado á abonarme al teatro sin poder.

-Pues Segismundo, consuélate; no serás tu solo el que se haya abonado á ahorcado, dijo D. Eusebio despidiéndose con burlona sonrisa, y añadiendo: el bien parecer la sociedad lo exige.

Elemento joven es el que en verdad está de enhorabuena, forjándose ilusiones y soñando con las próximas fiestas.

¡Cuántas alegrías y emociones les espera!

Hay pollita que todo el santo día se pasa mirándose al espejo, para ver el efecto que han de producir sus vestidos en los bailes que el Círculo de la Amistad dará en su magnífica tienda. ¡Cuántas galas **fiadas**; cuántos **jarambeles** se tiñen y se componen estos días!

-Nada mamá, este año doy el golpe, exclama Casildita, abrazando a su madre, loca de alegría.

-Dios lo haga, hija mía: ya que he hecho el sacrificio tan solo por darte gusto, de privarme de estos vestidos tan buenos y que encierran para mí tantos recuerdos, sería doloroso que no llamasen la atención. Ya ves tu, dice Doña Maximina, este, azul, fue el regalo que me dio tu padre, y aquel otro verde, el que estrené la primera vez que salí a la calle embarazada.

-¡Qué felices tiempos! Entonces si que hacían géneros

buenos!

-No hay más que ver la fecha que tienen estas telas, y cómo se conservan; todavía parecen nuevas, si, pero están descoloridas y aquí hay un zurcido.

-¡Cá! dijo la mamá; de noche nadie lo percibe.

-Papá, papá, mira qué bonita estoy; dame un beso.

-Si muy bonita, dice su padre con desaliento; no será así la cuenta que por achicarte los vestidos y arreglarlos me mande la modista, que este año va a llegar al cielo.

-Y unas medias de seda necesito, papá dice la niña, las únicas que tengo se me salen los dedos por ellas.

-¡Pues hija! no puedo ya más, lo roto lo tapas con el zapato, contéstóle el pobre padre lívido de ira.

-Maximina, es una ganga la feria: dice D. Homobono á su mujer, que sentada en un sofá, contempla á su hija con arrobamiento. Es una serie de gastos la que se origina es tos días, que no sé por donde vamos a salir. Pague usted á la modista, al sastre, al zapatero y después vaya Vd. al teatro, á los toros, á los bailes, al circo, á las carreras de velocípedos, á las rifas; en fin á todas partes, donde se disipa el dinero, que es un gusto. ¿Qué va a ser de esta casa? Y á mas los gastos que tu me proporcionas, si, y de esto tienes tu la culpa, por invitar todos los años á esas amigotas de Málaga á que vengas á pasar la feria en nuestra casa. ¿Qué necesidad tenemos de esos gastos y de esos testigos de vista, que á mas de comernos por los pies, nos van luego desollando? ¿Quién tiene convidados y no los lleva a todas partes? Te digo mi verdad que me pongo ¡¡muerto!! cada vez que miro el alma naque y veo que se acerca el fatal dia ¡Que necesidades nos echamos Dios mio! Maldita la vanidad, maldito el lujo y todo aquel que como tú, quiere aparecer como no es y no se aviene á conformarse con su suerte! Y exasperado, dice á Casildita: tengo que hacerte una advertencia y es: que no ocurra este año lo que el anterior en la tienda del Círculo. Cuando sea la hora de cenar, tu ves

la mejor manera de dar de lado a tus amigas! pues no estoy en el caso de gastarme otros quince duros en cenar, como ocurrió el año pasado en dos noches solamente. ¡Vaya unas niñas! Que manera de pedir y derrochar con bolsa ajena! Cualquiera al verlas devorar hubiera dicho que en su vida habían comido! ¡Jesús! aquello parecía una cena de coristas! ... Escalofríos me dan cada vez que veo la feria detrás de la puerta.

-¡Qué alegre y que risueña será esta para algunos y cuán triste para otros! Decía hoy á este propósito un pobre empleado de la Diputación que le adeidan ¡¡ocho meses!!
¡Esto es el mundo!

ENRIQUE ROMERO

Córdoba 17 Mayo, 91

OJEADA SEMANAL

Programa de feria.- Toros.- Mercados.- Bailes.- Paseos
-Repartición de premios.- Carreras de cintas.

LASTIMA que no sea verdad tanta belleza, decía hace días a su costilla uno de esos muchos políticos que á estas horas están todavía á la luna de Valencia y deseando meter el diente a cualquier cosa, al leer el **camelo**, es decir, el pomposo y variado programa de la tan decantada feria de Otoño, que el Municipio nos ha estado ofreciendo diariamente en la prensa local.

Y en efecto, se conoce que estaba muy bien enterado de lo que iba á pasar, porque á última hora, ¡vaya un programita de feria que nos han dado! El de una velada tiene más atractivo. Verdad es que estamos en tiempos **especiales**, donde hay caballeros que se pintan solos para hacer mal las cosas.

Pero en fin: gracias á la magnífica corrida de toros de anteayer -que no se esperaba- en la que quedaron a una altura **superior** nuestros célebres paisanos **Lagartijo y Torerito**, y a la agradable temperatura que se viene disfrutando hace días, la feria resulta algo más aceptable de lo que se creyó en un principio, haciéndose además algunas transacciones en el mercado, de relativa importancia, dado el número considerable de ferias que se celebran por esta época en diversos pueblos de la provincia.

El baile de confianza que el Círculo de la Amistad dió la noche del 25 en sus suntuosos salones, ha resultado un poco desanimado, viéndose un poco más concurrido el paseo de la Victoria,

no obstante de amenizar aquel bello paraje la banda del Municipio y de estar iluminada por las noches la célebre fuente **monumental**, que llama **vivamente** la atención de los pocos forasteros que han tenido la **dicha** de venir estos días á **divertirse**.

*

* *

El solemne festival de la repartición de premios á los alumnos y alumnas de dibujo y música de la Escuela de Bellas Artes nos parece ha de resultar brillante, dada la larga y honrosa historia de este establecimiento, que hoy puede colocarse a la altura de los primeros de su índole en España, según prueban de una manera evidente los notables trabajos hechos en dicho centro de enseñanza, expuestos en el local del Círculo de la Amistad.

En los días 23 y 24 ha visitado esta ciudad con el señor Vice-consul don José Sanchez Muñoz, una numerosa comisión de la Sociedad arqueológica francesa, compuesta de 33 individuos, recomendada por el señor Secretario de la Real Academia de la Historia, á nuestro querido é ilustrado amigo el director de la Escuela de Bellas Artes Sr. Romero Barros, quien los ha acompañado á ver el Museo de antigüedades y la Catedral, en la que han admirado las bellezas que contiene el único monumento sin par en el mundo del arte,

La comisión, altamente satisfecha, ha salido de Córdoba con dirección a Granada, después de hacer detenidos estudios.

OJEADA SEMANAL

Entrada del Otoño.-Festejos de la próxima feria.-Paseos.-
Creación de un centro literario en el Círculo.

El verano vá tocando á su fin para dar paso al Otoño, seguido de sus tardes envueltas en nieblas misteriosas, de sus frescas brisas que arrastran por el polvo las **hojas secas** y de sus densos crepúsculos, como diría un poeta. En las playas se va observando menos animación cada día, porque regresan á sus patrios lares los que han tenido la dicha de no **derretirse** bajo el sol abrasador de estos dos últimos meses.

A cada paso nos vamos tropezando con algunos de estos, que al saludarlos nos dicen antes de nada que vienen muy bien impresionados de Biarritz ó de Aguas Buenas, de San Juan de Luz, Alzola ó San Sebastian, donde han pasado la temporada veraniega lo mejor posible, haciéndose de importantes relaciones, no faltando quien haya almorzado casi todos los días con cualquier ministro ó personage célebre, llegando su amistad á tal extremo, que antes de venirse ya se tuteaban.

-Desengáñese usted, nos decía la otra tarde una señora que aprovecha todos los años, por esta época, los trenes de recreo para asistir á las fiestas de Málaga y darse al mismo tiempo tres ó cuatro baños: hoy en día, se hace necesario para ser bien mirado en la alta sociedad, marcharse á la entrada del verano á las aristocráticas playas del Norte, como yo hago, y abandonar esta tierra por algunos días, puesto que en ella se hace insoportable la

estancia por su excesivo calor y su habitual monotonía. Esto trae muchas ventajas, puesto que, además de darse **buen tono** y divertirse, restablece la salud. No sabe usted qué gorda y qué buena traigo la pantorrilla izquierda que este invierno pasado la tuve lo mismo que una flauta, á consecuencia de la maldita enfermedad que contrage por haberme comido un quilo de merluza averiada; y en cambio á mi pobre Homobono, que no ha podido acompañarme este año por no haberme dado permiso su jefe, me lo he encontrado al regreso que me da grima de verlo: estos calores tan sofocantes y fuertes que se han dejado sentir por aquí, en este verano, me lo han puesto que parece un trozo de **mojama**. - Y nosotros, por no oír más a la santa señora, le dimos palabra de ir a veranear el año venidero, así fuese La Carlota.

*

* *

El paseo del Gran Capitán se encuentra de noche menos concurrido, a causa de la baja temperatura que se está sintiendo hace ya días, exhibiéndose algunos abrigos desde las once en adelante; si no sigue el barómetro en descenso, la próxima feria del Otoño vá a estar muy animada á juzgar por los festejos que el Ayuntamiento, varias corporaciones y sociedades particulares preparan.

Por lo pronto, que yo sepa, la Escuela de Bellas Artes hará con la brillantez que el acto requiere, la distribución de premios á los alumnos y alumnas en el Gran Teatro, ó en los suntuosos salones del Círculo de la Amistad con una brillante exposición de los trabajos hechos en las diversas enseñanzas de la misma.

La sociedad Económica también proyectaba, un festival, y se augura que ha de haber dos corridas de toros; exposición de ganados y plantas, retreta ó misa de campaña; además varios jóvenes muy conocidos en esta sociedad, darán una corrida de cintas y toretes, habrá asimismo tiro de pichón y carreras de velocipedos ó (de telarañas) que así lo califica un festivo piconero del barrio de Santa Marina.

En fin, que Córdoba estará de enhorabuena en el próximo mes de septiembre; pues dentro de pocos días empezará la tradicional velada-feria de Ntra. Sra. de la Fuensanta, que tanto dio que hablar acerca de si debía ser feria ó velada y á raiz de esta, comenzará la del 25, para la que están preparando tantos festejos, que con el tiempo será la feria de más importancia que tendremos, dadas las buenas condiciones de la época en que cae, muy propicia para los labradores.

*

* *

Y antes de terminar, no podría menos que congratularme, como se congratularon todos los cordobeses amantes de las letras, al darles la buena nueva de que ya es un hecho la creación de un Centro literario, científico y artístico en el Círculo de la Amistad, para lo cual fue congregada el viernes en la noche, la comisión organizadora del Centro referido, para nombrar la junta directiva y sus secciones, contando ya la juventud cordobesa con una sociedad de instrucción, de solaz y de recreo, donde poder cultivar su inteligencia, dado que, hasta ahora habían sido infructuosas cuantas tentativas se habían hecho en pró de dicha idea, no sin dar lugar á que la prensa dijera con razón, que por cada centro docente de esta clase que Córdoba perdía abrían

se diez tabernas; y concluyo dando desde aquí mi más cumplida enhorabuena á la ilustrada junta directiva del Círculo y al decano de la prensa cordobesa, presidente de la comisión organizadora D. Rafael Garcia Lovera, que tanto ha trabajado hasta ver realizado un pensamiento que ha de dar honra y provecho al Círculo y á Córdoba.

Enrique ROMERO

OJEADA SEMANAL

Animación teatral.-El teatro de hoy (modernismo)- Toros.-
Rafael II.- Giras.

CORDOBA se halla de enhorabuena. Tras de una larga y aburrida temporada, en la que no hemos tenido ni una sola distracción, ha entrado en un periodo relativamente animado, con especialidad para los aficionados al arte de Talia.

Es poco común que en esta población funcionen á la vez nuestros dos únicos coliseos, sin perjudicarse mutuamente, como pasa ahora, mereciendo las compañías que en ellos actúan justos aplausos de un numeroso público que acude ávido de ver en escena **Las doce y media y sereno, Toros de puntas, El monaguillo, La Diva, Las hijas de Zebedeo** y tantos otros juguetes ó **tablitas de venta** del teatro de moderno, como dice muy bien nuestro amigo el popular escritor y autor cómico Jackson Veyan.

Como el arte es reflejo fiel de la época en que se desarrolla, no es de extrañar que hoy, dadas las corrientes de un **modernismo** especial que impera en nuestra vida moral y material, tenga generalmente más aceptación un sainete cómico en un acto, que un sangriento drama que dure tres ó cuatro horas, por muy bueno que sea.

En el teatro ocurre lo mismo que en la pintura: actualmente tiene más salida un apunte, un boceto, una tablita de costumbres, que un cuadro de historia de grandes proporciones.

*

* *

Un acontecimiento preparase para dentro de unos días: el 29 tendrá lugar en nuestro circo taurino una magnífica corrida de toros de la acreditada ganadería de la Sra. Marquesa viuda del Saltillo, á beneficio de los pobres de esta capital, habiéndose brindado a torear gratuitamente con su cuadrilla nuestro célebre paisano **Guerrita**, contribuyendo así á tan filantrópico pensamiento, iniciado por una sociedad caritativa, compuesta de personas muy conocidas en esta población.

Creo que hay ya individuos que sueñan todas las noches con esta extraordinaria fiesta taurina.

*

* *

A las grandes lluvias a las que acompaña cielo encapotado y sombrío, desvaneciendo la luz, han sucedido días esplendidos y serenos, en que vemos lucir el sol sobre nuestras cabezas y estender sus luminosos rayos sobre las estensas campiñas, que ya comienzan a verdear, y sobre nuestra azulada sierra que levanta sus picos á lo lejos.

Las giras al campo en esta semana han sido muchas; ya en coches, que parece que escitan la alegría al oír las campanillas que agitan los caballos y los chasquidos del latigo, y las voces alegres de los que van dentro, ya en el famoso potro cordobés, tan ponderado en nuestras leyendas antiguas, y ya en grupos numerosos que marchan por la carretera al animado compás del pasa-calle, que vibra en las cuerdas de nuestra clásica guitarra, son las obligadas **notas** de los caminos de la sierra.

En los ventorrillos, donde el **Montilla** lleva la alegría á los ánimos, á la sombra de una verde parra,

que empieza á dejar caer sus hojas y el viento se
las lleva ¡Dios sabe dónde! se oyen cantares anda-
luces como aquel tan popular que dice:

Cómo quieres que la olvide
Si al tomar la Extremaunción,
En vez de mirar al Cristo,
Mirándome se murió.

DIOGENES

EL TRIUNFO DE INURRIA

Hoy que la opinión pública á una voz protesta contra la ilegalidades cometidas por el Jurado de Bellas Artes en la última exposición de Madrid; hoy que la prensa de Córdoba, cumpliendo con un deber tan noble como elevado de vindicar la honra artística de un joven ilustre cuan modesto cordobés, convocando á todas las autoridades, centros artísticos, científicos y literarios, para fundir en una sola voz la enérgica manifestación de desagravio que esta culta ciudad dá en estos momentos de justa indignación, vamos a ocuparnos de este deplorable asunto, aunque podamos molestar á la reconocida modestia del distinguido autor de "El Naufrago" y pese a aquellos que de buena ó mala fé lleven por su injusticia la responsabilidad y el remordimiento á sus conciencias. Mateo Inurria, hijo siempre del trabajo y llevando por bandera la aplicación y la honradez, hizo concebir grandes esperanzas á sus maestros, desde su ingreso en la Escuela Provincial de Bellas Artes de esta capital, donde recibió su primera educación artística en el dibujo natural, elemental y superior, y en la clase de Modelado y Vaciado; y esta Escuela, puede estar orgullosa de haber criado hijos tan ilustres como este, Muñoz Lucena, Hidalgo de Cavides y otros muchos que darán nombre y días de gloria á la patria que los vio nacer.

Subvencionado por la Excma. Diputación provincial, prosiguió sus estudios en la Escuela Nacional con gran aprovechamiento, hasta que hace poco la misma Corporación, con ese amor hacia el progreseo y el fomento de las bellas artes que le honra, le pensionó para seguir sus estudios en el extranjero, como premio quizá á la magnífica escultura que lleva por título "Materia en Triunfo" que regaló el Sr. Inurria á dicho centro.

Ya en esta obra demostró sus excepcionales dotes de un verdader artista, y puede decirse que de aquí parte su corta pero brillante carrera; todo el conozca este hermoso grupo verá en él esa manera delicada con que trató más tarde las carnes de su última producción "El Naufrago" todo el que haya visto el bajo relieve que modeló para el Ateneo de Córdoba, verá esa corrección de líneas de que hace alarde en su última obra, esa blandura, esa suavidad, ese delicado gusto en la manera de componer y ese estilo especial que imprime a todos sus trabajos y que es exclusivo, original de Inurria.

En efecto: la sensación que ha causado "El Naufrago" en Madrid, ha demostrado que es un escultor nuevo y de primera línea: nunca creyó él, dada su modestia, cuando comenzó a hacer el boceto, que iba a conseguir el triunfo que ha alcanzado; él mismo, cuando terminó su hermosa obra y la expuso a la vista de sus amigos, quizá no sabía lo que había hecho: el verdadero artista desconfía siempre de sí mismo: era la primera vez que con su modesto trabajo (como él decía) iba a presentarse en un concurso donde se disputaban premios nuestros primeros artistas: jamás pasó por su imaginación que su estatua la llegaran a confundir con el natural, ni pudo abrigar la esperanza de alcanzar el triunfo que ha obtenido.

Sí; porque aunque no haya recibido recompensa alguna realmente; aunque el jurado no se haya acordado de aquel joven modesto que ajeno de influencias y pretensiones, presentaba una excelente obra digna de figurar entre las primeras de la Exposición; aunque haya sido inútil que el autor protestase de la autenticidad de su trabajo; aunque haya sido en valde que el Director de la Escuela de Bellas Artes asegurase con su firma que en unión de todos sus maestros y de Córdoba enetera, había visto modelar la estatua, encomiando al mismo tiempo las grandes dotes que desde sus principios adornaban al autor; aunque haya sido

algún crítico mordaz que ha zaherido la reputación artística de nuestro querido amigo, puede estar muy satisfecho que el premio alcanzado ha sido muy superior al que esperaba.

¡Qué mayor triunfo que confundir su estatua con el natural!

Días pasados leíamos un artículo dedicado al señor Inurria, y decía ocupándose de este asunto:

"El Naufrago" en esta ocasión no es aquel que presenta el señor Inurria sugeto á un truncado mastil, zarandeado por las olas: el verdadero náufrago es el artista, que esta vez ha sido juguete de pasiones y maquiavelismos censurables."

Y es verdad; ha sido el naufrago el artista; pero se ha salvado, y hoy ya mira, á aquellos que de buena ó mala fé lo arrojaron sin piedad al agua, con desdén é indiferencia.

ENRIQUE ROMERO DE TORRES

Córdoba 8 de Junio 1.890

JULIO VALDELOMAR

Trémula la mano, oprimido el corazón por un dolor profundo y confusa nuestra vista por las lágrimas que llenan nuestros ojos, escribimos el nombre del notable periodista, del elocuente letrado, del amigo del alma, del poeta, del canoro rui señor que al través de los rigores de su suerte, gastó su breve existencia en cantar las maravillas de la bella Andalucía, oculto en los pensiles de esta vieja ciudad, su amada patria.

Valdelomar ha muerto en la mañana de su vida, cuando aún no había cumplido treinta años, cuando le esperaba un porvenir risueño, cuando todo en derredor le embelesaba, en esa hermosa edad en que al través de engras nubes se divisa el cielo azul, la luz y la esperanza de un nuevo y claro día. Sostenido y alentado por dos ángeles, por una esposa, joven, bella y cariñosísima, ha bajado al sepulcro el vate cordobés en brazos del amor íntimo y puro del hogar que con tonos tan brillantes ha pintado, y con su frente orlaba del laurel que conquistó en nobles justas literarias.

La poesía andaluza está de luto, porque ha muerto uno de los poetas que le dieron esplendor con su fecundo estro y su bien templada lira, á la que, arrancando dulces notas, ora melancólicas o tristes, ora vivas y entusiasmadas, ha cantado de modo inimitable sus nostalgias, y las tradiciones, la historia, las florestas, los tipos, las escenas y costumbres peculiares de esta hermosa región de Andalucía.

El periodismo regional ha perdido uno de sus cultivadores más notables; aún se escuchan los ecos de sus brillantes artículos llenos de entusiasmo patriótico, sus viriles polémicas en el estadio político, en algunas de las cuales, si se llevó del apasionamiento, es error muy dis

culpable, dado el ánimo exaltado del que lidia á cada paso con terribles contratiempos: y Córdoba, su ciudad querida, Córdoba cuyas grandezas y pasadas glorias, con su cielo, sus vergeles y sus mujeres hermosas, tantas veces excitaron su imaginación fecunda, ha perdido un hijo real y amorosísimo que le dio prez y realce con su galana pluma, ispuesta siempre á tomar iniciativas y á secundar cualquier proyecto ó empresa encaminados á hacer recobrar á su abatida patria, su antigua prosperidad y engrandecimiento.

Nacido entre poetas, en ese eden de flores, de luces y armonías, llevado por su inolvidable padre á reuniones literarias, frecuentadas por los más ilustres vates cordobeses, escuchando de continuo doctas discusiones pensamientos y composiciones selectas y aspirando aquella atmósfera impregnada de los efluvios del arte; su talento precoz se fue acreciendo, y con el auxilio de la afición y de un estudio constante, dió principio á cultivar la prosa, la poesía, el periodismo, los artículos de género y á probarse en certámenes y lides literarias, llegando á conquistar durante su tránsito fugaz por esta vida, un nombre ennoblecido en la esfera de las letras.

Conocida es su "Luz Meridional" ya elogiada con justicia por la prensa cordobesa y malagueña, como todas las notables producciones que brotaron de su pluma, y las innumerables que se hallan en revistas y periódicos que prueban su fecundidad prodigiosa y justifican el puesto honoroso que ha obtenido entre los más notables poetas cordobeses.

Presintiendo quizá su fin cercano, Valdelomar en sus postreros días consolaba su tristeza en recopilar estos trabajos repartidos en la **Revista de España**, en la **Ilustración Española y Americana**, en la **Ilustración nacional**, **España y América**, **Blanco y Negro**, **Ateneo de Málaga**, y en otros muchos periódicos y revistas de provincias, con el

objeto de publicar dos nuevos tomos de poesías, en los que aparecieran también frutos inéditos de su inspiración ardiente.

Valdelomar era si mismo un orador fácil, galano y elocuente, de clara y enérgica palabra y de entonación simpática, ya en el estadio literario donde exhibía su corazón de artista, ya en las defensas que hiciera en los extrados, en las cuales denotaba sus conocimientos jurídicos: y sin embargo de esto, Valdelomar ha sido desgraciado, la desgracia, por regla general, es compañera del talento.

Mecido en noble cuna, hijo de una familia ilustre y opulenta, reveses de la fortuna empero le obligaron a luchar desde muy joven con grandes adversidades que hubieran acelerado su fin, á no fortalecerlo su espíritu indomable y el inmenso amor que le profesaba a su familia.

Dotado de una endeble complexión, de un carácter fogoso e independiente, de un espíritu exaltado é impresionable; los disgustos, las fuertes emociones que sufriera, al dejar muy hondas huellas en su débil organismo, minaban su vida lentamente, y su alma, sensible y delicada, sino exenta de firmeza, más dispuesta sin embargo á remontarse á la región de los ensueños, que á bajar á la arena a tomar parte en el rudo batallar de la política, combatida por los sufrimientos, por los tristes desengaños que trae consigo ésta, por las candentes tareas del periodismo, por trabajos excesivos y constantes, superiores á sus fuerzas, y obligado en su lucha tenaz por la existencia, abatida al fin y quebrantada, se rindió y abandonó la tierra para elevarse al cielo que él cantó con dulces tonos, á esa hermosa mansión de paz y de ventura, para hallar reposo á sus dolores y gozar en Dios y en sus eternas maravillas.

El hado adverso quiso, aún no contento, que al buscar

alivio á su dolencia fuera á exhalar su último aliento en las risueñas playas malagueñas, lejos de su Córdoba querida, á la que no le ha sido dado guardar en su regazo las cenizas de aquel hijo entusiasta que tanto amor le consagrara en vida.

¡Insondables misterios del destino! Valdelomar ha muerto sin haber realizado sus ensueños y las dulces esperanzas que lo alentaron en los trances amargos de su agitada existencia.

Del amigo querido, no nos resta ya más que una tumba y una lira muda y enlutada, que habrá de consumir el tiempo: mas del poeta que hacía sentir al alma tiernas emociones con su rica y poderosa fantasía, quedan sus hermosas producciones, que eternizarán su nombre, y con ellas un recuerdo cariñoso, inestinguible, que durará mientras viva su amigo del alma.

ENRIQUE ROMERO DE TORRES

Madrid 18 Junio 93.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Mario J. Vlaudello

Mi querido amigo:

Pasaría por descortés, si al cabo de algún tiempo que vengo supliéndote interinamente, y no sin perjuicio de todos tus lectores en esta sección literaria, no me despidiera de tí hoy que al fin vuelves otra vez en bien de aquellos, á hacerte cargo de ella, y dejara de pedirte mil perdones por el mal estado en que la encuentras.

No sabes qué apuros, qué fatigas, qué sudores; ¡Dios mio! he pasado por no poder cumplir mi cometido de la manera que yo hubiera deseado. ¡A nadie se le ocurre invitarme á escribir la Ojeada semanal! Y no tengo inconveniente en que se entere de esto el ilustrado Querien amigo nuestro muy querido á quien le debes todo el daño que á las letras y á ti te hice.

No ha mucho tiempo que un festivo piconero contemplando en nuestra Catedral el cuadro que representa San Cristobal y admirando su estatura colosal y mucho más sus pies enormes, dijo para sí: "que si el santo hubiera ido á la sierra á jaser picón no hubiera ganao para alpargatas."

Pues si me hubieras visto escribir, hubieses dicho que podría ganar para papel, según las muchísimas cuartillas que yo inutilizaba cada vez que escribía un renglón de la Ojeada: pero en fin, gracias á Dios, he salido del apuro y ya puedes subsanar con tu talento la mal parada sección que há tiempo abandonastes por falta de salud.

Durante tu ausencia, he leído, con fruición, tus cartas, y he sentido al par tuyo tus impresiones y he podido examinar los cuadros expresivos que con toques magistrales has trazado; en ellas, revelabas tus dolores, tus pesares, tus recuerdos melancólicos con ese sentimiento inimitable que tu solo posees nacido de un corazón de artista y de poeta á toda prueba.

Pero ya estabas en Córdoba, en tu patria amada, en la ciudad morisca donde el amor brota entre flores y se acrece fecundado por torrentes de luces y armonías; ya cesaron tus tristezas, tus nostalgias; solo traes aún abierta la herida que abrió en tu corazón la ausencia del ángel que perdistes, pero aquí en nuestra Córdoba querida, bajo esta bóveda azul que nos cobija, ante esta sierra tan cercana al cielo, en esta hermosa tierra de la fé y de la esperanza, custodiada por efigies veneradas, y á la sombra del Arcangel de las alas de oro, habrás de consolarte y con su voz celestial ha de decirte, que aquel bello querube por quien lloras, voló desde tus brazos hasta el cielo á pedir á Dios dicha y ventura para sus padres.... y deseándote consuelo y salud completa, te reitera su inalterable afecto tu admirador.

DIóGENES

DISCURSO LEIDO EN LA SESION INAUGURAL DE LA REAL
ACADEMIA DE CIENCIAS BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA EL DIA 17 DE ENERO DE 1.928.

Señores:

Honrado por esta Real Academia con el encargo de escribir el discurso inaugural en el presente año académico, debo ante todo hacer pública mi gratitud a esta docta Corporación, por el honor que me ha dispensado y muy en particular a su digno Director D. Manuel Enriquez Barrios, que tuvo la bondad de proponerme para el desempeño de tan honrosa como delicada misión.

Grandes son las dificultades que hay que vencer al dirigirse al público, cuando una Academia reanuda sus tareas; pues si en tal momento no puede efectuarse en el discurso inaugural, la enunciación de los diversos trabajos científicos, literarios o artísticos que la Academia quisiera realizar en el nuevo año de su existencia, tiene al menos que dilucidarse un punto importante de los más capitales, objeto de su instituto, si bien procurando que el tema elegido se presente claro, sencillo y sin afectación, a la vez que agradable y atractivo; para que así se acoja mejor por el auditorio, acortando cada vez más las distancias entre la generalidad de las gentes y las Academias, Corporaciones que se miran por algunos, a manera de misteriosas esfinges, que necesitan un Edipo, para adivinar sus altos juicios.

No, las Academias ni son, ni deben ser esto.

Mientras más alteza tiene la Ciencia o el Arte, más claros han de ser sus resplandores; mientras más importantes sus descubrimientos y trabajos, más llana y fácilmente ha de transmitirse a la multitud ansiosa de saber.

Yo confío después de esta jornada en vuestra bene-

volencia, que compañera inseparable de la sabiduría, suplirá con lo que me sobra de buen deseo, lo que de ciencia y amenidad me falte.

El tema que me propongo desarrollar es referente al pintor Antonio del Castillo: justificación de errores sobre su vida y sus obras.

Voy a hablaros del pintor del siglo XVII^o Antonio del Castillo y Saavedra, del artista que dio tanto brillo con sus obras, a Córdoba su patria; del que fue tan aplaudido por el Clero y la Nobleza, del gran maestro como en aquella época le apellidaban; que al bajar al sepulcro tras de una vida de lucha consagrada al arte y a ensalzar con sus pinceles las glorias de la Iglesia, ni un recuerdo mereció de sus contemporáneos. ¡Increíble ingratitud! que extinguiría los estímulos más nobles, si al artista de todos los tiempos, no le alentara el sentimiento sublime del amor al arte por el arte, no contaminado por la más ligera mancha de egísmo.

La desgracia le persiguió después de su muerte. Los pocos datos biográficos que de él han llegado hasta nosotros, están en su mayoría equivocados y sus obras más notables han sido atribuidas a otros grandes maestros.

La posteridad fué injusta con Antonio del Castillo.

Y así como hace años descubrimos la patria de otro pintor insigne discípulo suyo, de Valdés Leal que pasaba por cordobés y era sevillano y dimos a conocer importantes documentos sobre su vida, y muchas obras suyas que estaban ignoradas, del mismo modo ahora tendrá por finalidad este trabajo, no solo dar nuevas noticias sobre la vida de Antonio del Castillo, sino además rectificar muchos errores sobre la misma; así como también respecto a su fecunda labor artística, gran parte de ella diseminada en Museos extranjeros y en colecciones particulares y desgraciadamente atribuida a otros ingenios del arte.

¡Pobre Castillo! Tus mejores obras aparecen como originales de otros grandes pintores que gozaron de más fama. Tu que pudiste alcanzarla como el que más, renunciaste a ella por recluirte en Córdoba, tu amada tierra cuna de tus amores, donde viviste consagrado al arte sufriendo privaciones, ingraticudes y amarguras para morir joven y pobre. Tu, de carácter bondadoso, modesto, sin grandes aspiraciones, de alma noble y generosa, como claramente lo demuestras en tus obras magistrales, tuviste la desgracia de que el destino, siguiendo una falsa leyenda pretendiera injuriar tu memoria presentandote como rico, soberbio, vanidoso y lo que es peor aún; que llegara a afirmar que en tu pecho anidaba la envidia.

¡Que gran injusticia! Por fortuna un ferviente admirador tuyo se ha impuesto la árdua tarea de dedicarte un libro -que aparecerá pronto- donde haciéndote justicia, se rehabilitará tu nombre y tu gloriosa personalidad artística.

Mucho se ha fantaseado sobre la vida de Antonio del Castillo por algunos escritores que copiaron integra la biografía de este, hecha por Palomino con todas sus ineffectitudes, sin tomarse el trabajo de comprobarlas y añadiendo otras inventadas por ellos, sin guardar el respeto debido a la verdad y a la memoria del insigne pintor.

Bien es cierto, que la mayor parte de las biografías de nuestros pintores y escultores antiguos, está por hacer.

Para hablar a conciencia de cualquier artista, hay que comprobar sus datos biográficos; para hacer su verdadera filiación y completar su personalidad artística, es menester conocerlo moralmente por sus obras, esto es; estudiar por medio de ellas, su manera de ser, sus cualidades de carácter, sus tendencias y el ideal que cautivó su alma e inflamó su inspiración en las esferas del arte.

Afortunadamente vivimos en una época de febril investigación; a diario están saliendo a la luz nombres de artistas que estuvieron ignorados durante muchos siglos y

numerosas obras que estaban envueltas en el anónimo. La crítica moderna cada día realiza mayores triunfos, revelándonos errores, secretos y misterios que parecían por completo inexplicables.

Comencemos por rectificar que Agustín del Castillo, padre de Antonio, no nació en el año de 1.565 como equivocadamente afirma Cean Bermudez, Tubino y todos sus biógrafos que copiándose unos a otros han venido hasta hoy transmitiéndonos tal error.

Agustín del Castillo, no era sevillano, era extremeño, natural de Azuaga provincia de Badajoz; hijo del licenciado Antonio Matias, abogado y de Dña. Catalina de Saavedra, según reza en un documento que daremos a conocer cuando salga a la luz la obra que estamos terminando y que llevará por título "Antonio del Castillo, Su Epoca, Su Vida y Sus Obras."

Agustín después de haber estudiado en Sevilla en unión de su hermano Juan del Castillo -que tampoco había nacido allí- con Luis Fernández profesor de gran prestigio, se trasladó a Córdoba en el año de 1.612.

Nada dicen Palomino ni Cean Bermudez de su casamiento verificado en esta capital, el 22 de Julio de 1.613, con una cordobesa llamada Ana de Guerra, hija de Diego de Guerra y de Antonia de Aguilar, siendo testigos Juan Bautista Herrera y Sebastian de Peñaranda, plateros.

Bien pronto, Agustín, empezó a ejercer su noble arte con mucho crédito, por la sencillez y corrección que daba a sus figuras; tuvo mucha práctica y manejo en pintar al freco y dejó varias obras en esta ciudad, que desgraciadamente han desaparecido.

De su mérito como pintor al óleo, son una prueba, varios cuadros que hemos descubierto en algunas Iglesias de esta ciudad, además de los tres que se conservan en el Museo Provincial de Bellas Artes que representan: "La Purisa" "La Santísima Trinidad" y "San Bernardino de Sena" y un precioso dibujo a pluma de cuatro cabezas de estudio, hechos con maestría en el que se revela como un gran dibujante.

Ceán Bermudez que copia a Ponz, y da como cierto lo que este oyó decir, afirma que el hermoso cuadro existente en la Catedral de Cádiz titulado "La Adoración de Los Reyes", está firmado de mano de Agustín del Castillo y así venía creyéndose por sus biógrafos, y por todos los historiadores gaditanos; pero hace años, con motivo de habernos encargado el Gobierno de S.M. la catalogación de los monumentos, históricos y artísticos de aquella provincia (obra próxima a publicarse), pudimos comprobar que no hay tal firma en este lienzo, completamente distinto en técnica y colorido de los cuadros del padre de Antonio del Castillo: y que era original del pintor flamenco Legot, opinión ratificada por el notable crítico alemán Augusto Mayer, según puede verse en nuestro trabajo intitulado "El Pintor Pablo Legot" que publicó en 1.910 "La Revista de Archivos Bibliotecas y Museos".

No es de extrañar que esta pintura pasara ante la perspicaz y profunda crítica de Ceán Bermudez como original de Agustín del Castillo. La grande y benemerita labor de este insigne erudito, tiene indudablemente algunos errores y lagunas. Es imposible que un crítico, por muy notable que sea y aunque esté dotado de un exquisito espíritu observador, pueda recopilar, distinguir y clasificar en un libro toda la inmensa producción artística de varios siglos, sin dar lugar a muchas equivocaciones.

Tanto a Palomino, como a Ponz y a Ceán Bermudez les cabe la gloria de haber sido los primeros que empezaron a catalogar nuestra gran riqueza artística, hoy ya tan mermada por desgracia. Ellos son los que nos han suministrado -como si digéramos- la síntesis de ella; los que nos dejaron los inapreciables y poderosos materiales que han servido de base a posteriores investigaciones y estudios modernos.

Al casarse Agustín del Castillo, se fué a vivir al lado de sus suegros que habitaban desde hacia muchos a-

ños en la segunda casa de la primera calleja de la Alhondiga.

De su matrimonio con Ana de Guerra, tuvo cuatro hijos que se llamaron Antonio, Catalina, Agustín y Francisco, los tres últimos desconocidos hasta ahora.

Nació Antonio el 16 de Julio de 1.616.

Catalina, el 6 de Febrero de 1.619.

Agustín, el 8 de Febrero de 1.624, y

Francisco, el 22 de Noviembre de 1.626.

Aunque de todos ellos tenemos bastantes datos biográficos los omitimos en esta ocasión, para darle brevedad a este trabajo y solamente hablaremos de Antonio, del primogénito que vino al mundo para seguir con mayor brillantez la tradición artística de su padre.

Este murió el miércoles 23 de Julio del año 1.631 y no en 1.626 como aseguran Ceán Bermudez y otros escritores. Fue enterrado en la Catedral.

Es muy probable que Ana de Guerra al quedarse viuda con cuatro huérfanos de muy corta edad, buscarse el amparo de sus padres que aún vivían, y a su hijo mayor Antonio, todavía un mozalbete que había demostrado grandes aptitudes para la pintura recibiendo las primeras lecciones de su padre, lo enviase a Sevilla para proseguir sus estudios al lado de su tío Juan.

Ya hemos dicho, que nació Antonio del Castillo el día 10 de Julio de 1.616 y no en el año de 1.603 como afirma Ceán Bermudez, es decir, trece años más tarde. Su partida de bautismo la dimos a conocer hace tiempo en la revista "MUSEUM" de Barcelona, al hablar del retrato de D. Luis de Góngora atribuido equivocadamente a este pintor, el cual solo tenía once años a la muerte del gran poeta.

No usó Castillo el apellido de su madra Ana de Guerra, tomó el de su abuela paterna Catalina de Saavedra, como era costumbre en aquella época; llamándose Antonio del Castillo Saavedra.

No hemos podido averiguar con certeza la casa donde nació Antonio del Castillo, aunque es muy probable que fuera, la que hacía el número cuatro, después de la casa de la Alhóndiga y de las callejas primera y segunda de la citada plaza, dos casas antes de llegar a la calle de la Cadena; pues allí vivían sus padres en el año de 1.614 según hemos comprobado en el padrón de la Catedral.

A la muerte de su padre solo contaba 15 años y no 23 como dicen sus biógrafos cuando se trasladó a Sevilla; para proseguir la pintura con su tío Juan del Castillo, pintor de cierto nombre, sesudo y erudito admirador de Luis de Vargas a cuya casa convertida en Academia concurrían a disertar sobre materias de arte los pintores sevillanos más acreditados.

Acogido el principiante con gran cariño por su tío y admirado de las grandes facultades que mostraba su sobrino, lo llevó con buen acierto a la Academia de su comprovinciano Francisco de Zurbarán pintor naturalista de la nueva escuela, de gran talento, quien aunque muy joven gozaba ya de gran reputación en la Península.

Castillo ante las obras de los grandes maestros españoles y las de los italianos y flamencos que se habían avencinado desde el Siglo XVI en la Metrópolis andaluza, al calor de las riquezas que importara a esta ciudad el "Nuevo Mundo" quedó vivamente impresionado; por otra parte el estilo grandioso, la realidad, la expresión, la castidad y ascético idealismo que palpitan en las obras de Zurbarán, le cautivaban; la belleza y corrección en la forma de la escuela clásica le seducían, y estas impresiones, aun no bien combinadas en el alma del incipiente artista, ejercieron gran influencia en su temperamento y decidieron a la postre su porvenir artístico.

Y sin embargo, no por esto ha de decirse que el discípulo al seguir tan de cerca a su maestro, fué imitador de

este; pues en sus cuadros demuestra que estudió, otras escuelas; y que como artista de grandes vuelos, desdeñando la servil imitación, eligió, de todas las obras que estudiara, lo más bello y selecto y que más se aviniera con su gusto; para obtener como obtuvo, sin abdicar del ideal naturalista a que el país aspiraba; el estilo independiente y característico que después predominó en sus obras.

Revela también en estas el artista cordobés, que, además de las facultades que le adornaban, poseía una ilustración no común en los pintores de aquel tiempo; por otra parte existen pruebas de que fue aficionado a la escultura, a la arquitectura y de que no era extraño a la poesía.

Más, dado el tiempo, que Castillo debió habitar en la ciudad del Betis, hasta volver a Córdoba formado ya un profesor en tan difícil arte, no será aventurado suponer que aquellos conocimientos los hubo de adquirir en dicha gran ciudad, la cual si no era ya tan rica y floreciente como lo fue en el siglo XVI, no debemos olvidar que aun la llamaban la moderna Atenas, y que en España, fuera de la Corte, era el emporio de la ciencia, de la literatura y de las artes.

Palomino no fija el tiempo que duraron los estudios de Castillo en Sevilla; Cean Bermudez dice que allí, fue corta su estancia, sin base alguna en que apoyar tal noticia, dado que en poco tiempo no se adquieren los conocimientos de que Castillo alardea en sus obras.

¿Pudo adquirirlos en Córdoba cuando volvió de la ciudad hermana? No; porque Córdoba entonces, alejada del movimiento artístico, cuyo centro, a parte de la Corte, era Sevilla como ya se ha dicho, no contaba con los medios poderosos que esta ofrecía.

Nosotros hemos averiguado que Castillo vivió cuatro años en Sevilla de donde probablemente vino a casarse

con su primera mujer D^a Catalina de la Nava, de la cual nadie ha dado noticia, volviendo a Córdoba precedido de la consideración que entonces merecían los artistas que iban a estudiar a la ciudad que reflejaba las grandezas artísticas de Italia, cuando ya era un maestro aunque muy joven; pues sólo contaba entonces 22 años.

Los grandiosos frescos de Mateo Pérez de Alesio, que decoraban los muros de la Basílica Hispalense y los del famoso Luis de Vargas que a la sazón embellecían los moriscos ajimeces de la Giralda y otros muchos que los hombres y el tiempo destruyeron; le inculcaron esa facilidad, esa firmeza y esmerada ejecución que llegó a obtener en este linaje de pintura uno de los más difíciles por su procedimiento; y por último, en los palacios de la misma ciudad, reformados y construidos al estilo del Renacimiento, había encontrado temas de estudio para afirmar sus aficiones al arte arquitectónico, y en los templos obras admirables de escultura para cultivar el Arte de Fidias y de Praxiteles.

Aparece Antonio del Castillo, establecido en Córdoba, en el 1.637, en la segunda casa de la calle Calcetería, después de la calle de los Jurados y de las dos callejas antes de llegar a la llamada Pimentera, con esa mujer Catalina de la Nava y su hermano menor Agustín.

En este mismo año, nació un hijo suyo llamado Rafael Castillo de la Nava que murió al poco tiempo.

En el 1.638, se mudó a la última casa de la calle de Chapinería próxima a la Portería de Santa Clara.

Siguió viviendo en la misma casa hasta el año 1.640 y al año siguiente se mudó a la segunda casa de la segunda calleja de la Calle Romero. El padrón se hizo empezando por la calle del Baño y la del Arquillo del Arcediano.

Por este tiempo, nació otro hijo suyo llamado Diego y entonces vivía Castillo con su madre Ana de Guerra y su hermana Catalina.

En 1.644, se mudó a la primera casa de la calle de la Paloma según indica el padrón de confesiones que venía haciendo por la calleja de los Angeles vuelta a la calle Real.

En este año, tuvo la desgracia de que se murieran su segundo hijo Diego y su mujer D^a Catalina de la Nava que fue enterrada en la Catedral el 31 de Noviembre, según consta en el libro de Obvenciones de dicha Iglesia.

Siguió Antonio del Castillo, ya viudo en el año de 1.645, viviendo en la misma casa, pero en los sucesivos de 1.646 y 1.647, se fueron a vivir con él, su hermana Catalina y su cuñado Pedro Castillejo.

Al año siguiente, Castillo se mudó al barrio de Santo Domingo de Silos y el 11 de Abril de 1.649, se leyeron sus amonestaciones en la Iglesia de la Catedral con D^a María de Valdés, hija de D. Simón Rodríguez de Valdés y de D^a María de Valenzuela, casándose el 25 del mismo mes.

En 1.650, ya casado en segundas nupcias se fue a vivir con la familia de su mujer a la casa que hace el nº 4 de la calleja Pimentera.

En este año y en el anterior, hubo peste en Córdoba y a consecuencia de la epidemia, murieron dos cuñados suyos llamados Cristobal y Pedro de Valdés en los días 20 y 21 de Mayo.

El día 24 de Julio del mismo año de 1.650, se publicó la salud en la ciudad, con gran alegría y regocijo de todos.

Muy pronto volvió a enviudar Antonio del Castillo; a los dos años y meses, moría su segunda mujer D^a María de Valdés y Valenzuela, y en 24 de Septiembre de 1.651, fue enterrada en el convento de San Francisco.

Catorce años llevaba Castillo residiendo en Córdoba y durante este periodo, hizo muchas obras que no hemos querido enumerar para que sea más breve este trabajo y no cansar vuestra ilustra atención.

Seguía viviendo en la misma calleja de Pimentera en 1.652, cuando se ausentó de esta ciudad, sin duda para distraerse y mitigar la pena sufrida por la pérdida de la segunda compañera de su vida y quizás se marchara a Sevilla a recordar los primeros años de juventud con sus antiguos discípulos y después a Madrid para conocer las obras de los grandes maestros italianos y flamencos

establecidos en la Corte y también deseoso de admirar las que tanto renombre le habían dado al famoso pintor de Felipe IV, Diego Velázquez de Silva. Y es dado suponer que en la corta temporada que allí residiera, pintara algunos de los cuadros que se conservan en el Museo del Prado y en el Real Convento de la Encarnación de aquella Villa y Corte.

Dos años aproximadamente faltó de Córdoba y durante este tiempo murió su suegro D. Simón Rodríguez de Valdés el 2 de Octubre de 1.653, siendo enterrado como su hija en el panteón familiar que tenían en el convento de S. Francisco.

Castillo, que sin duda alguna era un ferviente enamorado del matrimonio, que no podía vivir feliz sin tener en su hogar una buena y hermosa compañera que con él compartiera sus penas y alegrías y le sirviera de estímulo en su lucha constante por la vida, a su regreso a Córdoba, volvió a casarse en terceras nupcias con D^a Francisca de Lara Almoguera en 30 de Julio de 1.654 y se velaron con licencia del Sr. Provisor del Obispado, en el oratorio del Cortijo llamado Rubio el Bajo en la campiña cordobesa, el 31 de Enero de 1.655, un año después de su casamiento.

Por esta época, tenía su domicilio en la calle del Horno del Javán después del Convento de Jesús Crucificado.

Al año siguiente se mudó a la última casa de la calleja de Peñaranda después de la puerta de Santa Catalina y antes de entrar en la calle de Carniceros.

Durante los años 1.657, 58 y 59 siguió en el mismo domicilio y de aquí se marchó al barrio de la Magdalena donde aparece empadronado un año antes de morir, con su mujer Francisca de Almoguera y Marcelo Antonio del Castillo, probablemente hijo suyo.

En la casa de la calle de los Muñices, que lleva en la actualidad el nº 21 es, donde, según hemos podido comprobar exaló el último suspiro.

Hace años tuvimos la gran satisfacción de que a nuestro requerimiento, expuesto en una revista local, donde

dábamos a conocer la partida de defunción y la casa donde murió el gran artista, el Exmo. Ayuntamiento acordara, colocar en ella, una lápida conmemorativa que dice así:

"En esta casa murió el 2 de febrero de 1.668, Antonio del Castillo y Saavedra insigne pintor, Arquitecto, escultor y poeta. El Ayuntamiento tributa este homenaje, a tan preclaro hijo de Córdoba".

Murió Castillo el 2 de Febrero de 1.668, todavía joven a los 52 años; y no en el año de 1.667 a los 64, como afirma Cean Bermudez; y fue enterrado en la Iglesia de la Magdalena.

Su memoria y los restos del ilustre pintor fueron dados al olvido. En el año 1.912, también por nuestra iniciativa, el Ayuntamiento colocó su retrato en esta sala capitular, y a la calle que llevaba sólo el apellido, Castillo, se le puso además su nombre para mayor claridad y conocimiento de la personalidad a quien perpetuaba.

Su autorretrato fué descubierto en 1.895 por nuestro inolvidable D. Rafael Romero Barros, en uno de los cuadros que pintó Castillo para el Santuario de la Fuensanta que representa "La Negación de San Pedro" y del cual se conserva en el Museo de Bellas Artes, una copia hecha por Palomino; en cuyo lienzo imitando a los pintores flamencos y a algunos españoles, se retrató, haciendo su figura visible, por llevar un traje del siglo XVII y no hacer papel alguno en la escena representada. Aparece en último término de noble y simpático aspecto y gallarda estatura; representa de 45 a 50 años, y concuerda con el retrato moral que de él hace Palomino, que llegó a conocerlo, cuando dice, era de carácter noble, bondadoso, sencillo alegre y expansivo y en el decir ocurrente.

Cuenta este erudito escritor, que al ver Alonso Cano, algunos cuadros del pintor cordobés dijo: "Que lástima que dibujando tan bien, no venga a Granada para aprender a pintar" a lo que Castillo al saberlo contestó; "Mejor será que él venga por acá y le enseñaremos a dibujar".

Sucedió que en cierta ocasión, un pintor mediano de esta ciudad que se llamaba Acisclo (cuyo nombre corrompía el vulgo llamándole Ciscos;) habiendo hecho alguna pintura de la que estaba más satisfecho de lo que debía, dijo con gran jactancia: "mis pinturas castillean", entonces Castillo respondió al momento: "Sus pinturas Cisquean que no castillean."

Quizás inspirado en las noticias que suministra Palomino, un distinguido escritor moderno ha dicho que Castillo era "festivo, bullicioso, epigramático, comunicativo y muy dado a amoldarse a todas las circunstancias de la vida" y en verdad que con estas pinceladas queda hecho su retrato con un gran parecido.

He aquí, señores, a grandes rasgos el resumen de la biografía de este eximio artista, hasta ahora desconocida, que ya ampliaremos debidamente cuando se publique, y las rectificaciones a los pocos datos que acerca de su vida se habían escrito.

Y ahora hablaremos de sus obras, aunque sea muy brevemente para no cansar vuestra atención.

Antonio del Castillo perteneciente a la rama artística que brota del tronco de Luis de Vargas, el generador de la escuela sevillana, con Luis Fernández, crece con Roelas, se desarrolla con Zurbarán y los Herreras y viene a florecer con Velázquez y Murillo, ~~de los cuales~~ especialmente del maestro extremeño, creemos ver en él alguna influencia.

Pero quien conozca las obras principales del artista cordobés y las estudie con detenimiento, habrá de observar en ellas, ciertos rasgos especiales debidos a sí mismo y a otra escuela distinta a la de Zurbarán, que debió excitar el gusto artístico de aquel y dejar impreso en sus obras el sello de su influencia.

Zurbarán es el pintor religioso por excelencia de quien un crítico extranjero dice: "Que poetizó el dolor y la resignación", católico, grave y austero como Juan de Juanes, gusta de representar las escenas más sombrías y que puedan infundir más temor y sobrecogimiento en el ser más descrei-

do, para que le hagan olvidar la tierra, levantar la vista al cielo y abrir su corazón al arrepentimiento; y Castillo, católico también, pero dotado de un carácter dulce e impresionable, según en sus obras demuestra, se aparta del camino del dolor y la tristeza y sigue con fruición, el que le lleva a las plácidas y tiernas alegrías de las glorias celestiales, y pinta los triunfos de la Iglesia, sus santos, sus profetas, sus apóstoles y mártires y los premios que en las altas mansiones les prepara el Dios de las piedades.

He aquí, pues, la diferencia que a nuestro sentir hallamos entre estos dos pintores, que dentro de un mismo ideal, pero con temperamento distinto, impulsaron con otros maestros de su época, el progreso de la escuela místico-naturalista.

Y esta diferencia viene también a demostrarnos que Castillo durante su permanencia en Sevilla, no se limitó exclusivamente a estudiar a Zurbarán, ¿Y cómo un artista impresionable, de superior talento había de ser insensible a los encantos que ofrecían las obras clásicas y religiosas que Sevilla atesoraba?.

Al estudiar con detenimiento todas las obras de Castillo, se advierte que en muchas de ellas, no ostenta el color ni la maestría misma y que a veces de acuerdo, o por intuición se asimila a otros maestros de su época, sin que por esto, pierda su sello especial y tan característico, que le distingue entre todos los pintores de su tiempo.

El "San Dimas" y "La Santa Elena" que se conservan aunque muy deteriorados por desgracia en la Iglesia de Jesús Nazareno, son dos joyas del arte, en las cuales el autor difiere del tecnicismo y del color que muestra en casi todas sus obras.

En estas dos que pintadas al óleo sobre el muro, flanquean el ingreso al Presbiterio, luce Castillo todo su esplendor y las galas de su correcta línea, sus conocimientos

en la ciencia del desnudo, en los escorzos, en la expresión de los efectos y el brillantez, del claro obscuro.

La manera es franca, espontánea, magistral, el dibujo admirable y el color es tan fresco y hermoso, que especialmente el cuerpo y la cabeza de San Dimas parece que están pintados por Velázquez.

En la misma Iglesia existe otro cuadro de más composición y movimiento y de mayores dimensiones que las pinturas mencionadas, cuyo asunto es "La Asunción y Coronación de la Virgen". Esta obra aunque ejecutada por encargo de Don Gómez de Figueroa y no del todo libre de su influencia, es sin embargo, una, de las en que ha logrado el artista, a través de los caprichos del magnate cordobés, demostrar las galas de su ingenio en asunto de más dificultad y de mayor importancia.

El color es caliente, pastoso y fino y parece que en este cuadro ha abdicado de los tonos grises y algo secos que dominan en muchas de sus obras. Es este uno de los cuadros más perfectos que salieron de las manos de Castillo, dada la delicadeza, la finura y esmerado acabamiento que desplegó en su ejecución.

Completamente distintos de esta obra, son los tres cuadros que se conservan en el Museo de Bellas Artes que representan las figuras de tamaño mayor que el natural de cuerpo entero, de San Francisco de Asís y Sto. Domingo de Guzmán y en otro, de Sto. Tomás de Aquino; los cuales se admiran en la sala que hemos dedicado al maestro cordobés en dicho Museo. En el último de estos cuadros, parece que recuerda a Zurbarán; pero en el Santo Domingo y San Francisco no recuerda a maestro alguno; en ellos se revela a sí mismo, grandioso, original, independiente, sobrio y pastoso en el color y tal alarde hace en ambos de franqueza y del dominio de la línea que examinado el Sto. Domingo por nosotros, a muy corta distancia, dentro del espacio que ocupa el lienzo, la esfera y el perro con la an-

torcha que están a sus pies, sólo distinguimos un conjunto informe de colores, sentados en la tela con grandes y potentes pinceladas, cuyo bellissimo efecto no pudimos razonar hasta que elevaron el cuadro a la altura en que debió estar colocado.

En su famoso cuadro donde dió una lección de modestia a su discípulo Juan de Alfaro, al poner en vez de su firma: "Non fecit Alfaro" haro ya de que este al volver a Córdoba después de estudiar en Mairid con Velázquez firmara todos los cuadros que pintaba con ridícula jactancia, tiene trazos velazqueños como la hermosa figura del donante, algunas cabezas del último término y la masa donde están colocados unos jarros y bandejas de plata.

La mayor parte de las composiciones de Castillo son sencillas y están ejecutadas en cuadros de mediana o pequeñas dimensiones como "La Sagrada Familia" cuya Virgen parece de Zurbarán, "La Anunciación" donde destaca la preciosa figura del Arcangel rodeada de cabezas de querubines que Castillo pintaba como nadie.

"San Pedro" y "San Pablo" que por lo bien dibujadas dan la sensación de esculturas. "San Rafael" elegante figura tocada con sombrero chambergo. "Cristo muerto rodeado de ángeles" cuyo color y técnica recuerdan a Valdés Leal.

Fuera del Museo, pueden admirarse los de "La Vida de Cristo" que decoran la Iglesia de la Fuensanta. "San Pelagio oyendo su sentencia" en una capilla de la Catedral. "La Purísima" en el coro y los tres cuadros más pequeños que representan respectivamente a "La Virgen del Rosario", a "San Sebastian" y a "San Roque" decorando el retablo de otra capilla de nuestra Basílica. Estos tres cuadros los pintó Castillo con primor aunque sin abdicar de su facilidad y franqueza; el de San Sebastian es hermosísimo y la pierna que descubre en su apostura, preparado ya al martirio está tan bien delineada y colorida que puede competir con la gamba famosa del cuadro de Luis de Vargas. El retablo y "La Purísima" de la Iglesia de Sta. Marina. "La

Adoración de los Reyes" y de "Los Pastores" asuntos que repitió no pocas veces con ligeras variantes y otros muchos cuadros de asuntos religiosos que están repartidos en las Iglesias y en poder de particulares.

Si Castillo ha demostrado que en las grandes figuras es correcto, franco y elegante, en las pequeñas, une a estas cualidades brillantez, facilidad y una gracia en el toque inimitable.

Sobresalen entre estos cuadros que pudiéramos citar en prueba de esto, el escudo de "La Purísima Concepción" un "Cristo" pintado sobre una Cruz de madera y "La Piedad" bellísima tabla que parece hecha por un maestro flamenco, existentes en el Museo.

Los dos pequeños lienzos que descubrimos en la Iglesia de San Francisco; y los que también dimos a conocer, que decoran los retablos de las parroquias de Bujalance y Espiel.

Otros muchos pudiéramos citar; pero desistimos por no ser más extensos y sólo mencionaremos algunas de sus obras atribuidas a otros grandes pintores.

La primera vez que admiramos el gran Museo del Prado, llamaron nuestra atención seis hermosos cuadros que representaban otros tantos pasajes de la Historiade Joseph de igual tamaño y brillante colorido, en cuyos targetones colocados en la parte inferior de sus respectivas molduras, aparecían como originales del pintor granadino Pedro de Moya.

La paternidad artística de estos lienzos resaltaba a nuestra vista más dudosa, a medida que íbamos contemplándolos detenidamente, por la gran semejanza que guardaban con el estilo inconfundible del pintor cordobés Antonio del Castillo, algunas de cuyas obras nos eran conocidísimas desde nuestra infancia por haber vivido siempre al lado de ellas en el local del Museo donde se exhiben. Nuestra creencia de que aquellos cuadros eran de Castillo, se arraí

gaba más, a medida que los años pasaban, llegando a adquirir pleno conocimiento cuando en Granada tuvimos ocasión de ver las obras de Pedro de Moya completamente distintas en dibujo, técnica y colorido de las del pintor cordobés. Así lo manifestamos a algunos críticos nacionales y extranjeros y al eminente artista D. José Villegas Director que fue de aquel Museo a quien además facilitamos copias de documentos inéditos sobre la vida de Castillo; hasta que en la última edición del Catálogo de dicho Museo del Prado de 1.913 (edición francesa), al reseñar los mencionados cuadros hay una nota muy honrosa para nosotros que dice así:

"Adquiridos por el Gobierno según informe de la Real Academia de San Fernando, en la suma de 9,625 Ptas. (R.O. de 8 de Abril de 1.863), este cuadro y los cinco precedentes figuraban en los catálogos anteriores como de mano de Pedro de Moya. El profesor Justi así como otros apreciables críticos los creían de Antonio del Castillo. Ultimamente el inteligente secretario de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba D. Enrique Romero de Torres, cuya competencia en esta materia es una garantía de la exactitud de su juicio, en una monografía concienzuda e interesante que prepara para rehabilitar la memoria del pintor cordobés olvidado, prueba que este cuadro y los cinco restantes, son obra de su pincel. La Dirección conformándose con estas opiniones, ha quitado el nombre de Pedro de Moya del Catálogo. D. Enrique Romero de Torres ha descubierto también las partidas de nacimiento y defunción de Antonio del Castillo y a su amabilidad debemos las rectificaciones hechas".

Miden cada uno de estos bellísimos cuadros 1 m. 09 de ancho por 1,43 de largo y en ellos se revela Castillo no solo como un gran compositor, sino como un colorista admirable; empleando en su técnica el procedimiento de veladuras que usaron los maestros venecianos. Estos lienzos

quizás sean los mejores que pintó Castillo en su vida y además ostentan el sello inconfundible de su personalidad.

Pedro de Moya jamás pudo soñar el hacer estos cuadros que pasaron por suyos durante tantos años con perjuicio de su verdadero autor.

En nuestro decidido empeño, de rehabilitar a tan preterito como eminente artista Antonio del Castillo hemos averiguado que en el Museo de Dresde existe otro notable cuadro suyo que representa los dos "San Juanes" el cual está equivocadamente atribuido a Ribalta.

Los herederos de la Galería de López Cepero en Sevilla, tenían tres cuadros que estaban catalogados como de escuela sevillana y eran originales de Castillo: representan "Santa Inés" "Martirio de S. Sebastian" y "Una escena rústica".

Cuando hicimos un viaje a Italia y visitamos Florencia, en la magnífica Galería de Uffice, vimos con sentimiento que tres preciosos dibujos de Castillo firmados con sus iniciales A.C. como acostumbraba a hacerlo en algunas de sus obras, estaban atribuidos al gran maestro granadino Alonso Cano. Representan "El Martirio de Santa Catalina" "La Degollación de San Juan Bautista" y la "Exaltación de la Cruz". Sin duda tal error, ha sido debido a coincidir las iniciales con las del célebre escultor.

Hace muchos años que el inteligente especialista sevillano D. Alfonso Cañaveral poseía tres hermosos lienzos firmados por Antonio del Castillo y le borrarón la firma para venderlos a un extranjero como originales de la primera época de Velázquez.

En Madrid hace poco tuvimos ocasión de admirar a instancias del distinguido crítico Sr. Allende Salazar un San Pedro, de medio cuerpo tamaño natural atribuido a Velázquez y que más bien parece de Castillo.

Y recientemente el mencionado crítico de arte ha estudiado en Londres un importante cuadro español atribuido

por algunos a Velázquez y que más bien parece de Castillo.

Y recientemente el mencionado crítico de arte ha estudiado en Londres un importante cuadro español atribuido por algunos a Velázquez y por otros a Zurbarán y que él cree que se trata de una magnífica obra de Antonio del Castillo.

Ya véis señores la personalidad artística de este gran pintor; como dibujante excedió a todos los artistas más famosos de su tiempo, según puede verse en los magníficos dibujos que guarda nuestro Museo y los que existen en la Biblioteca Nacional y en colecciones particulares; fue un gran competidor y excelente paisajista y un gran pintor de retratos de los cuales hemos descubierto uno en el colegio de la Asunción y otros en el Palacio Episcopal. De su gusto arquitectónico se conserva el proyecto de la portada del Perdón de la Catedral, en la sección de dibujos del Museo de Bellas Artes, como también bellos diseños que hacía para los plateros cordobeses; y de sus aficciones a las letras obtuvo el segundo premio por una poesía a San Rafael en la justa literaria celebrada el 22 de Mayo de 1.651.

De su enorme labor os dareis cuenta, al saber que además de sus obras más conocidas, hemos descubierto más de setenta cuadros y otros tantos dibujos que daremos a conocer oportunamente.

Pero hay que rectificar por último una leyenda que iniciada de buena fe por Palomino, ha sido falsamente interpretada después por otros escritores que sin fundamento alguno han fantaseado al hablar de Castillo diciéndonos que era de carácter orgulloso y alhagado por la fortuna, se creía el mejor pintor de Andalucía, y que enfermó de envidia un año antes de su muerte cuando fue a Sevilla y con asombro delante de un cuadro de Murillo exclamó: "Ya murió Castillo" ¡Y esto no es posible creerlo! tan repugnante vicio no podía tener cabida en quien supo transmitir a las figuras que animaba en sus creaciones, la bondad de

su carácter y el candor y la belleza de su alma.

Antes al contrario, Castillo que era artista modesto y de gran talento, tendría conciencia de su propio valer y sería gran admirador de Murillo y de Velázquez, aquellos dos muchachos compañeros suyos de estudios en Sevilla, que llegaron al cenit de la gloria que él no supo alcanzar; y ante sus cuadros, lejos de torpe envidia, les servían de ejemplo y noble estímulo, y sentiría esa emoción inefable y misteriosa de lo divino que inspira toda obra suprema de arte, de todo aquello sobrenatural que nos seduce y subyuga y tiene la virtud del privilegio al estar unguigo por la mano invisible de Dios.

Jamás Castillo pudo creerse superior al inmortal Murillo, ni mucho menos inspirarle recelos ni envidia; puesto que ambos maestros vivieron en ciudades distintas, y no siendo rivales cada uno tenía diversa esfera de acción, aunque la de Castillo fue siempre más modesta.

Por último: Castillo quizá por el amor que profesaba a Córdoba renunció a la mayor gloria que bien pudo alcanzar, de haber seguido el ejemplo de Zambrano y de sus discípulos Valdés Leal y Alfaro, que en busca de adelantos decidieron vivir en otros puntos, donde el arte les brindaba porvenir y mas vastos horizontes; amante de su patria, en la ciudad donde había nacido, a la que ofrendó en sus admirables lienzos todas las galas de su exquisito arte, y toda la belleza de su mujeres reflejada en el divino rostro de sus Virgenes, decidió pasar su vida consagrado a la religión y al arte; y en la misma ciudad quiso morir y descansar bajo su puro cielo; en este edén de flores, cuyas luces y tintas brilladoras tantas veces reprodujo en su paleta.

He dicho.